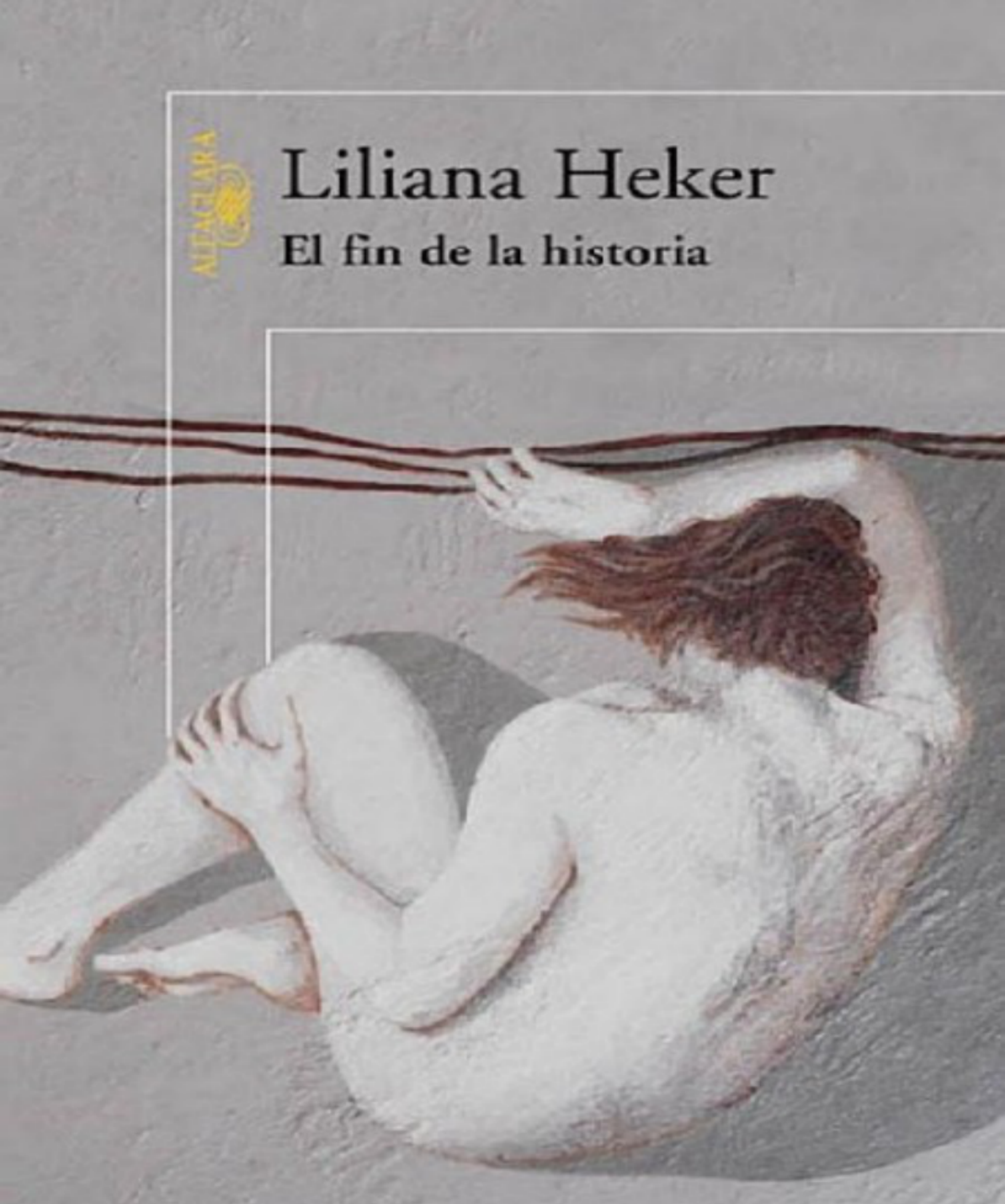
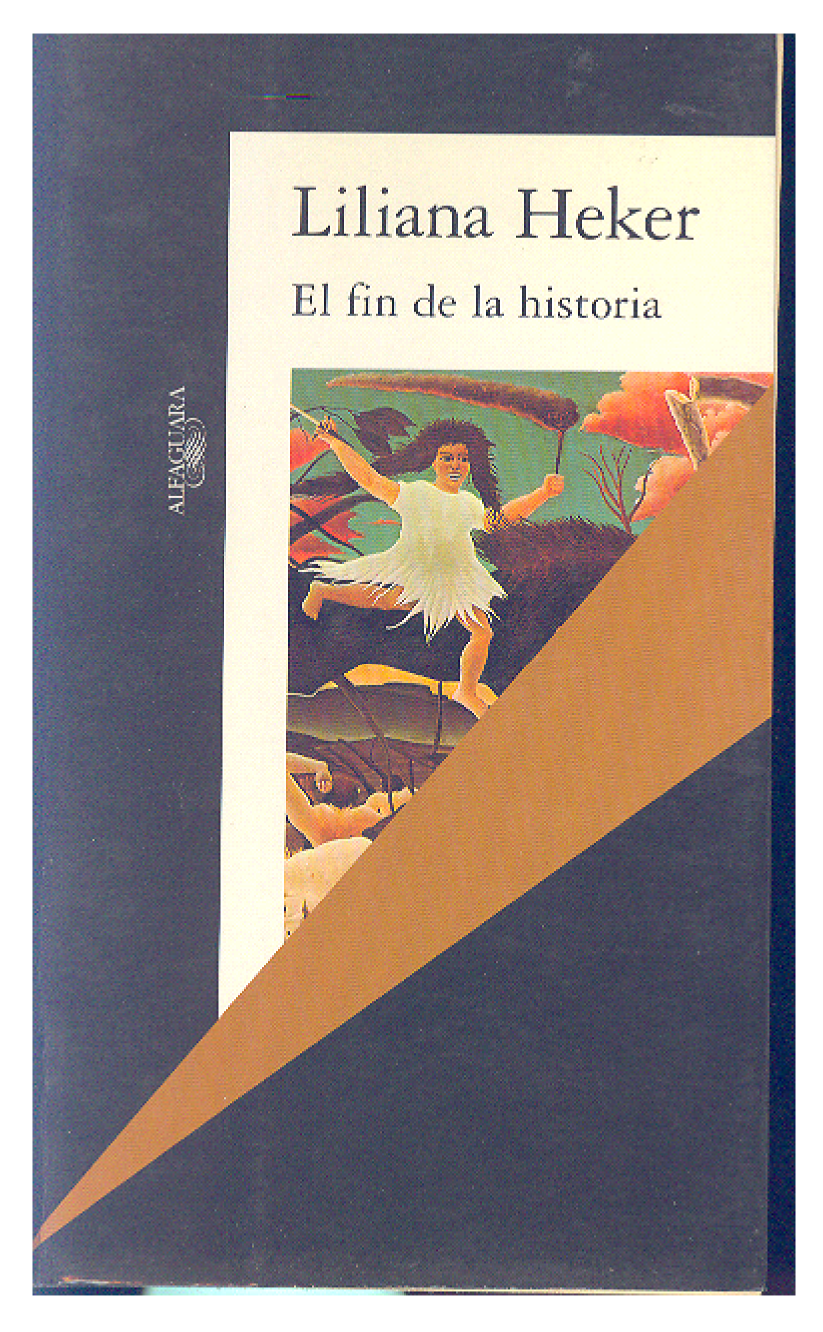

ALFAGUARA
Liliana Heker
El fin de la historia



Liliana Heker

El fin de la historia

Editorial Alfaguara

Buenos Aires Primera edición: julio de 1996

Ilustración de cubierta: Helena Homs, sobre La guerra, óleo de Henri Rousseau, Museo de Arte Moderno de París

Foto: Alejandra López

ISBN 950—511—240—8

Esta es la historia de Leonora Ordaz, una mujer que —luego de recorrer todo el espectro de la izquierda revolucionaria— llega a ser una figura fundamental de Montoneros. Secuestrada y torturada, acaba por colaborar con el enemigo y se enamora de uno de sus carceleros.

Pero es también la historia de Diana Glass. Amiga y confidente de la militante revolucionaria, al saber que Leonora engrosa las listas de los desaparecidos, se propone escribir una novela que condense los sueños y la pesadilla final de toda una generación.

Impecablemente construida y dotada de múltiples enfoques, El fin de la historia es una novela excepcional.



Liliana Heker nació en Buenos Aires en 1943. Fue directora de dos revistas literarias de incuestionable trascendencia: *El Escarabajo de Oro* y *El Ornitorrinco*. En ellas sostuvo polémicas, publicó ensayos y críticas y participó de los encendidos debates ideológicos y culturales de los últimos veinticinco años. La publicación de *Los que vieron la zarza* (1966) la consagró precoz y definitivamente como una de las grandes narradoras argentinas contemporáneas. Sus cuentos completos han sido traducidos al inglés y muchos de sus relatos se han publicado también en Alemania, Rusia, Turquía, Holanda, Canadá y Polonia.

Ha reunido todos sus cuentos en el volumen
***Los bordes de lo real,* publicado por Alfaguara (1991).**

A Ernesto Imas

Uno

Si alguien la miró caminar por Montes de Oca esa tarde de octubre, pudo quizá haber pensado que la mujer de piel cetrina estaba hecha para beberse la vida hasta el fondo de la copa. Debía ser cierto. Aun aquellos que años después la despreciarían lo habrían de algún modo percibido viéndola avanzar hacia Suárez como quien siempre ha sabido adonde va. La propia Diana Glass, que en ese mismo momento —ojos cerrados, cara ofrendándose al sol— estaba de piernas cruzadas en el suelo de su balcón, debía pensarlo porque tiempo después lo escribiría en el cuaderno de hojas amarillas: *Ella estaba hecha para beberse la vida hasta el fondo de la copa.* Aunque cierta mirada socarrona (¿o mera astucia para atenuar lo enfático de la frase?) haría que, como un mal rayo, se le ocurriese: ¿Y eso acaso es una virtud?

La atormentaban estas intromisiones que, a partir de la primera anotación en una servilletita del Tiziano, le venían desviando el curso de la historia. Para no hablar de la realidad que, desde esa servilletita hasta este remanso en el balcón, la había arrojado como quien dice de la esperanza al horror y (aunque ninguna de las dos lo sabía), en el instante en que la mujer cetrina dejara sin vacilar la calle Suárez y doblara hacia Isabel La Católica, empezaría una vez más a desencaminarle el relato.

En rigor Diana Glass, quien había abierto los ojos y miraba hechizada una santarrita florecida en el balcón de enfrente, ni siquiera había decidido por dónde empezar: si por la mañana de primavera en que un árbol cayó sobre su cabeza y las dos pensaron —o ella sola pensó— por primera vez en la muerte, o por una destemplada tarde de julio de catorce años después —la muerte ya empezaba a ser un azar menos remoto aunque no todavía este escalofrío en la nuca cada vez que una hacía girar la cerradura para entrar en su casa—, la tarde fría y cenicienta en que la esperó durante casi media hora en la puerta de la escuela mirando con insistencia hacia la esquina de Díaz Vélez y la esquina de Cangallo para no perderse la fiesta —¿o el alivio?—de

verla llegar.

El nombre que iba a ponerle, en cambio, lo había decidido de entrada. Leonora. No porque tuviera que ver con el nombre real (menos sonoro) sino porque le cuadraba bastante bien a la cara de pómulos altos y piel aceitunada que todavía me sonríe desde la última foto, y a toda la airosa muchacha que, si Diana Glass hubiese comenzado nomás con esa desapacible tarde de julio de mil novecientos setenta y uno, a esta altura ya habría irrumpido en la página saludando desde Díaz Vélez con un balanceo del brazo tan antiguo y familiar que a Diana, por unos segundos, la haría olvidarse del miedo.

Después no. Apenas la saludadora dejase de agitar el brazo y sus rasgos comenzaran difusamente a delinearse el alivio trocaría en una corazonada de catástrofe.

Hay que aclarar que Diana Glass es miope y que por la época del encuentro aquel con Leonora se negaba a usar anteojos. Aducía que lo poco que vale la pena de ser visto en detalle acaba acercándose a uno (o uno a la cosa) y que, por otra parte, la visión del miope no sólo tiene el privilegio de ser polisémica: además resulta incomparablemente más bella que la del humano normal. «No hay más que pensar en el cielo cuando ha oscurecido», dijo una vez; «les juro: la primera noche que salí al balcón con anteojos casi me pongo a llorar. La luna real no tiene nada que ver con ese redondel enorme y de contornos fantasmales que veo yo». Y agregó que las formas difusas permiten un imaginario casi sin límites; como si el mundo estuviese hecho por algún impresionista exacerbado.

Éste es el tipo de intromisiones que la perturbaban. *(El disparate se mete en la historia,* había anotado, aunque no en el cuaderno de hojas amarillas, que reservaba a episodios más o menos alusivos, sino en el reverso de uno de esos papeles impresos que llenaba a la marchanta —los papeles con un destino adjudicado la eximían de otorgárselos ella, de modo que su locura se le podía desbocar sin freno—. *El disparate se mete en la historia.* Nada más cierto. Se le metía en la Historia, perversamente impedía que afrontase lo puramente histórico pese a su decisión de que sólo lo histórico tenía un sentido.) *Verbigratia,* era incapaz de fijar la calidad exacta de su miedo en la puerta de la escuela (aceptando, claro, que ese miedo fuera histórico) sin apuntar la curiosidad de que la mujer se le volvía extraña a medida que se acercaba, ¿y cómo explicar ese fenómeno sin mencionar la miopía? Pero si el principio era incierto el final estaba alarmantemente vacío. Nada de nada: sólo algo de fe y

unas fotos viejas. Y un miedo bien actual que se le instalaba en la nuca cuando hacía girar la cerradura de su puerta —y ahora mismo— y no armonizaba con la luz de esta tarde de octubre de mil novecientos setenta y seis que había encendido la santarrita, engalanaba Buenos Aires, y embellecía sin piedad la piel cetrina de la mujer que ha dejado atrás la calle Suárez y ahora dobla hacia Isabel La Católica.

Los árboles —de la plaza Colombia la toman por sorpresa. Es como si algo desaforadamente vital —más adecuado a una selva que a esta calle gris con su iglesia de piedra—, como si una inescrupulosa sed de vida los hubiese compelido a desbordar la plaza, invadir la acera de Isabel La Católica y ahogar bajo una avalancha de alegría a la desdichada Iglesia de Santa Felicitas.

Ella tiene un deseo: no ir a la reunión de la casa de portón blanco en la que Fernando, el Tordo y otros dos ya la deben estar esperando sin sospechar el contenido de una de las dos cartas que oculta en el segundo fondo de la cartera. Salir corriendo hacia la plaza Colombia, exactamente así es el deseo. Que no la contraría como sí ha contrariado a Diana Glass la explosión alilada de la santarrita al punto que, bruscamente, abandona el balcón y se encamina a la biblioteca. *Ellas dos amaban el sol,* piensa como quien lo escribe (o como quien se redime) y saca —como tantas veces en estos tiempos— la caja con las fotos del viaje a Mendoza.

Ahí están las dos. Entre viñedos, sobre un monolito, a babuchas de unos borrachos, en un puente colgante, haciendo pito catalán, con sombrero aludo, siempre rientes, y abrazadas, y un poco escandalosas entre el grupo de flamantes —y algo estúpidas— maestras normales.

La que ahora camina entre el simulacro de selva que desborda la plaza Colombia levanta un momento la cabeza y deja que el sol que baja de las hojas le salpique la cara, pero no piensa: Estoy hecha para beberme la vida hasta el fondo de la copa.

Tal vez no le disgustaría que alguien lo pensase por ella. ¡Es cierto!, podría exclamar si se enterara de esta aproximación a su persona que hará Diana Glass. Sabe saborear las palabras ajenas, y ponerlas a su servicio cuando hace falta.

Pero no necesita formularse a sí misma para confirmar su existencia. Acostumbrada a la acción, y a arremeter contra todo lo que se le interpone, sabe que existe porque su cuerpo (¿y qué es su cerebro

sino una parte de ese cuerpo?) desaloja el aire a su paso y va dejando una huella precisa en el mundo. Y si no ha detenido el paso, si no ha salido corriendo hacia la plaza Colombia como el corazón le ha cantado, si ha dejado los árboles a su espalda, sin culpa por esta fugaz embriaguez de su deseo pero también, ahora, sin una brizna de deseo, si resuelta y altanera ya está a punto de doblar hacia Wenceslao Villafañe es porque, aun ahora que su mundo parece tambalearse, ella es capaz de despachar toda futileza en nombre de lo que está convencida que debe hacer.

*

Pero con la llegada de Celina Blech (cuando las vacaciones del árbol se acabaron) algo empezó a cambiar. Celina también había leído Los capitanes de la arena *y cantaba* El ejército del Ebro *pero además tenía una virtud de la que Leonora y yo carecíamos: podía decir sin vacilación quién era un revolucionario y quién un reaccionario. ¿Heráclito? decía, Heráclito es un revolucionario; y que Berkeley era, sin ninguna duda, un hombre de la reacción. Resultaba admirable escucharla: de pie junto al banco, flanqueada por niñas que se santiguaban antes de dar la lección e iban con sus madres al baile del club cada sábado, y por niñas que ni se santiguaban ni llevaban al baile a sus madres pero tampoco parecían impresionarse por el poder revolucionario de Heráclito, y ante el profesor de filosofía, miembro activo de la Acción Católica, tenía el coraje de liquidar de un plumazo a Berkeley por su incapacidad notoria de hacer la revolución. Hija de un lírico zapatero comunista de la vieja guardia, actuaba con la seguridad de quien sabe desde siempre hacia dónde va el mundo y quién lo mueve. Fue ella quien nos inició en la lectura de Marx —cómo olvidar el salto del corazón, la alborozada certeza (también para mí) de que el mundo marchaba hacia un derrotero feliz, cuando leí por primera vez que un fantasma recorre Europa—, y cada semana, disimulada en un paquetito insospechable, nos traía la revista de la juventud.*

Nunca hizo valer sobre Leonora y sobre mí su superioridad —era bonachona, solidaria, y no estaba muy dotada para el rock and roll que, pese al Ejército del Ebro rumbalabumbalabumbambá que una noche lo cruzó ay Carmelá, Leonora y yo seguíamos bailando con frenesí en los asaltos de los sábados— pero igual esa superioridad estaba ahí, latente, y pronto se iba a poner de manifiesto. En todo lo demás éramos similares: las tres amábamos a Echeverría y despreciábamos a Saavedra, las tres

vibrábamos con los versos de Nicolás Guillén, las tres declarábamos, con brío de republicanas en el instante mismo de una victoria, que a las tropas invasoras rumbalabumbalabumbambá buena paliza les dio ay Carmelá. Así cantábamos y así éramos aquel invierno de mil novecientos cincuenta y ocho, cuando, en nuestra tranquila Escuela Normal del barrio de Almagro, irrumpió la Historia.

Después aprenderíamos que estaba desde antes, que, sin saberlo, la habíamos ido registrando entre los pequeños acontecimientos que urdían nuestra memoria personal. Desordenadamente y sin signo —o con un signo fortuito— yo guardaba la mañana de segundo grado en que nos hicieron salir temprano del colegio porque un general había querido sacar a Perón (a quien yo imaginaba eterno y omnipresente ya que él estaba en el mundo cuando nací y ya que mi madre me había prohibido pronunciar su nombre en vano); la leyenda Libertad a los Rosenberg, leída, con las primeras letras, en paredes de calles olvidadas; el escándalo de unos primos mayores ante la frase Alpargatas sí, libros no; la voz ronca de un canillita voceando Guerra en Corea; una secreta e incomunicable envidia cuando en el noticiero del cine, como enanos dichosos, chicos que no eran yo circulaban en autitos por la Ciudad Infantil; cierta incredulidad inaugural ante la muerte el día en que la aviación bombardeó Plaza de Mayo; una emoción casi literaria al enterarme de que unos hombres, en un lugar oculto llamado Sierra Maestra, se preparaban para liberar a Cuba —país remoto del que sobre todo conocía El manisero y las festivas caderas de Blanquita Amaro—; la cara rencorosa o desolada de unos albañiles una mañana de fin de septiembre de mil novecientos cincuenta y cinco. Fragmentos recortados al azar que se me entreveraban con los equilibristas alemanes del Obelisco, con un descuartizador llamado Burgos que había desparramado las porciones de su novia por toda Buenos Aires, con una chica de nueve años que se ahogó en Campana y que podía verse, en el momento preciso en que pierde pie, ferozmente dibujada en una página de La Razón. Retazos de algo cuya figura final parecía —sigue siendo— imposible.

Y conoceríamos también la sensación vertiginosa de concebirnos sumergidos en la Historia. Porque lo real un día cercano, estaría formulado de tal modo que todo —lo que se dice todo— lo que ocurriera sobre la Tierra nos estaría pasando a nosotros. Nuestra sería la Revolución Cubana y nuestra la guerra en Vietnam; la enemistad chinosoviética y los ecos lejanos de hombres que en América o en África o en cada agobiado rincón del planeta levantaban la cabeza serían asunto nuestro. Íbamos fugazmente a conocer el sentido de nuestras vidas. E íbamos a vivir con el sobresalto —y el extraño sosiego— de haber decidido que el mundo no podía prescindir de nuestros actos.

Pero ese fin del invierno del cincuenta y ocho en que alumnas correctas recitaban la lección de Astolfi y nosotras cantábamos que nada pueden bombas rumbalabumbalabumbambá donde sobra corazón ay Carmelá, ese septiembre del cincuenta y ocho la Historia vino a Mahoma: levantó a las universidades, sacudió al país entero, entró por primera vez en los colegios y, en la apacible Escuela Normal con su patio de glicinas, no dejó piedra sobre piedra.

Me pregunto ahora si no habrá sido un don, una dádiva cuya excepcionalidad desconocíamos: tener quince años y una causa arrasadora. Todo parecía nítido en ese final del invierno y en la primavera que lo siguió: el pueblo de un lado, detrás de una meta tan cristalina como la educación popular; el gobierno del otro, aliado al poder eclesiástico para imponer una enseñanza dogmática y elitista. No importa si los motivos de unos y otros fueron menos transparentes. A los quince años, bajo las glicinas a punto de florecer y a la luz de un lema que parecía condensar todo lo bueno y todo lo malo que es posible para la especie —laica o libre, decíamos, seguros de que estábamos abarcando el Universo—, creímos verificar para siempre palabras leídas con unción: la causa del pueblo es la causa justa, toda causa justa conduce a la victoria, nosotros tenemos un papel que cumplir en ese camino a la victoria.

La embriaguez de la lucha sumándose a la del vino dorado de la adolescencia, ¿no fue ésa nuestra piedra de toque, la impronta que nos marcó? Miro a mi alrededor en esta noche especialmente negra de mil novecientos setenta y seis en que sólo alcanzo a ver muerte y carne devastada, y sin embargo sigo tecleando con empecinamiento estas palabras, tal vez porque no puedo arrancarme del corazón la esperanza. Porque una vez que uno ha probado tempranamente ese vino ya no puede, ya no quiere renunciar a él.

Noto que me he perdido en la melancolía pero no era de eso de lo que quería hablar. O no era así. Quería hablar de ciertas dificultades domésticas.

Quedamos en que tres fuimos el numen, tres la vanguardia, y nos tocaba nada menos que soliviantar a un amable grupo de futuras maestras normales que no habían pedido ser soliviantadas y que, más que a otra cosa, aspiraban al matrimonio. No fue fácil. De mí sé decir que me hice violencia para arengar a esas jóvenes masas y convocarlas a la huelga. Cerraba los ojos del alma y me tiraba de cabeza en el fárrago de mi prosa. Sólo así era capaz de cumplir con el imperativo. Porque si un solo momento me detenía a reflexionar corría el riesgo de recalar en una conclusión que me enmudecería: yo no tenía fe en que mis palabras pudieran cambiar una sola de esas cabezas que apuntaban hacia mí con

distante curiosidad. O sea que mi futuro en la política era dudoso. En cambio Leonora... Ese septiembre se nos reveló como una Pasionaria de guardapolvo blanco. Hablaba y la Argentina era una rosa ardiente que clamaba justicia. ¿Cómo no seguirla? Tras el imán de sus palabras las recitadoras de Astolfi, las santiguantes y las blasfemas, las vírgenes y las desfloradas aceptaban Plegarse a la huelga. Hasta las recalcitrantes mostraban la hilacha: encendidas de pasión reaccionaria levantaban como una bandera su fe en la Iglesia y su repugnancia por lo popular. Nadie permanecía indiferente cuando Leonora hablaba. En el aula que por años había cobijado pequeñas ilusiones privadas la conciencia política crecía como una flor nueva.

No sólo estaba desafiando a las autoridades del colegio (la expulsaron a fin de año, pese a su promedio sobresaliente). Su padre, a quien ella amaba —y de quien yo en secreto añoré que fuera mi padre—, el brillante profesor Ordaz, antiguo idealista, locuaz defensor de la escuela pública y amigo de escritores, era funcionario del gobierno que traicionaba así (y de otros modos) los sueños de sus votantes. Oponerse a un designio gubernamental era enfrentar a su padre. Pero eso lo sabía sólo yo. Las demás veían lo que veían: una alta adolescente con cara de gitana. Y tal vez creían menos en sus palabras —palabras adquiridas que sabía hacer suyas sin esfuerzo— que en la voz categórica y vibrante que las pronunciaba.

Así que fue Leonora la artífice de eso inusual que se registró en la escuela de las glicinas. Pero los hilos los manejaba Celina. En reuniones secretas con las pocas jóvenes comunistas del colegio acordaban políticas que —aprendimos— venían de un mandato superior. Nosotras dos éramos sus aliadas en el llano, las amigas de confianza; por algo nos había enseñado una confidencial última estrofa que entonábamos en voz baja saboreando el néctar de la rebelión: y si a Franco no le gusta rumbalabumbalabumbambá la bandera tricolor ay Carmelá, le daremos una roja rumbalabumbalabumbambá con el martillo y la hoz, ay Carmelá. Pero en las decisiones no interveníamos.

No puedo decir que esa prescindencia me inquietara. Ya dije que tempranamente —y no sin conflicto— acepté que mi destino no era la política. Por otra parte, tenía en la pared de mi pieza Los tres músicos de Picasso, en mi corazón la. melancolía de ser la boina gris y el corazón en calma, y amaba la ruda nobleza del herrero Maciste y los versos de Tuñón: el comunismo me acunaba, no opuse resistencia a que decidiese por mí.

Leonora, en cambio, no era de las que se dejaban acunar. Poco tiempo después de ese septiembre me dijo que tenía que contarme un secreto. Aún debía durar la primavera porque el recuerdo se me entrevera

con un perfume, y con una conciencia tan intensa de estar viva que es casi dolorosa.

Me había pasado el brazo por el hombro y, como tantas otras veces, empezamos a caminar por la plaza Almagro. Gesto habitual ese de tenerme así abrazada, seguramente mandado por los diez centímetros que me llevaba y por cierta actitud matriarcal que tuvo siempre. A las dos nos gustaba —o ahora creo que a las dos nos gustaba— caminar así como si sentir el cuerpo de la otra contra el propio cuerpo nos hiciera fuertes para sostener leyes universales que solíamos inventar ahí mismo, mientras caminábamos, y que tendían a eliminar de la Tierra la estupidez, la injusticia y la desdicha. La de las leyes solía ser yo, bastante propensa a inventar teorías para todo, aunque demasiado tímida o arrebatada para convencer a alguien que me conociese menos que Leonora; así que era ella y no yo la encargada de usar esos argumentos a la hora de las discusiones.

Pero esa tarde no hubo ni argumentos ni teorías. Hubo una confidencia que me sacudió. Pensé mucho en su decisión esa temporada. Tal vez ahora mismo pienso en ella, y ésa y no otra es la razón de que escriba estas palabras.

—Tengo que contarte un secreto —me dijo Leonora mientras caminábamos abrazadas—. Me afilié a la Juventud.

Su militancia no cambió las cosas entre nosotras, al menos hasta que conoció a Fernando. Nos contamos otros secretos y, en el viaje de egresadas (Pese a la expulsión todas, hasta sus adversarias, quisieron que viajara con nosotras) escandalizamos a las otras flamantes maestras normales como se advierte en las fotos. Pero sin duda algo pareció cambiar en Celina Blech, cuyo saber sobre Berkeley me deslumbraba menos: Leonora me había prestado Los elementos de Filosofía, de Politzer, y ahí estaban todos: Berkeley, y Heráclito, y Kant, y Locke, y Aristóteles, y Descartes, definiéndose inequívocamente a favor o en contra de la revolución.

A Celina la encontré el año pasado. Me contó que tenía un cargo importante en una multinacional —es ingeniera química— y que estaba a punto de irse a trabajar a Canadá. No soporto esta violencia, me dijo, y hablamos sobre la ferocidad de la Triple A y sobre la locura que, en la desesperada, estaban mostrando los montoneros. Lo malo no es el miedo a la muerte, me dijo; lo malo es que ahora ni siquiera sé de qué lado me puede llegar el tiro. Le pregunté si todavía estaba en el Partido. Sonrió condescendiente, como quien hace tiempo ha perdonado a la muchacha que fue. Me preguntó por Leonora. Le dije que no sabía dónde estaba y no mentía, ¿acaso podía saber por dónde andaba en ese amenazante invierno

de mil novecientos setenta y cinco?

*

Ya no piensa en árboles. Camina por Wenceslao Villafañe, en dirección a Montes de Oca. Esto podría desconcertar a un espectador que viniese siguiéndola: ¿tanto rodeo para avanzar sólo una cuadra? Ignoraría el espectador que, salvo durante un intervalo engañoso —en cuyo transcurso hubo un abrazo que Diana Glass calificó de triunfal y en tierra de esperanza—, hace cinco años que el mero acto de desplazarse le exige algunas maniobras de desorientación. Sabe —es o ha sido una física más que aceptable— que euclidianamente hablando la recta es la trayectoria más corta entre dos puntos, pero no siempre la más segura. Y un dirigente ha de tener en cuenta ante todo su propia seguridad, ha pensado Diana cinco años atrás, bajo un cielo de ceniza.

Llega tarde porque no se podía arriesgar a esperarme. El pensamiento no la tranquiliza: en los últimos minutos no ha hecho otra cosa que mirar hacia Díaz Vélez y hacia Cangallo con giritos de epiléptica. Desgaste inútil, ya que es improbable que la distinga a lo lejos como solía ocurrirle por el tiempo en que el árbol cayó sobre su cabeza. No sólo porque en esta tarde de julio es bastante más miope que en aquella primavera *(asombrosamente temprana o a mí me pareció temprana porque nunca hasta entonces —y nunca después de entonces— sentí con esa furia el perfume de las glicinas de la Escuela Normal ni el placer de salir a la calle con los brazos desnudos. Todo ocurría por primera vez esa primavera de mis catorce años. La vida (decía yo) es algo formidable que te arrasa como una ola y que no todos son capaces de sentir en su total esplendor. «Nosotras dos, te das cuenta, nosotras sí sabemos sentir la vida, la transformación de la vida, en nuestros propios cuerpos.»Me gustaban esas palabras: transformación, vida, cuerpos, amaba las palabras porque eran capaces de preservar cada cosa en su perfección. Leonora las necesitaba menos que yo porque Leonora era su cuerpo moreno, y sobre todo era su pelo, largo y cobrizo, ondeando pesadamente al compás de ese cuerpo. Sin embargo, durante esa primavera del cincuenta y siete también para mí las palabras y las cosas fueron una unidad inseparable.* Glicina *era una música y un perfume y una calidad del azul, como si todo lo que me rodeaba conspirase para hacerme feliz),* no sólo porque en esta tarde de julio es más miope que en aquella primavera sino porque ni siquiera está muy segura de poder

reconocerla a la distancia.

En los últimos diez años sólo se han visto tres veces y en circunstancias precarias: la primera, en la casa de los Ordaz, entre cacerolas y sartenes viejas, muertas de risa a los diecinueve años porque entendían bien poco —o les interesaban bien poco— estos menesteres, pero nostálgicas pese a la risa, o Diana al menos nostálgica, contemplando con cierta extrañeza cómo Leonora armaba un estrafalario ajuar porque se iba a casar con el más hermoso —y el más puro, pensaría Diana una noche de festejos— militante comunista de la Facultad de Ciencias, Fernando Kosac, de ojos grises y mirada traslúcida —parecían una bella pareja adolescente de película rusa, pensaría nueve años más tarde, leyendo la página de policiales—. La segunda, también en la casa de los Ordaz —«Fernando está de viaje», le fue explicado sin más datos— cuando nació su hija Violeta y Leonora, siempre en su sitio en el mundo, era puro regazo, leche y opulencia. La tercera, durante un encuentro tan fugaz que ni siquiera tuvo tiempo de mirarla bien. Diana pasaba como otras veces por la puerta de los Ordaz en el instante preciso en que Leonora salió con apuro de allí, de modo que chocaron. Se dieron un beso, y Leonora, un momento antes de irse a la disparada, le dijo:

—Mataron a Vandor.

Fue sorprendente, pero no por la muerte en sí. En ese tiempo la historia le parecía lógica, y también la muerte. Y un traidor era un traidor. Sin orden y con traspiés, el mundo se veía marchar irrevocablemente hacia adelante. Y en rigor era así. Sólo que ni ella misma —tan especulativa siempre— tenía tiempo o ganas de detenerse a reflexionar que «adelante» era una palabra tan perfectamente opaca como «acullá» u «otrora», capaz de esconder no sólo la victoria.

Fue sorprendente porque el tono no correspondía al significado. Como si en realidad hubiese dicho Violeta está con fiebre. Mataron a Vandor: por eso tengo que salir corriendo.

—Otro día, con tiempo, charlamos.

Pero no hubo tiempo. Como venía ocurriendo desde la vuelta del viaje a Mendoza la vida las fue llevando por caminos alabeados.

Así que no habían vuelto a encontrarse hasta el día anterior a esta tarde cenicienta, si es que puede llamarse encuentro a algo que sucedió en la intersección de dos dimensiones incompatibles: Diana en

la cama, leyendo el diario mientras tomaba mate, y Leonora huyendo quién sabe hacia dónde, desde una crónica de la página de policiales.

Qué decía la crónica:

Que una célula terrorista de alta peligrosidad ha sido desbaratada. Que la audacia de sus integrantes no tiene límites. Que los subversivos planeaban volar el palco oficial del 9 de julio, cuando los presidentes argentino y uruguayo y toda su comitiva estuviesen mirando el desfile. Que para tal fin utilizarían un camión cisterna robado en Nueva Pompeya y cargado con diez mil litros de nafta.

Qué interrogante se le cruzó a Diana (interrumpiéndole momentáneamente la lectura):

¿Cómo se roba un camión cisterna? Lo que generó una cadena de pensamientos que amenazaba no tener fin ya que, desde la pregunta inicial —¿cómo se roba un camión cisterna?— dicha cadena era inconducente, sólo destinada a morderse la cola, a girar sin sentido respecto del estar en la cama de la mujer que piensa *(hay un modo de la acción que resulta totalmente extraño a quien acostumbra a meditar en la cama mientras toma mate,* vergonzante o melancólica escribió esa misma tarde detrás de una boleta de depósito) e indirectamente se está preguntando: ¿sería yo capaz de robarlo? y, más corrosiva: ¿tengo derecho a hablar de la revolución, a querer una revolución, si soy incapaz de robar un camión cisterna?, conflicto que amenazaba caer en un nuevo interrogante sesgado hacia imprevisibles derivaciones —a saber: si estuviera segura de que el robo del camión cisterna conducirá sin falta a la revolución, ¿lo robaría?, lo que a su vez parecía ocultar la proposición: no es seguro que el robo del camión cisterna conduzca a la revolución, cuando un nombre, distraídamente percibido en la página del diario, la sacó de tanto bizantinismo al pedo.

Cuál era el nombre:

Kosac.

Qué hizo entonces:

Volvió atrás y leyó: *Todo comenzó en la madrugada del miércoles, cuando personal policial con armas largas allanó un departamento en la esquina de Juan B. Justo y San Martín. La policía logró el secuestro de gran cantidad de literatura subversiva y datos que sirvieron para la realización de los otros procedimientos. El lugar estaba deshabitado pero algunos vecinos manifestaron a este diario que era ocupado por un matrimonio joven, de apellido Kosac, con una hija de aproximadamente cinco años. Entre los elementos más activamente buscados por la policía figuran estos dos sujetos.* «Eran muy amables», *aclaró atónita una vecina que no quiso decir su nombre.* «Muy lindos; siempre saludaban en el ascensor.»

No robó un camión cisterna pero a su modo entró en acción: se levantó, se vistió, tomó un taxi y quince minutos después estaba plantada ante los Ordaz. Acá estoy para lo que Leonora necesite, soldadito valiente nutrido en la Doncella de Orleans y el Tambor de Tacuarí. Lo que condujo a que al día siguiente recibiese el llamado anónimo —«dijo mi papá que querías verme»— de cuya emisora, antes que la voz, reconoció el giro, cristalizado en la infancia como una fotografía escolar.

Razón por la cual desde hacía media hora la esperaba en la puerta de la escuela, mirando hacia una y otra esquina con un miedo no del todo injustificado ya que algo que pertenecía más a una imaginación malsana que al mundo de lo posible estaba ocurriendo en ese invierno de mil novecientos setenta y uno. Poco tiempo atrás había desaparecido un abogado y ahora, hacía apenas unos días, se habían llevado a una pareja joven. El cuerpo del hombre se había descubierto por fin, acribillado en una cuneta, pero de la muchacha no se sabía nada, y eso era más terrible que el miedo a la tortura y el miedo a la muerte, eso era un agujero negro donde cabían todos los horrores, algo para lo que no habían sido preparadas, pensó, y se refería a ella misma y a Leonora una noche precisa de verano, cantando a voz en cuello junto al río, como si la alegría de ser adolescente y la necesidad de cambiar el mundo y el cancionero heroico de una derrota fueran la misma cosa, *Mare no detengas ya ni un minuto mi partida, que en la guerra contra Franco nada importa ya la vida,* sin saber, o sin pensar del todo, que empezaban a enfervorizarse con la muerte.

Enfervorizarse no; familiarizarse (hubiese podido corregirla la

mujer de piel aceitunada que está por llegar a Montes de Oca). Y una vez que una se familiariza con la muerte ya nada es como antes.

Pero la que cinco años atrás la espera en la puerta de la escuela no la entendería. Ya que, aunque empieza a temerla, aún le falta atravesar un tiempo de muerte que la que está a punto de doblar por Montes de Oca conoce muy bien puesto que ha visto la muerte de cerca, ha planeado la muerte y, con mano firme y convicción más firme aún, ha matado a un hombre.

La que espera trata de desentenderse de la muerte. Piensa —ha pensado—: llega tarde porque un dirigente debe tener en cuenta, ante todo, su propia seguridad; no se podía arriesgar a esperarme acá parada. Lo que muy débilmente atenúa una idea insoportable: a Leonora le pasó algo, y otra, de naturaleza más mezquina: la llamada ha sido interferida, el hombre del quiosco que desde hace rato no me quita los ojos de encima está acá para llevarnos a las dos, y si Leonora no viene. Pensamiento que felizmente no llega a completarse porque a lo lejos, del lado de Díaz Vélez, saludándola con el brazo en alto del mismo modo que la saludaba durante la primavera del árbol, ve o cree ver a la que cinco años después, con paso altanero y luego de dar una azarosa vuelta en falso, está entrando en la misma calle de la que ha salido diez minutos atrás.

*

Sólo que esta vez la vuelta en falso ha resultado inútil: en primer lugar porque la casa de portón blanco está vacía, en segundo lugar porque nadie la sigue: la están esperando.

Cierta deficiencia en los contactos —asunto que paradójicamente ella señala en una de las dos cartas que oculta en el doble fondo de su cartera— le impide conocer el primer hecho. Y desde hace cinco años se ha acostumbrado a no pensar en la posibilidad del segundo: Un combatiente está obligado a tomar todos los recaudos para no caer, suele aleccionar a los nuevos; pero una vez que los tomó, ya no debe pensar en el peligro: eso sólo lo debilitaría para la lucha. Razón por la cual sólo está preocupada por lo que dirá en la reunión de Secretarios Generales. Sabe que no será fácil defender lo que puso en la carta. No en la que señala la falta de contactos, problema estrictamente técnico que no necesita ser defendido —el

gobierno militar, con los secuestros a mansalva, está destruyendo la red de enlaces, así que ella no puede ubicar las imprentas de la Capital, si es que queda alguna; para seguir desempeñándose como Responsable de Prensa requiere se le proporcionen nuevas conexiones en La Plata—. (La prosa es lamentable, piensa Diana, leyendo el reverso de una foto en que se la ve, bellísima junto a una ventana, palpándose la beatífica panza de ocho meses. «Querida amiga: la presente es para comunicarte...» ¿Qué puede hacer que alguien como ella, revolucionaria de pies a cabeza, tenga la prosa de una antigua profesora de castellano? Decide que, en la historia, omitirá la transcripción de cartas y dedicatorias, darían una imagen equívoca.) Es la defensa de la otra carta la que no le resultará fácil. Y no porque le hayan faltado renuncias a su vida —al Partido por la Fracción, a la Fracción por las FAR, a las FAR por Montoneros—, pero a esas renuncias siempre ha sabido darles la forma de un salto hacia adelante, en cambio lo de ahora no parece un salto hacia nada, ni siquiera es del todo una renuncia, más bien el rechazo a un ofrecimiento, ¿qué signo darle?

(—Problemas existenciales —diría Fernando, el más implacable de los cuatro—. Escrúpulos de burguesa.

Ella no contestaría la afrenta. Con autoridad señalaría lo poco político de tanta muerte a la desesperada.

—Nos están matando —tal vez diría Fernando—. Nuestra respuesta tiene que ser: matarlos.

¿Se animaría a decir que no le gusta todo esto, que ahora el pueblo los rechaza y eso no le gusta?

—No se trata de lo que a vos te guste —diría en ese caso Fernando—, se trata de una estrategia a seguir, y una estrategia se decide a nivel de Comandantes —pausa, mirada elocuente—. Y de Secretarios Generales. —Sin proponérselo, la vería tal como la ha visto la primera vez, el pelo flameante y el aire altanero, entrando en la Facultad de Ciencias, y entonces apelaría al único modo que conoce de doblegarla.— Aceptá el cargo de Secretaria General que te ofrecemos, entonces vas a poder discutir los métodos con nosotros. De igual a igual.)

Qué contestaría en este punto. Por el momento no le interesa: confía en que, puesta en situación, encontrará la réplica oportuna. No está acostumbrada a perder, y un desprevenido que la observara caminar por Montes de Oca coincidiría con este juicio.

Pero los cinco que la observan no están desprevenidos: hace media hora que la esperan, dos adentro de un auto, en la esquina de Wenceslao Villafañe, tres a pocos metros, simulando conversar en la vereda. Y es probable que por lo menos cuatro de ellos no hayan adquirido el hábito de reflexionar algo así: una cadencia del paso puede cifrar el secreto de una mujer o de un hombre. *Hay que amar la vida,* anotará Diana días después de este suceso, mientras la Bechofen la observará desde otra mesa y pensará: «Demasiada pasión para darle alguna forma a eso que está escribiendo. Y sin embargo, ¿no está ahí el germen de toda obra, en la pasión?», *hay que venerar la vida para tan siquiera sospechar cuánto de sagrado encierra una mujer que camina por la calle.*

Esos cuatro sólo parecen atisbar una presa posible que el quinto hombre, junto al asiento del conductor, aún no ha señalado. Tal vez, contra su voluntad, está deslumbrado por el impulso vital que emana de la mujer que ha irrumpido en Montes de Oca. O cierto hilo a punto de romperse aun lo vincula con el que un día —ebrio del espíritu de su época dijo que era necesario unirse a la lucha, ser uno mismo la lucha en nombre de la dignidad del pueblo. *Quién sabe* (se preguntará algún día Diana Glass), *quién sabe en qué momento, o bajo qué circunstancia, un hombre se convierte en un odiador de la vida; ¿o es que ya se nace con eso?* Y se lo preguntará hasta darse vuelta ella misma del revés, a ver si descubre en sí misma que hay una cadena de acontecimientos, una singular combinación de palabras recibidas que te diseñan de un modo único e inmutable. ¿O *es que tal vez en cualquiera de nosotros anida el salvador, o el criminal, o el traidor, y sólo hace falta la oportunidad justa para que salte?*

El hombre que está junto al asiento del conductor aún no ha hecho un solo gesto: está ante una situación nueva y esto, como es natural, estorba su acción. No es que sea una persona vacilante: dos días atrás no ha tenido dificultad en decirle al jefe de Inteligencia a quien llaman el Halcón: «La cita va a ser en una casa de portón blanco que queda en Montes de Oca y Wenceslao Villafañe». Pero señalar a la mujer que, como la Pasionaria, les hablaba a los estudiantes en las asambleas universitarias —le hablaba a él, implacable y exaltado estudiante de Ciencias—, mover la boca o la mano para comunicarles «es ésa», eso es otra cosa. A la mujer la está viendo caminar, segura, airosa, ignorante de que en pocos segundos va a ser doblegada. Y este poder lo seduce pero también lo paraliza. Por eso no es él quien habla: es el hombre que está sentado al volante.

—¿Es ésa?

No hace más que asentir. Luego recuesta la cabeza en el respaldo. Ha sido más sencillo de lo que pensaba: sólo dejarse estar, ceder blandamente en nombre de la propia vida, apenas confirmar aquello que, tarde o temprano, alguien igual iba a confirmar. Otros o él, qué más da. Ha cerrado un momento los ojos de modo que no ha visto la seña que el del volante ha dirigido a los que esperan en la vereda. Ni ve —alguno lo ha sacado del auto para que, desde otro sitio, pueda continuar su cometido— cómo estos hombres avanzan y, con tal rapidez que un transeúnte de la soleada Montes de Oca no podría —o no querría— saber si lo de ahora ocurre en el mundo real o en un sueño, sujetan detrás de la espalda los brazos de la mujer cetrina.

El Tordo, piensa la mujer, que conoce la tendencia del Tordo a los chistes macabros. Fugazmente se siente protegida por ese chiste, como por una campana que la resguarda en un antiguo territorio de camaradería, al punto que se anima a admitir lo que de otra manera jamás habría admitido: que, pese a su andar altanero, ahora que tantos a su alrededor están cayendo, ella, en alguna zona de su corazón, tiene miedo. Ya que de verdad e intensamente ama la vida. Aunque a ninguno de los que, desprevenidos, miran la escena, se le ocurra pensar que esa mujer encapuchada que grita me llevan y grita un número de teléfono que nadie recordará estaba hecha para beberse la vida hasta el fondo de la copa.

Dos

La historia continuamente se le modifica, se le vuelve esperanzada, o aventurera, o trágica, por eso ahora mismo, rodeada de fotos algo ajadas y conmovida por un impulso arrasador pero carente de derrotero, añora, entre otras cosas que añora, ese estado de gracia o de fe de la tarde en el café Tiziano, cuando por ¿segunda? vez se le ocurrió contar una historia. Que todavía no era del todo la que fue armando después. Y mucho menos ésta.

Quizá la había tramado para atenuar el miedo que siempre le provocaban estas esperas en cafés inciertos (desde el encuentro en la puerta de la escuela venía ejerciendo una exigua acción clandestina: intercambiar, entre Leonora y los Ordaz, sobres cuyo contenido desconocía, recibidos en algún café cuya ubicación Leonora le había revelado subrepticiamente por teléfono —«Nos encontramos a las

cuatro: de dónde vivía el profesor de dibujo, dos cuadras al sur»—, desvaída militancia que no le impedía ignorar para qué lado está el sur, aunque por puro sentido estético nunca se animaba a ensuciar estos misterios con una intervención tan terrenal como: Decime mejor a qué altura está el café. «Aunque tal vez no era sólo por sentido estético, hija», le diría la Bechofen con ese tono de voz, remotamente alemán, que a la vez la protegía y se burlaba un poco de ella; «tal vez evitabas preguntas como ésa para no aceptar que también en algunos ¿revolucionarios? puede alentar cierto formalismo». Razón por la cual no era improbable que estuviese esperando en el sitio equivocado, lo que le producía un terror de naturaleza disímil a la del miedo a la muerte, pero que no tapaba el miedo a la muerte), aunque también es posible que haya tramado la historia por un motivo más inconfesable: la necesidad imperiosa de justificar de algún modo su estar ahí o, más precisamente, de justificar su propia existencia respecto de otra que se justificaba por sí misma. *Ya que la acción* (anotaría en el reverso de un remito), *o mejor, el poner el propio cuerpo en los actos encierra una justificación sin condiciones.* Para atemperar su conciencia, más molesta que el miedo, necesitaba demostrar —más que creer— que con el destino de las dos se iba a construir un mundo que esa tarde y toda esa temporada y en los dos años que siguieron pareció estar al alcance de la mano. El punto era ver cómo cada uno aportaba su pequeño azulejo. (O sea que, en su génesis, la historia era optimista.) Lo cierto es que, luego de esperar veinticinco minutos en el Tiziano (Leonora seguía llegando tarde) le pareció que sería revelador escribir algo que se asemejaría —como la sombra de la cosa a la cosa— a la historia de ellas dos.

Estrictamente se trataba de dos amigas que inician un destino común en una pobrísima escuela primaria del barrio de Almagro. De mente inquieta, rápidas para las matemáticas, con una aceptable mala conducta y devoradoras de todos los libros que se destinaban a los niños —o aun a las niñas— de su generación. Esto último era muy importante ya que se trataría de ver cómo ciertos textos iban forjando en algunos individuos nacidos en los años cuarenta el espíritu revolucionario. Ahí estaba el corazón del alcaucil: en responder unos cuantos interrogantes que, sentada en una mesa del Tiziano y en estado de exaltación, fugaces la cruzaban: ¿Cómo se forma el ser revolucionario? ¿Qué experiencias, o qué sensibilidad singular para vivir esas experiencias, hacen que algunos seres quieran cambiar el mundo? Y, ya en un territorio más privado, ¿por qué, a partir de ese *ser revolucionario* y tomando a dos niñas de inteligencia equivalente y experiencias parecidas, una deviene militante y la otra intelectual?

La concepción fue más bien compleja ya que, si bien a Leonora

sólo necesitaba considerarla en su rol actual —cierto que un poco idealizado—, para que la historia tuviera alguna consistencia ella misma debía considerarse como habiendo realizado lo que en este momento se le estaba ocurriendo que podía —debía— realizar. Nebulosamente y a borbotones supo que iba a ser algo donde se mezclarían el día en que Leonora, pasándole la mano por el hombro, le dijo que tenía que contarle un secreto y la rara música (mezcla de latas y tranco apacible) del carrito del lechero. Todo lo que conformaba su tiempo, y los cambios formidables de ese tiempo que a ellas dos, justamente, les había tocado vivir. Lo curioso es que, cuando se puso a pensar cómo habría que empezar, sin que hubiera habido premeditación de su parte y ocasionando que el disparate quedara para siempre ligado a su historia, tomó una servilletita del Tiziano y escribió: *Una mañana resplandeciente de sol de la primavera de mis catorce años, un árbol cayó sobre mi cabeza.*

*

Ahora es sólo este cuerpo ciego. El tacto rugoso de una pared, la construcción virtual de un diálogo, unas chispas de sol sobre la cara, aquello que hasta hace unos segundos había configurado el diverso accidente de vivir se ha reducido al peso de seis pies calzados sobre su carne y a la abrupta ausencia de una inquietud: ya no debe pensar cómo justificará ante los otros su decisión. En reemplazo de esta inquietud no hay nada. Salvo el peso de unos pies calzados y este perfecto estado de inacción.

Aunque cierta reminiscencia de su estado anterior ha de aletear en ella porque la combinación de dos fenómenos la pone alerta. Un «mirones a babor», detectado entre varios «afirmativo» y «putita bolchevique», y la sensación de que, durante unos segundos, la oscuridad que la rodea no ha tenido fisuras. Fue una alteración insignificante y breve; sin embargo, debajo de la capucha que la ciega, ha puesto en marcha un mecanismo que parecía prescripto. La tenue urdimbre de luz que ahora otra vez se filtra a través de la capucha le confirma que es el sol lo que pasajeramente había desaparecido. En abstracto se trata de un problema sencillo: extensión de sol, segmento de sombra, extensión de sol. Lo que acaban de cruzar es un túnel. Y ella ha escuchado claramente la palabra «babor». O sea que ya sabe a dónde la llevan: ha caído en manos de la Marina.

—Cuidado con lo que están haciendo...

Su voz, acostumbrada a la elocuencia y al mando, aun a través de la capucha parece capaz de crear cierto suspenso: el silencio indica que están esperando el cierre de la advertencia.

—... porque de esta confusión van a tener que rendirle cuentas a mi primo

el Capitán, así lo llamaba Leonora, y yo moría de deseo. Mi primo el Capitán. Creo que era primo segundo o algo así y que la adoraba. Es difícil reconstruir ahora esa sensación, se requiere borrar una pátina de espanto, atravesar bombardeos y cuerpos lacerados, hundirse en el origen de la memoria para acordarse de que en ese tiempo marino hacía pensar cristalina mente en mar, en la inagotable aventura que oculta la palabra mar, en chalupas debatiéndose en la tempestad, en un abordaje con el kriss entre los dientes, en olas como animales gigantescos, en un azul infinito. Y la palabra Capitán... ah Capitán, alto y erguido en la proa, oteando la línea del horizonte,

Navega, velero mío,

sin temor, que ni enemigo navío

ni tormenta, ni bonanza,

tu rumbo a torcer alcanza

ni a sujetar tu valor.

Los Piratas, la música rugiente del mar, el coraje y la libertad podían cifrarse en la palabra Capitán. Yo nunca había visto a Mi primo el Capitán pero lo imaginaba solitario y bronceado, con los ojos tan azules como el sueño del mar, de pie en la proa de su barco, atravesando el océano. Le traía regalos de todos los viajes. Me acuerdo de una caja de útiles de plástico (que entonces se nombraba material plástico y era sustancia deliciosa y codiciada), la tapa como una pequeña persiana y las divisiones con el nombre en inglés. Pero de lo que más me acuerdo es del juego de construcciones que le trajo de Inglaterra. Sentadas ante la mesa del vestíbulo, mientras escuchábamos a Tarzán, armábamos casas, fortalezas y pagodas con las prodigiosas varillas de madera acanalada que había traído de Inglaterra mi primo

—… el contralmirante Mandayo.

Las palabras flotan en el silencio del auto que avanza veloz hacia su destino. ¿Hay una información pronunciada en voz muy baja a través de la motorola? Es un hecho que, hasta que el auto se detiene, nadie vuelve a llamarla putita bolchevique ni a advertirle lo que en pocos minutos van a hacerle a su vagina.

*

Pero hubo una noche en que encontró otro comienzo y, por única vez, creyó que tenía el final. Fue por el tiempo en que un poeta pudo escribir *El pueblo que regresa puteando alegremente / desanda sus lunas de humillación / traga las desventajas y las muertes / rescata consignas de las alcantarillas / y las escribe a lo ancho del cielo,* y ella misma anotó en un viejo talonario de remitos que había sido hermoso, después de tanta cita clandestina, verla caminar por Corrientes como si la calle fuera suya. *Y es suya, realmente. Es de todos nosotros, por fin. Liberaron a los presos políticos, los locutores hablan por la radio de la Patria Socialista, y la gente canta: Ay, ay, ay, / que lindo que va a ser / el Hospital de Niños / en el Sheráton Hotel. Es cierto que, por el momento, en el Sheraton suelen estar los mismos turistas yanquis de siempre. Vienen a observarnos, ¿pero qué encuentran? Al pueblo que regresa puteando alegremente y desanda sus lunas de humillación.*

Fue, pues, la noche de un tiempo de alegría. Para ser precisos, la fría y nítida noche del 11 de junio de mil novecientos setenta y tres. Diana caminaba distraídamente por Corrientes cuando alguien vino corriendo desde atrás y le tapó los ojos con las manos. Ella tocó esas manos, pero sobre todo sintió sobre su cara las palmas, inconfundibles, tan tiernas como si no estuviesen sostenidas por huesos y pudieran acolcharse amorosamente sobre los accidentes de una cara.

—Leonora —dijo como una plegaria.

Entonces, como quien ha escuchado la contraseña correcta, la otra la soltó.

El abrazo fue el de dos que acaban de volver de una larga guerra y descubren que el otro también ha sobrevivido. Mucho más tarde, en su casa, borracha de alegría, se dijo que parecía un sueño

que ella y Leonora se hubiesen podido dar ese abrazo a pleno cielo, sin miedo a la muerte. Y pensó que ya sabía lo que quería escribir.

Lo que quería escribir era una especie de parábola que empezaría la tarde desdichada en que la esperó en la puerta de la escuela bajo un cielo de ceniza y terminaría con este abrazo triunfal, en una tierra de esperanza. Sutilmente se iría incursionando en los pequeños y grandes hechos del pasado que habían hecho posible este abrazo. Sin necesidad de volverlo explícito se advertiría cómo la asistencia militante y la asistencia intelectual eran imprescindibles para este mundo en formación.

Se presentaron dos inconvenientes, el primero de carácter formal: apenas empezaba a hundirse en las minucias de esa espera bajo el cielo ceniciento, justo en la parte en que la mujer que aguarda cree ver a la mujer aguardada saludándola desde Díaz Vélez, presintió que, para una versión no infiel de los hechos, debería contar algo que entorpecería la historia desde su mismo origen. En esa vacilación andaba cuando ocurrió el segundo inconveniente: llegó Perón, habló de la Argentina Potencia, echó a sus jóvenes y vehementes soldados de la Plaza, y la vida empezó a despeñarse blandamente hacia la desesperanza. De modo que, lo que durante pocos días había sido un final feliz, perduró sólo como un recuerdo parecido a los sueños: una mujer esbelta y cetrina que la abraza en la noche con la misma pasión, y la misma alegría, con que la había abrazado durante el verano del árbol.

*

—Sabemos perfectamente quién es usted.

La voz, frente a ella, a la altura de su cabeza, ha sido fríamente cortés. La prisionera (no tiene el hábito de la prescindencia) pregunta:

—¿Quién soy?

De tal manera que ahora, en cierto modo, la respuesta del que está enfrente podría tomarse como una réplica obligada, un acto de obediencia.

La voz no se inmuta. Impersonal, responde.

La sobresalta escuchar su nombre real. No porque sea peligroso, al contrario: ese nombre designa a una científica altamente recomendable que existía hasta hace cinco años, prima pequeña del contralmirante Mandayo y, por qué no, hija de su padre. ¿No le ha contado él mismo, sin ocultar un levísimo matiz de orgullo *—el orgullo con que decía «educar al soberano», haciéndome soñar que ese hombre era mi padre—,* que el Almirante en cuya trama ella ha caído está interesado en ciertos proyectos políticos que atañen a él y a sus correligionarios? La sobresalta porque desde hace cinco años ella ya no es la que designaba ese nombre: es la de su nombre de guerra. Ésa es la que aman los compañeros y admiran los novicios a quienes ha instruido, esa la que ha escrito artículos encendidos y planeado operativos de precisa factura y dirigido el implacable periódico de la Organización. Aun para Fernando (que también se llama de otro modo) ella es la de ese nombre. Salvo en las entrevistas a escondidas con sus padres, o en algún otro encuentro fantasmal que ha pretendido remontada a tiempos muertos *(yo le hablo de aquel verano de la pollera calipso y ella me mira como si nunca hubiese pertenecido a ese mundo, o como si pensara cuándo terminará con tanta evocación inconducente así le puedo dar estos papeles para mi padre e irme hacia la verdadera vida),* salvo durante esos cruces furtivos nadie ha vuelto a pronunciar su nombre verdadero. (Sólo unas horas después, desnuda y encadenada, mientras le introducen la picana en la vagina, le van a decir —quizá con el simple propósito de ablandarla quién ha dicho su nombre y la ha señalado en la calle Montes de Oca. Cayó hace tres días y cantó hasta La Cumparsita, le van a decir. La prisionera comprenderá: ése estudiaba en la Facultad de Ciencias y, en una asamblea clandestina, días después de la noche de los bastones largos, gritó que estaba harto de tanto bolche a la violeta, y gritó cinco por uno, viva Perón carajo, y ella, que presidía la Asamblea, lo aprobó apenas con la cabeza, sin demostrarle que tenía ciertos reparos a su viva Perón. Ése tenía motivos para saber su nombre: la conocía de otro tiempo. Pero esto lo iba a entender dentro de unas horas, con la picana en la vagina.) Ahora sólo presiente que su nombre verdadero puede ser una ventaja.

—Yo también sé algo que usted no se imagina —dice.

Y borrosamente sospecha que podrá manejar la situación.

*

En rigor la historia de ellas dos —si hay algo que pueda llamarse historia-de-dos perversamente se le cruza pero neutraliza la objeción mirando con detenimiento una foto escolar— empezó veintiún años antes de la tarde cenicienta, una mañana de abril que Diana Glass había temido durante todo el verano anterior. Era su primer día de clase, sólo que, por un doble accidente, no empezaba por el principio: de puro especulativa había aprendido sola las letras y ciertas relaciones numéricas y de puro cobarde no se había animado a decir a tiempo —consideraba vejatorio confesar cosas como ésta— que le producía terror arrancar con un estigma: ser distinta a los otros en ese ignoto primer grado superior. Era especulativa pero, sin duda, no sabía prever todos los sucesos posibles. Un problema de índole desconocida estaba ocurriendo ante sus ojos: la mujer canosa acababa de escribir en el pizarrón una frase cuyo significado se le escapaba por los cuatro costados. *1950, Año del Libertador General José de San Martín.* ¿Qué es un libertador general? Pensó: limpieza general es cuando se limpia todo, libertador general, por lo tanto... Se tranquilizó: estaban los que libertaban un poco y estaban los que iban de acá para allá libertándolo todo. Ya tendría tiempo, a la noche, de pensar qué era eso de libertar. Ahora la acuciaba un hecho hasta entonces ignorado: los años le pertenecen a alguien. ¿Sería éste un conocimiento que sólo a los que han cursado primero inferior les ha sido revelado? ¿Y tendría ella alguna vez su propio año? Año de la lurulaila general Diana Glass, y otro enigma o exigencia de proeza futura la conmovió: los alumnos (dijo la canosa) debían escribir esa frase *todos los días* en el cuaderno de clase, *y antes que ninguna otra cosa.* ¿Por qué? El tono de la canosa sugería que la omisión o aun la alteración del orden constituía un crimen irreparable. ¿Qué iba a pasar el día en que ella lo olvidase, la mañana aciaga en que hiciese aunque más no fuese un trazo, un pequeño e inocente trazo *antes* de escribir las palabras ordenadas? El peligro, reiterado hasta el abismo, la estaba hostigando cuando hizo irrupción el horror verdadero.

La canosa almibarada dijo: «Casi todos ustedes deben conocerse desde el año pasado», y Diana Glass pensó: Piedad, Señor, ya que era lectora precoz, voraz radioescucha y, a ojos vista, más retórica que judía. Pero la súplica, tal vez por su carácter puramente retórico, no tuvo ningún efecto. La canosa, con un ensañamiento que sólo ocurre en las pesadillas, ordenó que se pusiesen de pie los niños que no habían cursado primero inferior con la señorita Isidora.

Diana pensó que esto no podía estar ocurriendo en el mundo real: ¿ponerse de pie entre estos desconocidos sentados que habían hecho primero inferior con la señorita Isidora y seguramente escribirían cada mañana, antes que ninguna otra cosa, *1950: Año del*

Libertador General José de San Martín, sin experimentar un vacío en el estómago?

Desolada, se puso de pie. La percepción de un movimiento, a su espalda, le hizo girar la cabeza.

Fue un giro tan fugaz que, con los años, consideraría improbable haber captado la imagen con tantos detalles como después iba a recordar, y se preguntaría si no la habría ido completando con los años. Pero ahora la imagen está configurada así y ella, al dar vuelta fugazmente la cabeza, percibe a una chica alta y delgada, de piel morena y cara de gitana, con largas trenzas cobrizas todavía balanceándose por el impulso. Y la voz. No se olvidará de la voz. Ahora que otra vez mira hacia adelante y se pregunta cómo explicará su situación cuando se lo requieran, la voz le llega de atrás, firme y hasta demasiado elevada. Dice, sin que nadie se lo pregunte, que ella no ha hecho primero inferior con la señorita Isidora porque su mamá, el año pasado, la mandó al turno tarde. Y Diana, que está parada junto al banco y aún no ha conseguido darle forma a su propia compleja explicación, sueña que es una chica morena y alta, con una respuesta tan sencilla como ésa, y con esas trenzas, ha recordado mirando la foto bajo el silencio espeso de la noche, en el momento exacto en que dos hombres vuelven a ponerle la capucha a la prisionera y, aferrándola uno de cada brazo, la levantan de la silla en que ha estado sentada dialogando con el hombre a quien han llamado Halcón, y llevan el cuerpo que otra vez ha devenido ciego al pabellón de las torturas.

Tres

Para bailar la bamba se necesita una poca de gracia, la radio no deja oír los gritos. O tal vez nadie está gritando ahora: los aullidos de la mujer que maldecía se han ido desvaneciendo antes de que la música empezara y el hombre hace rato que dejó de escucharse. El hombre no maldecía: sólo emitía un quejido ronco y desgarrado que parecía no interrumpirse nunca, a lo mejor sigue quejándose debajo de la música. *Una poca de gracia y otra casita, y arriba y arriba.* Ahora la canción es el único contacto que tiene con el exterior, fuera de la imperceptible trama de luz artificial que deja ver la capucha. Ya debe ser cerca de medianoche. Dos o tres hombres han entrado en algún momento, movieron algo, putearon y volvieron a salir. Parece un

chiste pero la picana que hay acá no funciona, aunque bien podría ser una táctica de ablande, dejarla sola y encadenada, brazos y piernas abiertos, escuchando los gritos. O escuchando lo que cantó el primero. Sobre todo, escuchando lo que cantó el primero entre bramidos inhumanos cuando recién la habían dejado aquí. *Canta hasta lo que no sabe,* había pensado, y había apretado con fuerza los ojos debajo de la capucha aunque en realidad esa fuerza estaba destinada a otra cosa: a no preguntarse algo que no habría sabido responder: si sería capaz de soportar la tortura sin delatar a nadie. Esa voz todavía la persigue, entregada, deshecha, despegada de todo lo que una vez le ha permitido decir te quiero, buen día papá, levantemos nuestras banderas en nombre de la dignidad de los hombres. No sabe si lo peor ha sido esa voz delatora o los insultos inútiles de la mujer. *Siempre hay una manera.* No lo piensa pero es como si la sensación de un pensamiento así la apaciguara, la ayudara a no gritar mientras espera, sola, en la oscuridad. Las piernas no le duelen, salvo en el lugar donde las argollas sujetan los tobillos, pero el dolor de los brazos, tensados hacia arriba, es insoportable. *Arriba y arriba y arriba iré, yo no soy marinero.* Ahora hay pasos que se acercan; dos o más han entrado otra vez.

—Te gustó el recreo, putita?

—No.

Su respuesta no es rencorosa ni obsecuente: meramente informativa. Tal vez los ha sorprendido la normalidad del tono porque, mientras sueltan las cadenas que le sujetaban los pies y las manos, no vuelven a hablarle.

Como a un peso muerto la llevan hasta otro lugar. Ahora sí la desnudan. La tienden sobre una especie de mesa. Cuando le levantan los brazos hace un esfuerzo para no gritar.

Lo de las piernas brutalmente abiertas no es dolor. O es un modo desconocido del dolor. El de estar sabiendo con todo el cuerpo, por primera vez en este día irrevocable —por primera vez en su vida que pueden doblegarla. ¿Siempre hay una manera? Tiene la sospecha de que la trajeron al lugar donde antes estuvo la mujer que maldecía. *Yo no soy marinero, soy capitán. Soy capitán, soy capitán.* Acá la picana funciona.

*

Pero esa primavera del cincuenta y siete también para mí las palabras y las cosas fueron una unidad inseparable (acaba de descubrir, está escribiendo Diana Glass en mitad de la noche sobre un cuaderno de hojas amarillas, rodeada de fotografías y textos truncos anotados en el reverso de papeles impresos, como si el rescoldo de la santarrita hubiese por fin encendido un rincón clausurado de su memoria, o de su voluntad de hacer memoria). *Me dejaba emborrachar por el perfume violento de las glicinas, miraba hacia el cielo cualquier noche y la luna era un enorme redondel de luz. Como si todo lo que me rodeaba conspirase para hacerme feliz.* Y esta vez sin esfuerzo, y sin que una mirada socarrona se entro meta, como si por primera vez en tres años supiera qué quiere hacer, va recomponiendo las claves de ese tiempo, tiempo absoluto, escribe, en que la vida y el pensamiento y hasta el propio conflictivo cuerpo parecían estar en armonía. Y arrebatada por sus palabras cree estar hablando también de Leonora y de toda su generación, *los que alcanzamos a subirnos a la última calesita a caballo y escuchamos la música de lata del carro del lechero y entramos a la edad de las preguntas cuando aún se oían los ecos apagados de la bomba. (¿Qué es bombatómica, papá? Es una bomba así de chica que tiran desde arriba y mata a la gente; y yo me imagino a un hombre abriendo una especie de postigo en el cielo y tirando desde ahí una lamparita encendida); los que inscribimos sobre papel canson incomprensibles gráficos del Segundo Plan Quinquenal y con guardapolvo blanco y sin escepticismo recitamos* Hoy Veinticinco de Mayo / decir quiero una vez más / cuánto agradezco a la suerte / el haber nacido acá. / En esta tierra argentina / donde hay trabajo y hay pan / donde todos como hermanos / se saludan al pasar, *los que bailamos en los cines* Al compás del reloj *y cantamos con arrebato (y algo tardíamente) las victoriosas estrofas de* El Ejército del Ebro *y leímos tempranamente y apasionadas* El Manifiesto Comunista *y teníamos de verdad la vida por delante y la revolución en nuestras manos y creímos estar a las puertas de todo, y una noche, sin previo aviso, caímos como en un pozo sin fondo en este miedo.* Y ella sin previo aviso cae, sus palabras caen en el pozo sin fondo de estar sabiendo con todo el cuerpo, entras desesperadamente escribe, que ayer entraron a la casa de unos primos lejanos y se llevaron a todos, desde la abuelita judía hasta los nietos adolescentes, que sentirá un escalofrío en la nuca cada vez que abra la puerta de su casa, que las campanas no van a doblar por el dulce gigantón borracho Mike, quien salió una madrugada a comprar pastillas para la garganta y fue devuelto en un cajón cuatro días después, muerto en un enfrentamiento dijo la policía, pero qué enfrentamiento pudo protagonizar el gigante, Diana lo imagina bonachón y borracho diciéndole al policía nocturno Chau, loco, o Fría

la nochecita, ¿no?, pum pum pum, acá se lo devolvemos, muerto en un enfrentamiento. *Para no hablar de esto, esta sinrazón y este vacío, este presentimiento de que el mundo ha enloquecido de mala manera,* está escribiendo, y se detiene como quien se despierta y no sabe cómo ha llegado al borde mismo de la cornisa cuando lo que quería era hablar de la primavera única e inaugural en que, como una rosa ardiente, empezó la vida.

*

Agua toman los perejiles. El que ahora aúlla en la sombra, con un alarido que no parece humano —o que no debería ser escuchado por el oído humano—, ése probablemente ha tomado agua. No es difícil imaginarlo, destrozado su ano, inservibles sus genitales, lacerada su lengua, bebiendo con avidez, como dentro de un sueño que fugazmente lo restituye a la ya olvidada condición de hombre. Nadie le ha enseñado que durante una aplicación de picana no es recomendable beber aunque la boca gima de sed, ya que el agua es buena conductora de la electricidad: el módulo de la descarga ha de multiplicarse y él lanzará este aullido desgarrador que hace apretar los ojos a la que yace desnuda y encadenada en el lugar que antes ocupó la mujer que maldecía, y acaba de pensar —ahora que puede pensar porque quien ha vulnerado su vulva, sus pezones y sus encías le está dando una tregua y le ha ofrecido agua—: Agua toman los perejiles.

Los conocimientos que el hombre que aúlla ha adquirido en sus cincuenta y tres años de vida son de otra naturaleza. Ha leído a Malatesta y al Conde Kropotkine y ha creído con fervor en la libertad y en el apoyo mutuo, por eso se ha sentido orgulloso de que los estudiantes pudieran encontrar en su quiosco de diarios del subte, en la estación de la Facultad, esos bellos libros libertarios que lo han formado a él mismo y prepararán a estos jóvenes para los vientos de revolución que corren. Le ha gustado pronunciar «jóvenes» y pronunciar «vientos de revolución». Ha sido un poco inocentón y otro poco enfático. Un típico perejil, bebedor de agua. Son los primeros que caen, piensa la que yace desnuda y acaba de rechazar un vaso de agua.

La claridad la enceguece: alguien le ha levantado la capucha. Cuando sus ojos se acostumbran a la luz ve a una mujer muy joven, de boca pintada. Está flanqueada por dos hombres pero no tiene esposas

(sólo cuando acabe de decir lo que va a decir y se aleje, la que yace desnuda verá que uno de sus tobillos está, mediante una cadena, sujeto a una bala de cañón).

*

Aunque tal vez duró hasta el verano, empecinadamente piensa para no oír la sirena que, como una herida, abre el silencio de la noche, decidida pese a todo a recuperar el breve tiempo en que Leonora, alta y cetrina, y ella, con su persistente aire aniñado, formaron una unidad perfecta. ¿Persistente aire aniñado?, piensa con extrañeza, y tiene la incómoda sensación del paso de los años. Porque ese aire que la constituyó es apenas un vestigio, un ramalazo a veces, cuando un júbilo extemporáneo y altamente inadecuado a su edad y a la historia argentina (esta misma tarde cuando la santarrita) se instala en su cuerpo y la hace actuar como si estuviera loca. Pero sólo a veces. Ya que hubo vendavales de amor e imperceptibles fracasos, tal vez el de esta misma historia que ella insiste en contar para redimirse o para borrar el pánico del presente —¿dónde estarás, Leonora, en esta noche sin luna por dónde andarás huyendo y acaso conseguirás huir cuando hasta las madres y las novias caen?—, historias nacionales y privadas que han ido devastando su cara, así que instalar la palabra «aniñada» sería imprudente. En cambio escribe que toda la alegría del mundo se cifró en aquella primavera: ella usaba (hasta el final del verano usó) una pollera azul tableada y un blusón marinero, y Leonora una camisa blanca y la pollera color calipso —todo fue de color calipso esa temporada—, detalle que, pese a la miopía incipiente, le permitió a Diana reconocerla desde lejos la mañana en que salió intempestiva a la calle porque la ebriedad de estar viva se le desbocaba por las paredes de su casa.

Primero fue la pollera, como un manchón ondulante. Después, la manera de caminar y, sobre todo, el modo de saludarla desde lejos balanceando el brazo en alto. Diana también agitó el brazo. Después corrieron una hacia la otra con esa violencia de varones de la que estaban tan orgullosas, y se abrazaron como si hiciese años que no se veían o como si el encuentro se estuviera verificando en un planeta yermo en el que ellas eran las únicas sobrevivientes. «Salí para encontrarte», «estaba segura de que te iba a encontrar», dijeron al mismo tiempo y fue suficiente para que rieran sin freno, volcándose la una sobre la otra para no perder pie. Caminaron abrazadas, Leonora

rodeándole protectora los hombros con el brazo, ella enlazando la cintura de Leonora, bebiendo con toda la piel, como si hubiesen sido un único y perfecto cuerpo gozador, la luz de la mañana y el perfume de los malvones.

Recorrieron largamente Salguero, comentaron *Juan Cristóbal,* cuya vida apasionada las dos estaban leyendo, hablaron del cumpleaños de quince al que irían el sábado, del novio de Leonora —«le pasa algo muy terrible que ni a vos te puedo contar», apretándole el hombro para buscar fuerzas—, de un muchacho de anteojos a quien Diana secretamente amaba, de cómo ellas, lo mismo que Ana Frank, creían que el hombre siempre es bueno en el fondo del corazón. En la plaza compraron manzanas acarameladas, se sentaron en un banco que miraba a la Iglesia de Guadalupe, y Leonora le confió en parte su secreto: le contó —con salvedades— la tragedia del novio, que era también su tragedia. «El sueño de su vida es entrar en la Escuela de Oficiales de la Policía, pero hay algo muy íntimo que se lo impide; algo que ni a vos te puedo contar.» Fugazmente ella se preguntó si sería una falla de su propio carácter o un prejuicio despreciable que estuviera descartando para sí misma un hipotético novio con esa aspiración. Menos fugazmente, cuál sería el impedimento íntimo; contra su voluntad lo ubicó en el pito del joven pero no lo dijo ya que, esteta al fin, amaba los momentos perfectos: ninguna observación inconveniente debía enturbiar la mañana en flor. ¿Entonces nuestra primavera sagrada también está hecha a fuerza de lo que yo, empecinadamente, he quitado del camino? Ahora no, por favor, ahora que las tengo a las dos sentadas frente a la Iglesia de Guadalupe en ese instante azul en que fraguó la felicidad, ahora que estoy descubriendo por qué quería contar esa mañana y las tengo a las dos tomadas de la mano mirando los cambiantes dibujos del sol sobre la iglesia, que ningún pensamiento maligno venga a interrumpirme. Tacha lo de la Escuela de Oficiales y, por razones de simetría, lo de su amor contrariado. Escribe simplemente que algo ha vuelto desdichada a Leonora. Entonces Diana saca una hoja cuadriculada de repuesto Rivadavia y dice: «Te voy a leer un poema de Alfonsina Storni». Lee un poema de amor que en algunos versos recuerda a la Storni y en otros a Héctor Gagliardi. «Es hermosísimo», dice Leonora. Ella confiesa: «Lo escribí yo». Se abrazan emocionadas y vuelven por Salguero así, abrazadas, hablando del milagro de la vida que ellas conocen como nadie, y de todas las cosas nobles que se sienten capaces de hacer. Y por primera vez, desentendida de las sirenas e iluminada por la lamparita de 75 watts de su escritorio, Diana siente que ha arribado a algo, al final del principio, piensa, al punto de suprema esperanza o suprema belleza del que irradiarán los caminos

para cambiar el mundo, *porque ese apenas relámpago de dicha, esa captación angustiosa y bella de que entonces es posible que el hombre sea feliz, es lo que tal vez, poco tiempo más tarde, nos iba a llevar al deseo y a la voluntad de.* Pero perversamente, como si llevada por el entusiasmo ya no pudiera frenar el cruce o superposición de pensamientos, escribe: *Y entonces, cuando pasábamos en fila por un lugar muy estrecho, en ese momento de perfecta felicidad, un árbol cayó sobre mi cabeza.*

*

—Mejor hablá cuanto antes, no dejés que te destruyan. A mí al principio me hicieron pedazos, ¿y para qué sirvió? Unos dientes menos, eso es todo lo que me queda de tanto heroísmo. Un día no aguanté más y canté todo lo que sabía. Les sirvió, eso es lo bueno, no sé si sabés que yo tenía las claves para las citas. Y bueno, les sirvió, creo que cayeron como moscas, ¿y qué?, igual van a caer. Los que tengan que caer van a caer porque si no cantás vos va a cantar otro, ésa es toda la filosofía. Sólo los de arriba saben cómo escaparse, yo sé por qué te lo digo, a mí me cuentan ciertas cosas. Pero los de arriba se están salvando solos, ni se acuerdan de minas como yo. Mejor colaborar con estos, no son mala gente, hay que conocerlos, como a todo el mundo, a mí me dijeron que si hago todo lo que me dicen, cuando nazca mi hijo capaz que no me lo sacan, estoy embarazada, ¿ya te dije?, el médico de acá se dio cuenta, ese que te reanima, espero para junio y ya me prometieron que si no les fallo voy a poder... bah, acá más bien no lo voy a poder criar pero si no les fallo capaz que se lo dan a mis viejos, no son mala gente, una vez que te hacés su amiga son mucho más educados que unos cuantos que yo conocí. Es así, como con cualquiera: si les sos útil, seguro que sobrevivís; si no, te matan en seguida. Yo tuve suerte, ya ves; les sirvo para esto. Y para algunas otras cosas. Vos no le des más vueltas; lo que tengas que decir, decilo rápido, yo sé por qué te lo digo —ha pronunciado la muchacha de labios pintados.

Después ha levantado la bala de cañón y se ha marchado, flanqueada por los dos hombres.

*

«Hay que llevarla al hospita1.» La voz del hombre, imperiosa, fue el primer tironeo para arrancarla de la nada. Al hospital no, no sabe si dijo o pensó, y con desesperada voluntad abrió los ojos.

Pero ya nada fue como antes: durante todo lo que restaba de aquel verano de privilegio ella supo que podía morir. *Fue el guadañazo de la muerte en medio del río salvaje de lafelicidad,* escribió esa misma noche en un cuaderno cuadriculado. Tenía catorce años y todo acontecimiento le resultaba deslumbrador y único, también esta experiencia prematura de la muerte. Y tal vez resulte excesivo llamarla «experiencia prematura de la muerte» (en realidad, el árbol tampoco era un árbol sino una rama muy gruesa) pero los excesos eran en ese tiempo su razón de ser. Y lo cierto es que ella había vivido esa rama sobre su cabeza como si fuera un árbol, y su propia caída como el embrión —indeseado— de su conciencia de la precariedad. Sólo que, por qué otra vez este deslizamiento hacia mi locura personal, se pregunta Diana Glass en el momento en que la prisionera, desnuda y abierta bajo la lámpara, brama como un animal desgarrado. Un hierro al rojo vivo atravesándola desde la vagina hasta las muelas.

—Con esto vas a cantar, puta montonera.

Mira la cara del que habló (nadie ha vuelto a ponerle la capucha). Nariz, boca, ojos. Es la cara de un hombre.

—Yo no tengo a quién delatar —dice.

—Nosotros vamos a hacer que tengas.

Ahora, con lentitud de cuerpo sumergido, la mano que sostiene la picana se acerca a uno de sus pezones. (O la lentitud es sólo una apreciación subjetiva; es sabido que hay instantes en los que se verifica un gran poder de resolución: analizados lógicamente, deberían durar más de lo que duran.)

—¡Busquen en mi cartera! —grita la prisionera, con la desesperación de quien gritara: ¡Detengan la picana! Después parece recuperar algo de su calma—. Ahí hay dos cartas con la prueba que necesitan.

—La prueba de qué.

El avance de la picana se ha suspendido. La acción pende de un hilo.

—De que perdí todos los contactos. No tengo a quién delatar

porque no sé dónde encontrar a nadie.

El hombre que sostiene la picana se ríe.

—Eso no basta, putita. Por pelotudeces de ese tipo ni nos tomamos la molestia.

¿La picana se ha acercado unos centímetros a su pezón o se trata de otra apreciación subjetiva? La prisionera no cierra los ojos. Con voz neutra dice:

—Hay otro dato en la segunda carta. Les va a decir mucho sobre mí.

Esto no es delatar, se diría si tuviera el hábito de la reflexión; en todo caso, esto es delatarme a mí misma. ¿Es malo esto? ¿Mostrarme desnuda ante quienes no tendrían que conocer mi desnudez? Malo para quién. Ya estoy desnuda ante ellos; tocaron mi cuerpo, hurgaron mi vagina. Qué más da que ahora también palpen mi desconfianza acerca de los métodos que está usando la Organización. ¿Acaso hablo en esa carta de mis deseos de huir, hablo de mis ganas de borrar el pasado? No se habla de eso en una carta a los Comandantes so pena de fusilamiento. Pero si estos saben leer entre líneas... El Halcón no es tonto, si descubre mis dudas y eso lo alienta, allá él. Es su trabajo, no el mío. El mío ahora es no delatar, y no delato.

(—Porque la delación no es para todos —dirá el hombre al que traerán un poco más tarde. La prisionera, al principio, se habrá sorprendido de verlo vivo. El Chango Hernández. Era un cuadro importante y ha caído un mes atrás, todos afuera lo daban por muerto, tocaba la guitarra como un duende—. Eso de decir un nombre, y saber que en pocas horas el de ese nombre va a estar pidiendo la muerte en la mesa de torturas... No es para gente como nosotros, y algunos de ellos lo saben. Hay tipos inteligentes acá, tipos con capacidad para conocernos. ¿Sabés una cosa?, en todos lados hay tipos inteligentes, eso es lo que no vimos. Y bueno, si te dan la oportunidad de darte a conocer... Hacé lo que te parezca, pero yo éstoy vivo, no sé si esto es una recomendación pero a lo mejor te sirve. Perdoname que no te dé más seguridad, no era esto lo que me habían pedido. Pero es la primera vez que me mandan a hacer algo así, y justo me toca con alguien como vos, espero no estar defraudándolos —dirá, las manos un poco temblorosas, un leve jadeo en la voz; y todo el tiempo evitará mirar las piernas abiertas de la que yace, el cuerpo sucio de sudor y de excrementos, los ojos, sobre todo evitará los ojos. Luego mirará un

instante de reojo al hombre que estará a su costado y, con la voz monocorde, un poco cansada, de quien espera ser comprendido sin demasiado esfuerzo de su parte, y con la vista clavada en el suelo, agregará que acá las cosas pueden ser distintas de cómo uno las piensa, que si uno deja de lado ciertos principios tal vez encuentre maneras de sobrevivir, trabajos técnicos, nada del otro mundo, cosas que uno sabe hacer y que a ellos les sirven. Él está seguro, porque la conoce, porque conoce su talento y su fuerza, que ella será capaz de encontrar su propio camino. Después levantará su bala de cañón y, igual que la muchacha de labios pintados, se marchará y la dejará sola.)

Pero eso va a ocurrir más tarde. Ahora la prisionera está sola —los dos hombres han salido en busca de las cartas— y, aunque no reflexiona —no tiene el hábito— rápidamente ha decidido que esto no es delatar y que ha dado un paso correcto.

Se pone alerta. Pasos rápidos se aproximan. Dos hombres.

—Nos mentiste, turrita montonera —grita el primero en entrar —. En tu cartera no había ninguna carta.

Experimenta terror, pero apenas un instante.

Acaba de reconocer al segundo hombre que ha entrado: es el Halcón. *Yo no soy marinero,* piensa, pero se dirige al otro.

—Usted ha pasado por alto un detalle —le dice—, ¿no sabe que una cartera puede tener más de un fondo? —ahora sí fija los ojos en el Halcón—. Todavía les quedan muchas cosas por aprender de nosotros, Capitán —le dice.

El que ha hablado va a abalanzarse sobre ella. «Turrita...», dice. No alcanza a completar la frase ni la acción. Un ademán del Halcón lo congela.

—Vaya a buscar las cartas donde le han dicho, teniente —ordena casi sin mover los labios.

Después se marcha, detrás del teniente. La prisionera ha quedado sola hasta donde se puede quedar solo. No está su padre, no está Fernando, han quedado lejos otros hombres que la han amado, el Partido no acudirá en su ayuda ni velarán por ella los altos jefes montoneros. ¿A qué pertenece ahora? ¿Quién la va a proteger?

*

Muchas veces volvía a la madrugada, caminando en puntas de pie para no despertar a la madre, quien, de escuchar sus pasos, podría levantarse para venir a gritarle en la cara el fracaso de su vida; o a su padre, quien, de estar en la casa, podría salir a su encuentro para despacharse con uno de sus discursos sobre los idiotas útiles del Partido Comunista (aunque no tuviera razón disponía de más argumentos que Leonora —era político y no tenía diecisiete años—, y ella no podía responderle ni siquiera con su furia, porque lo adoraba). Tal vez Leonora volvía de hacer una pintada callejera contra la entrega del petróleo, o de imprimir algún volante a mimeógrafo, o de discutir con los compañeros la estrategia a seguir en los colegios secundarios «para que no se apagara la llama de la lucha después de la derrota»; llegaba cansada y vibrante de espíritu revolucionario pero debía dar un rodeo, siempre en puntas de pie, para evitar la puerta del dormitorio de sus padres —en el que no es descabellado imaginar a la madre, bellísima y sola, escuchando los pasos sigilosos y llorando en silencio por este destino injusto de tener un marido casado con la política y ahora esto, su única hija, ah, desdicha—. Luego, casi sin rozar el suelo, cruzaba la puerta del cuarto pequeño donde dormía la angelical abuelita Violeta. Por fin entraba en su habitación, que no era en rigor su habitación ya que allí inmóvil en una de las camas gemelas, acechaba la imagen viviente de todo lo que Leonora más detestaba en el mundo, su tía Adolfina, solterona y amarga, asistente diaria y madrugadora a la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, «Bruja chupacirios, Diana (decía Leonora), una odiadora de la vida que cada mañana y cada tarde y cada noche recita toda la sarta de padrenuestros y avemarías que le cabe en la cabeza —lo único que puede caber en esa cabeza—, como si eso pudiera redimirla del veneno que guarda adentro de su cuerpo». «Porque no sabe, Leonora (decía yo), lo único que vale la pena saber sobre Dios: que nosotros mismos somos Dios, que cada uno de nosotros lleva un Dios adentro. ¿O no es cierto que todo lo bueno y lo bello que es posible en el mundo depende de vos y de mí y de cada hombre? Por eso vamos a ser capaces de cambiar el mundo. Ésa es la única verdad.» Y arrogantes y todopoderosas y libres como el viento exponíamos así con esta devoción religiosa, nuestra independencia de todo Dios, pero sobre todo del Dios burócrata que sólo recibía en las iglesias y los templos y las mezquitas y al que había que recitarle huecos textos ajenos, Ese Dios que solía invocar la mujer que acechaba, inmóvil en una de las dos camas gemelas. Razón por la cual la que volvía de pintar paredes o de cantar bellas canciones de partisanos en un fogón bajo las estrellas y. aún temblaba de fervor revolucionario, mientras se desvestía rogaba con cierto pavor: Que esté dormida. Pero el ruego sin destinatario nunca era atendido: apenas

Leonora apoyaba la cabeza en la almohada y su cuerpo iba amoldándose blandamente al sueño, la voz chillona de la tía Adolfina taladraba el silencio, «Vamos a rezar, Leonora. Vamos a decir una oración por todas las almas descarriadas que andan por el mundo y porque Dios perdone tus pecados.» Entonces ella, demasiado cansada para discutir o para enfurecerse, juntaba palma con palma en la oscuridad y, uniendo su voz a la de la tía Adolfina, dócilmente plañía: Ave María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores.

*

Sin padre, sin amante, sin partido. Sola hasta donde se puede estar solo mientras un hombre desconocido está leyendo una carta de la que tal vez dependa su vida. Y sin poder, esta vez, contar con la eficacia de quien nunca le ha fallado: la de ella misma. Ayúdame, Dios mío, pugna por gritar algo dentro de la prisionera. Por costumbre o por orgullo ahoga ese grito. Pero brumosamente percibe un orden; hay uno solo —el Único— que aún la puede ayudar en esta oscuridad. Padre nuestro que estás en los Cielos, piensa con fuerza, y una especie de tranquilidad, o de esperanza, cae sobre ella y atenúa los agitados latidos de su corazón. Entonces, sin juntar palma con palma porque sus manos están encadenadas, sin arrodillarse porque sus piernas están abiertas, sola entre paredes desnudas, deja oír su voz, que se impone sobre órdenes militares y gemidos lejanos. *Padre nuostro que estás en los Cielos, santificado sea el Tu nombre. Venga a nos el Tu reino. Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal* ha recitado sin errar una sola palabra. *Amén.*

Cuatro

Las peluquerías son sitios blindados, regiones protegidas de donde nadie va a echarte por ser un factor real o potencial de perturbación, como seis meses atrás echaron brutalmente de su trabajo a la que distraídamente hojea una revista ante un amplio espejo. Nadie es un factor de perturbación para las peluquerías.

Ninguna persona o hecho es capaz de perturbarlas: resisten incólumes asonadas y catástrofes, regidas por un orden privado e inundadas de su propio olor, que no va a evocar antiguos perfumes de glicinas ni el al aroma inconfundible de ese pan dulce que cada Navidad amasaba la abuelita Violeta, tan delicioso que si uno lo ha probado una vez lo perseguirá durante otras navidades por el resto de su vida. Ni siquiera los sonidos de afuera entran en las peluquerías. O llegan tan atenuados por el zumbido interior, mezcla de voces y máquinas inocentes, que parecen inofensivos. Tampoco la muerte entra en las peluquerías. Una puede dejarse estar mientras el peluquero ejecuta su diestro trabajo, y enterarse en revistas viejas de las cien claves secretas para que él la ame, o de las veinte originales maneras en que se puede preparar la coliflor, o del método para permanecer fresca y juvenil cuando el mundo afuera se derrumba entre gritos apagados y cuerpos deshechos. ¡Basta! Decíamos que ningún conflicto entra en la peluquería. Por algo la que está frente a un espejo ha decidido venir a cortarse el pelo.

Termina de hojear la revista de la coliflor y toma otra, de noticias, felizmente ya pasadas. No lo suficiente, comprueba ante la foto de un general de la Nación que le sonríe falsamente a un niño. Pasa esa página y también las que siguen con rapidez; busca un descuartizador, una niña con dos cabezas, un romance inolvidable sobre arenas doradas, algo que la regrese a este pequeño mundo protegido. Da otra vuelta de página y entonces ve, en grandes letras negras: **Las cinco guerrilleras más buscadas de la Argentina**. No quiere buscarla entre las cinco fotos pero naturalmente la busca. Está ahí, justo en el centro, sonriente y de pelo largo. La muerte no deja resquicios, por fin ha entrado también en esta amable peluquería. Y Diana ha descubierto por qué su historia se muerde la cola: es ella quien obcecadamente se niega a conocer el final. Pero ahora que lo sabe ya no hay retorno: va a ir a la casa de los Ordaz y va a averiguar sin ambigüedades qué fue de Leonora.

—¿Le gusta cómo quedó? —dice el peluquero.

Pero ella sigue mirando la cara sonriente. Tiene la curiosa impresión de que, si deja de mirada, esa cara va a borrarse para siempre.

*

—Sáquenle la capucha.

A ciegas lo ha reconocido: por la voz y por la orden. Ha escuchado antes esa orden —¿ayer, anteayer?—, cuando aún no estaba como ahora, los brazos y las piernas abiertos, encadenada a los extremos de un catre, sino sentada frente a un hombre de quien, hasta el momento, sólo conocía la voz.

«Yo también sé algo que usted no se imagina», había dicho, y el de enfrente habrá levantado la vista y habrá querido leer a través de la capucha.

«Qué sabe.»

«Sé que usted es marino y sé el lugar en donde estoy.»

Nombró el lugar. El impacto que produjo en su interlocutor lo dedujo del ligero cambio de tono en las preguntas que siguieron. Estaba tratando de adivinar si ya habrían llamado a su primo segundo, el contralmirante Mandayo y si se habrían enterado de quién era su padre, cuando una pregunta a su medida, disparada por su interlocutor, hizo que dejara de lado toda otra especulación.

«¿Qué país quieren ustedes?», había preguntado el de enfrente.

La prisionera contestó con firmeza:

«No queremos el comunismo».

No había mentido, sólo había empezado a organizar su discurso. Cuando el de enfrente le enrostró pensamientos foráneos, extraños a nuestra idiosincrasia, la prisionera habló con elocuencia de soberanía y del ser nacional, y acotó que lo lamentable de este gobierno —lo único lamentable, dejó caer como por casualidad— era su ministro de Economía: vendido al oro yanqui; de tal modo que al de enfrente no le había quedado otra alternativa que coincidir con esta opinión, aunque planteando atenuantes. La prisionera había puesto en duda algunos de estos atenuantes y había concordado con otros. A no ser porque la cara de uno de los dos protagonistas estaba cubierta por una capucha la escena habría podido corresponder a un civilizado intercambio de opiniones entre dos personas agudas. Pero esta irregularidad pudo ser corregida. Fue cuando el de enfrente, tal vez incómodo por el giro que había tomado el interrogatorio, había aludido a la promiscuidad y el ateísmo de ustedes los subversivos. La prisionera, en esa parte, había reaccionado con altivez.

«Ya usted, que seguramente se siente tan derecho», le había dicho, «¿¡e parece muy viril tener encapuchada a la mujer con la que está hablando?».

Conocía a los marinos; sin ir más lejos, entre quienes los adiestraban en Tucumán había un marino; sabía por experiencia lo puntillosos que suelen ser con las mujeres, diferentes a los del ejército

y los de la policía. Recordaba una tarde en que al marino instructor se le había ido la mano con las órdenes de cuerpo a tierra y ella se lastimó las rodillas. ¡Es deshonroso!, repetía el marino entre las carcajadas de todos los compañeros; por mi culpa fue herida una dama.

El de enfrente tampoco había podido soportar que se lesionara su virilidad.

—¡Sáquenle la capucha! —ordenó.

Y entonces, por primera vez, vio la cara del Halcón.

Ahora puede verlo por tercera vez, la mirada azul y fría estudiándola como en el primer encuentro. La prisionera quiere descubrir en esa mirada cómo ha sido leída su carta pero los ojos del Halcón no lo revelan. Lo que sabe lo sabe por dos datos: está viva y, en los dos días que lleva encadenada a este catre, nadie ha vuelto a torturarla. Además, en algún momento que no puede precisar, han vuelto a ponerle la ropa.

El Halcón recorre con la vista su cuerpo abierto; después se dirige a alguien, a su derecha. Recién entonces la prisionera repara en que no está solo: ha traído un prisionero. Pelo oscuro, mirada torva, bala de cañón. El Halcón le ordena:

—Dígale lo que vino a decirle.

El prisionero deposita la bala en el suelo y empieza a hablar sin mirarla, nada demasiado diferente de lo que le han dicho los otros, que la guerrilla es una causa perdida, que él también ha creído en otro tiempo que iba a salvar a la Patria pero ahora se da cuenta de qué equivocado estaba, que lo único que habrían conseguido, de haber triunfado, es que la Argentina se hundiera sin remedio, así que lo mejor, para ella y para la Patria, es que colabore sin vacilación. Que los marinos son gente sensible, más sensibles que los de las otras Fuerzas, y tienen un plan interesante. Un plan que a alguien como ella puede resultarle interesante.

La prisionera lo contempla unos segundos. Va a decirle algo pero por fin, como quien quiere dejar claras las jerarquías, se dirige al Halcón.

—Éste no es un prisionero —le dice—. Está representando.

El Halcón la observa con curiosidad, como si se esforzara por

captar en su cara algo que aún se le escapa.

—¿Por qué lo dice? —pregunta.

—Porque no tiene la mirada perturbada de los que me vinieron a ver ayer y anteayer —fija la vista en los helados ojos azules que la estudian—. Y no habla como uno de nosotros.

—¿Y cómo hablan ustedes?

Ella se ríe apenas. Tiene la sensación de que hace siglos que no se ríe. Cosa extraña todo esto: abierta como una res, aún es capaz de urdir —está urdiendo— una respuesta perspicaz.

—Por ejemplo, nunca hubiésemos dicho «Salvar a la Patria". —su mirada, ahora, parece venir de lejos, de un tiempo en que las condiciones las ponía ella—; hay muchas cosas nuestras que ustedes desconocen, capitán.

Imperturbable, el Halcón gira medio cuerpo. Enfrenta al hombre de la mirada torva.

—¿Aprendió la lección de la montonera, Escualo? Eso es lo que hace falta acá: gente inteligente y con pelotas.

Cinco

Desde afuera de La Meca, la mujer mayor y la mujer más joven instauran ciertas simetrías. Sentadas junto a las dos únicas ventanas, cada una con un bolígrafo o lapicera en la mano y un cuaderno o anotador sobre su mesa, están orientadas de tal modo que, si enderezaran simultáneamente la cabeza, sus miradas se encontrarían. Está ocurriendo ahora. La mujer más joven ha dejado de mirar por la ventana —fugazmente mira hacia adelante— y suspira con desaliento, y la mujer mayor, que acaba de interrumpir la escritura y ha levantado la cabeza, le sonríe levemente como si entendiera. Como si entendiera qué, se pregunta la más joven, si ni yo misma puedo darle un signo a este vigilar la puerta de enfrente en lugar de entrar como en otros tiempos a la casa, subir al segundo piso y preguntar: ¿Qué noticias tienen de Leonora? Lo que más la perturba no es su actitud furtiva sino la naturalidad con que la acepta, esta blandura con que se

va amoldando a pequeños nuevos hábitos, esperar en esta mesa en lugar de entrar a la casa, o echar cada tanto una mirada al hombre de ojos de zorro que, desde que ella llegó a La Meca —mira el reloj: hace exactamente una hora y cuarenta minutos—, no se ha apartado de la esquina. ¿Pura casualidad o un control permanente sobre la casa? Fuera de este estado de sospecha, ninguna otra alteración. El hombre de atrás del mostrador charla amigablemente con un señor de bigotes que come una medialuna, el mozo canturrea *Francisco Alegre,* y la mujer mayor que un momento atrás le ha sonreído escribe en su anotador sin que nada en su exterior delate un estado distinto al que pudo haber tenido diez, o veinte, o cuarenta años atrás. Cuarenta años atrás yo debía ser parecida a esta muchacha, escribe la mujer mayor, y si no fuera por la piel arrugada, por algunas manchas amarronadas que percibo en la mano que escribe, nada me revelaría que soy diferente. O sí. La expectación con que ella mira por la ventana, cierto estado de sobresalto, ya no me constituyen, y no podría decir que lo lamento. Sólo quiero poseer su historia, descubrir por qué mira por la ventana, qué vio ahora que sus ojos parecen agrandarse. La tía Adolfina, piensa la mujer más joven, y se pregunta si la expresión de esa cara le revelará algo de lo que está buscando saber. No le revela nada porque nunca la miró, salvo a través del desprecio de Leonora. Cruza Medrano con aire pensativo, tal vez vuelve de la Iglesia de la Merced, de la misma manera en que volvía hace veinte, hace treinta años, como si nada sobre la Tierra hubiese cambiado. Y ella misma, ¿no está sintiendo la compulsión de anotar, no está anotando ahora con pasión desmedida en su cuaderno de hojas amarillas (no trajo otro) lo mismo que se recuerda anotando desde que entró en la adolescencia? Ciertos interrogantes, ciertas perplejidades acerca de lo aparentemente cotidiano. Y lo curioso es que este juego (porque no es otra cosa que un juego) le produce el mismo placer, y la misma inquietud, de otros tiempos. Nada de lo que la constituye parece haber cambiado y, sin embargo, ella está hace casi dos horas en este café, esperando la llegada o la salida del Profesor, simplemente porque no se anima a realizar un acto tan sencillo como. Intempestivamente levanta la vista del cuaderno y mira por la ventana. Algo ha visto, a lo lejos, que sin duda la sobresalta, piensa la mujer mayor, porque ha dejado el cuaderno sobre la mesa y sale corriendo hacia la calle, como si algo o alguien se le escapara. El hombre que estaba detrás del mostrador también sale, furioso, grita ¡Se fue sin pagar! y le avisa algo a alguien que debe estar en la esquina y que la mujer mayor no alcanza a ver. ¡Alto!, oye la mujer mayor, una voz de hombre autoritaria y desconocida viniendo de la esquina. Es una orden militar, ineludible, que desencadena un movimiento difuso en la calle. Después se ve, desde la ventana, al hombre que estaba detrás del

mostrador, a otro con aspecto de zorro, y a la mujer joven. La mujer joven está pálida y parece agitada; trata de explicar algo. Señala con insistencia la mesa junto a la ventana en la que acaba de estar. El de aspecto de zorro le pone un dedo en el pecho y le dice algo. La mujer joven abre la cartera y saca su documento; le tiemblan ligeramente las manos. El de aspecto de zorro lo estudia con desconfianza. Por fin se lo devuelve y parece hacerle una advertencia. El hombre de atrás del mostrador y la mujer joven entran en el café. Ella paga y se esfuerza por ser amable: ha perdido una oportunidad de encontrarse con el Profesor, así que va a tener que volver. Esto es lo que cambió, piensa mientras se va: la acechanza de la muerte flotando aun sobre las pequeñas. distracciones cotidianas. La mujer mayor la mira irse, desbordante de curiosidad. Develar el significado de estos actos mínimos, aparentemente ahistóricos, que sin embargo interceptan la Historia y la desvían hacia un curso imprevisible. Confieso que a las puertas de mis setenta años eso es lo único que me interesa. Cuatro metros debajo del nivel donde han ocurrido estos hechos la prisionera escucha un aullido que le aprieta la garganta.

*

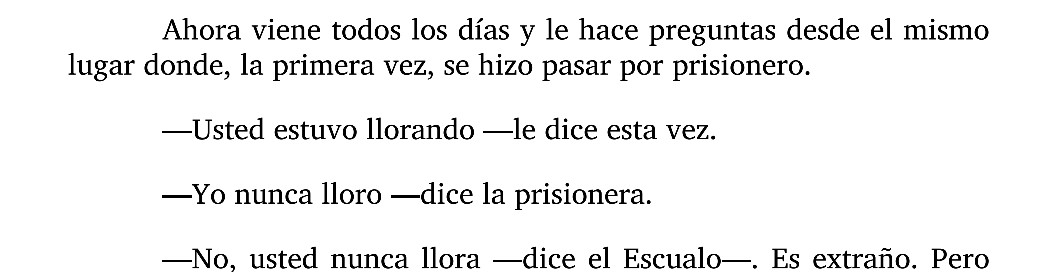
«Si yo no sé nada», ha pronunciado el que aúlla, «si yo no conozco a nadie, ¿qué quiere que le diga?». La voz del Escualo vuelve a insistir, inconmovible. Un nuevo aullido traspasa la oscuridad, pero no contiene palabras: es feroz. Va a cantar, piensa la prisionera, aunque no sepa nada va a cantar. Es un perejil, no sabe que cantar tampoco lo salva, que haga lo que haga está perdido. El problema con los perejiles es que no conocen a los milicos: o sos un general o sos un buen soldadito, si no te revientan.

No quiere escuchar lo que ahora, llorando, dice el que ha aullado. ¿Un nombre? ¿La ubicación de una casa? El Escualo dice que no es suficiente. Hay otro grito y otra vez la voz sollozante, delatando. No quiere oírla. Ruega que entre un guardia que la distraiga de esta pesadilla. Porque una cosa soporta menos que estos sollozos: la soledad.

Los guardias no son mala gente, hay que saber tratarlos, como a todo el mundo: un comentario amable o incluso un chiste cuando le dejan la comida o le ponen la chata, a cualquiera le gusta que lo estimulen cuando hace su trabajo. La prisionera está segura de que les

ha caído simpática; a veces, hasta le traen algo para leer; en esos casos le sacan la capucha y le liberan una mano. Cuando le dejan la comida le liberan las dos pero sólo un rato. De cualquier modo, ahora que las esposas están más flojas que al principio ha aprendido a deslizar las manos cuando nadie la ve. Siempre ha tenido una gran habilidad con las manos. *Manos extrañas, como si no tuvieran huesos. Impresionaba tocarlas, una mezcla de fascinación y de rechazo, manos hábiles que dibujaban jarrones sombreados y letras sofisticadas y podían entrar en cualquier hueco, amoldarse a cualquier forma. Eran tiernas, y con las palmas asombrosamente lisas, una tenía la sensación de que podía comprimirlas hasta casi hacerlas desaparecer. Sin embargo eran resistentes, salían inalterables de la opresión, como si la vida, que sigilosa iba marcando un destino en las palmas de todos nosotros, no dejara una sola marca en esas manos. Fue lo primero que reconocí aquella noche jubilosa de junio del setenta y tres, justo en la puerta del viejo cine Medrano, cuando alguien me tomó por detrás y me tapó los ojos. Un juego que me devolvió, intactos, otros momentos de deliciosa incertidumbre, cuando yo sabía que hasta que no adivinara quién era mi carcelera ella no me soltaría. Hice lo que hacía a los diez años: palpé las manos. Y me bastó un solo contacto con esa materia de ilimitada plasticidad para saber, como a los diez años, quién era su dueña. ¡Leonora!, grité, y fue una resurrección. Nos abrazamos con la misma pasión, con la misma alegría de los catorce años, parecía que todo un mundo nos separaba del último encuentro en el Tiziano, cuando debíamos hablar a media voz y Leonora venía de un territorio ajeno y clandestino y las dos temíamos por nuestras vidas —o yo temía por la vida de las dos—. Ahora las calles eran nuestras y el Sheraton también, ay, ay, ay, qué lindo que va a ser. Nos había llegado por fin el tiempo de cantar, Leonora (me estaba diciendo) estaba trabajando en un proyecto de la Universidad, y yo había encontrado por fin el desenlace de mi historia, dos pequeñas lectoras de Salgari que a través de la espada, de la pluma y la palabra, y luego de vivir diversas vicisitudes, llegan a esta noche triunfal. Final feliz bajo las estrellas,Plap, Plap, Plap.* De modo que cuando no hay testigos la prisionera puede mover plásticamente, viscosamente sus manos, hasta que se deslizan de las esposas. Es nada más que esto, un pequeño ejercicio de la libertad, soltar sus manos, levantar un poco la capucha si es que la tiene puesta, tocarse la cara transpirada, palpar su cuerpo sucio, mirarse el movimiento de los dedos, un juego que pasajeramente puede librarla de lo que más detesta: la soledad.

Ahora está alerta porque, a través de diversos aullidos y de la radio, le ha parecido escuchar unos pasos que se acercan. Una mano, con sumo cuidado, le ha sacado la capucha. No es un guardia: es el Escualo.



Ahora viene todos los días y le hace preguntas desde el mismo lugar donde, la primera vez, se hizo pasar por prisionero.

—Usted estuvo llorando —le dice esta vez.

—Yo nunca lloro —dice la prisionera.

—No, usted nunca llora —dice el Escualo—. Es extraño. Pero hoy tiene los ojos rojos. Algo le pasa hoy.

—¿Qué día es? —dice la prisionera.

—Dieciocho de octubre. ¿Ve? Los ojos se le llenaron otra vez de lágrimas. A mí no se me engaña.

—Hoy es el cumpleaños de mi hija —dice la prisionera.

El Escualo parece titubear.

—Su hija. ¿Ve? Tiene que hablarme de su hija. ¿Cuántos años cumple?

—Diez.

—¿Y qué cosas le gustan?

—Qué sé yo. Los cuentos, y dormir enroscada como un gato.

—¿Le gustan las papas fritas?

—¿Las papas fritas? Sí, claro, las papas fritas. Le gustan. Le gustan mucho.

—Se parece a usted?

La prisionera lo mira un segundo, en silencio.

Es una mezcla perfecta de los dos, la piel cetrina de Leonora, y también las cejas espesas y la boca grande, hecha para sonreír, pero los ojos son los de Fernando; ojos grises, transparentes. Y el pelo rubio también.

—Sí —dice—, se parece a mí.

El Escualo se ha quedado mirándola de una manera rara; parece perdido, como si algo en él se hubiese descolocado. De pronto grita.

—Cómo pudo —grita—. Cómo pudo alguien como usted.

—Cómo pude qué —dice la prisionera. Parece alarmada.

—Convivir con ese cerdo comunista —por primera vez la está mirando con odio—. Usted misma —grita, la señala con el dedo—, usted misma es una comunista apátrida y sin religión.

Ella niega con la cabeza.

—Usted tiene una idea equivocada de mí —dice—. Yo nunca dejé de rezar.

*

Parecía indoblegable, por eso me impresionó tanto la primera vez que la vi llorar —el motivo por el que lloró—, y hasta me pareció natura, después, que por fin hubiera encontrado el camino para restañar esas lágrimas: el modo de cautivar a la Tortosa. La Tortosa era nuestra profesora de labor: flaca y blanquísima, con el pelo retinto y armado sobre bananas; viuda (lo que le agregaba un vago matiz de envenenadora) y con una hija de nuestra edad que iba a un colegio de monjas. Cada tanto la traía para lucirla, pura puntilla y moño blanco, la imagen perfecta de lo que Leonora y yo más despreciábamos en el mundo. La Tortosa siempre vestía de negro; tenía nariz ganchuda y unas uñas como garras, pintadas de carmín. Parece la madrastra de Blancanieves, dije yo un día, y mis compañeras de tercer grado se rieron. Yo era ingeniosa pero Leonora era imponente: más que hacerse respetar lo que sabía era hacerse querer. Pero la Tortosa era opaca a su seducción. No la cautivaban ni la inteligencia, ni la gracia, ni la curiosidad. Su estolidez nos desarmaba, nos dejaba sin atributos; lo único que hubiese sido capaz de admirar en nosotras era algo que ni Leonora ni yo le podíamos dar: la perfección de nuestro muestrario.

El muestrario era un rectángulo de batista en el que las niñas de primero a sexto grado debíamos practicar, hilera tras hilera, el punto bastilla, el punto atrás, el punto yerba, el festón, el ojal, la vainilla, todo lo que al parecer nos sería útil en nuestra futura vida de ciudadanas argentinas.

Había niñas aplicadas que hacían todo bien, incluso las labores, había niñas meramente hacendosas, manos de hada para la aguja, había espléndidas y universales malas alumnas que hacían un agujero en lugar de

un ojal casi por una cuestión de coherencia ideológica. Y estábamos Leonora y yo: vernos con una aguja en la mano era deprimente. La Tortosa nos detestaba.

Debo decir, ya que esto pretende ser un relato histórico, que no todo era ingrato en las clases de labor. Allí adquirimos los rudimentos del sexo con los que años después las más intelectuales de esa clase nos lanzaríamos, con pasión revolucionaria, a perder la virginidad y a practicar el coito como se demuestra un principio: aprendimos que para tener un hijo hacía falta inflar unos globos blancos (¿con qué hay que inflarlos?); la de la primicia no lo sabía, así que, durante mucho tiempo, yo imaginé un pito más bien grande emitiendo una especie de soplido capaz de inflar e inflar un globo blanco hasta que, vaya a saberse por qué alquimia, una tenía un hijo), que los hombres también tenían leche, sólo que les salía del pito y era venenosa, que las madres nuestras eran todas unas putas pero las madres de muchos hijos eran más putas.

En general las que traían la información eran las hacinadas, las que te comentaban con toda naturalidad que el cuñado de su tía el otro día se emborrachó en una fiesta y se cojió a la sobrinita de tres años, o te contaban un chiste en el que una mujer desnuda y escondida despertaba comentarios alusivos (que ya se colegirán) en dos hombres que pasaban, a lo que la madre de la joven a la sazón llamada Pascualina respondía con el siguiente poema:

Ma' qué olor a pejerrey,

ma' qué olor a sardina,

si ese olor es a la concha

de m' hija la Pascualina.

O *sea que no íbamos al Sacre Coeur, íbamos a una escuela tan pobre que ni nombre tenía, situada en una calle que en ese tiempo, increíblemente, se llamaba Esperanza. Y, sin saberlo, a los manotazos y alegremente, nos preparábamos para una futura revolución social y una futura revolución sexual mientras con torpeza, al menos Leonora y yo, simulábamos avanzar en el punto yerba.*

La Tortosa asistía imperturbable y sin ninguna curiosidad a nuestras conversaciones en voz baja. Nuestra conducta no era asunto de su

interés. Sentada en su escritorio se limitaba a revisar las labores e indicar los puntos nuevos. Para mí ése era el momento fatal. Recuerdo sus manos de rapiña, sus uñas como garfios trazando en mi muestrario los primeros puntos de cada hilera —puntos que yo debería imitar y que a ella infaliblemente le salían pulcros, parejos y en línea recta—. La odiaba sin paliativos. Sabía tan bien como ella que apenas yo insertara la aguja en el recorte de batista el desorden se iba a instalar en el muestrario como ahora se instala en esta página y desbarata lo que prolijamente pretendía contar, la historia del llanto de Leonora y la estúpida hija de la Tortosa.

Fue así: la Tortosa nos había hecho formar fila junto al escritorio para revisar los muestrarios. Cuando le llegó el turno a Leonora, estudió largamente el pedazo de batista y por fin dijo:

—Este muestrario está muy bien para limpiar el Piso.

Después venía yo. No sé qué brutalidad me dijo porque no me llamó la atención: mi muestrario era de verdad horrible y, sobre todo, la Tortosa era el enemigo: su rechazo me enaltecía. Lo que me llamó la atención fue que, cuando volví al banco, vi que Leonora lloraba. Era un espectáculo extraño, los ojos almendrados muy abiertos, y las lágrimas cayéndole mudas por su cara de gitana. Recién entonces me di cuenta de que era la primera vez que la veía llorar; y me di cuenta de otra cosa; le resultaba insoportable no ser admirada. No importaba el desprecio que ella pudiera sentir por esa persona equis que no la admiraba. O a lo mejor el desprecio era sólo cosa mía. Porque cinco días después, cuando la Tortosa trajo al colegio a la cara de torta de la hija, vestida de rosa me acuerdo, y con un moñazo en el medio de la cabeza, apenas llegó el recreo Leonora se le acercó y, con ese aire desenfadado que a todas nos seducía (y podría jurar que con interés genuino) le dijo si quería jugar con ella a las figuritas.

Así era Leonora, capaz de hacerse querer por todo el mundo: por las hacinadas, por las hacendosas, por la directora del colegio. Desde ese día, también la empezó a querer la Tortosa.

*

—Es cierto —dice el Escualo—, usted no parece como las otras. Las otras nos miran con... con desprecio, ¿entiende el despropósito? Son ateas, capaz que se revolcaron con todos los bolcheviques de la ciudad, gritan como marranas cuando uno las aprieta, seguro que

alguna, si uno le da bien duro, entrega hasta a su abuela, y sin embargo nos miran con desprecio. No tienen moral, eso es lo que le quiero decir. Están ensoberbecidas y no saben que han caído a lo más bajo que puede caer una mujer. Pero usted no es como ellas. Usted, pienso a veces, estaba equivocada, eso sí, pero todavía tiene... No sé, usted es una persona. Como nosotros.

La prisionera no dice nada. Sólo lo mira con ambigüedad, como quien dice no crea y al mismo tiempo agradece haber sido tan bien comprendida.

Seis

Esta vez el hombre se ha deshecho en cortesías. Antigua y respetable parroquiana está ocupando su mesa habitual junto a la ventana. ¿Su cafecito? Mi cafecito. No haberse ido sin pagar y, sobre todo, haber pasado el examen de caradezorro sin duda le otorga un aura de probidad. *Y sin embargo podría tumbarte ya mismo de una egregia patada en los huevos, buchón abyecto hijo de puta.* Sonríe con amabilidad. El deseo no ha de atravesar su cara porque el hombre se aleja, diligente, a preparar el café. Caradezorro no está en la esquina ni parece haber nadie, aunque nunca se sabe. La vieja que escribía tampoco está; debe aceptar que esperaba encontrarla, como si su mirada la protegiera. ¿De dónde la conoce? Está segura de que la conoce.

—Gracias.

El hombre le ha traído su café y ella le ha agradecido. Son gente civilizada. Y sin embargo bastaría un gesto sospechoso de ella para que el hombre la señalara con el dedo y entonces ella. Esta vez tiene la precaución de pagar por anticipado.

—¡Diana, vos por acá!

Por Dios, la melliza Villavicencio ha entrado en el bar. «Te vi por la ventana, vos siempre igual» —arrastrando a un chico de unos cuatro años, carente de toda gracia—. «Hace mucho que no se te veía por el barrio. ¿Te casaste?, ¿tenés chicos?» Ella muestra la joroba, la pata de palo, el quiste purulento; dice que no tiene chicos ni se casó. «Leonora sí, eh, ella sí que se tiene que haber casado jovencita,

¿siempre son tan amigas? La vi hace un montón de años con una beba divina. ¿Por cuántos anda ya?» Así que esto es la historia también: joven esposa con una beba divina, ¿por cuántos anda ya? Ni siquiera vio la foto en las revistas, *las cincojefas guerrilleras más buscadas; a quienquiera tenga una información...,* la cara de pómulos altos que sigue sonriéndole en donde esté. A la melliza Villavicencio nada de todo esto parece rozarla. Acá está lo más oronda con su niño desabrido, el hijo nuestro que supimos conseguir. El mundo no ha cambiado para ella, tenerlo en cuenta para la próxima composición. Tema: el pueblo. Si esto no es el pueblo... «¿y vos qué hacés de vuelta por el barrio?» Tiempo, estúpidamente está haciendo tiempo porque se ha impuesto ¿como una redención? montar guardia no menos de tres horas con la esperanza de ver al Profesor, quien le verificará que Leonora está a salvo para que ella acabe de una vez con este vacío. «La verdad, cómo nos fuimos separando todas. ¿No te gustaría que hiciéramos una reunión con todas las chicas del grado, a ver qué fue de cada una?» Lo que le gustaría es que la tierra se abriera y se tragase a la melliza, que al nene le agarre un ataque de tos convulsa o que el marido aparezca con un garrote y la corra a palazos, cualquier cosa con tal de no tener que oírla más, es extraordinario: que todavía sea capaz de desear, más que ninguna otra cosa en el mundo, que la melliza se vaya, hay una zona de preservación entonces, intervalos o meros instantes en los que una, dentro de su burbuja, desea más que ninguna otra cosa que la melliza se vaya. «A la que vi el otro día es a.» Por favor, recuerdos de la escuela primaria no, no lo soportaría. «Se casó con un pedicuro muy pujante, ella también se fue del barrio pero los padres siguen viviendo acá. ¿y tus padres?» En el Tíbet, se hicieron monjes tibetanos y andan con unas túnicas blancas y ayunando duro y parejo. «¿Murió? ¿Tu papá murió? Cuánto lo siento.» Ahí está. La mujer vieja. Es peticita, cara de caminar pacíficamente por el barrio y sin embargo. ¡Hertha Bechofen! Es ni más ni menos que Hertha Bechofen, la vienesa que piensa-tan-bien-como-un hombre. Se ha sentado otra vez junto a la ventana y ha sacado su cuaderno de notas. Que no la vincule, por favor, con la melliza Villavicencio y su hijo desgraciado. Por las dudas mira a la melliza con cara de pocos amigos. Ha puesto cara de pocos amigos, parece fastidiarle esta conversación con la señora del niño. Ahora me ha mirado como buscando mi complicidad. Y ahora ha mirado por la ventana. Si yo pudiera saber qué espera ver a través de esa ventana conocería algo de su historia. Lo curioso es mi confianza en que sería una historia interesante. ¿Fe en mí misma o en la especie humana? Creo que ya no me importa la respuesta. Envejezco, sin duda, pero no me parece tan desagradable, a no ser por la mano. El niño lloriquea pero la mujer no se va. La muchacha parece inquieta. Ha mirado otra vez por la ventana y se ha sobresaltado. Ha visto algo

en la casa de enfrente: ¿el hombre de anteojos que acaba de salir de esa casa? Se ha puesto de pie, ¿cometerá dos veces el mismo error? No. Sin duda tiene ganas de salir corriendo pero se ha detenido para despedirse de la señora joven y del niño. Ahora sí sale, cruza la calle, y camina sigilosa en la misma dirección del hombre. La mujer joven ha tomado al niño y se va a ir pero ve el cuaderno. Parece desconcertada. «Deje, yo se lo tengo», le digo. El hombre de anteojos se ha detenido en la parada del colectivo. La muchacha se ha parado en la cola, detrás de él, como si no lo hubiese visto. Ahora sí, el hombre se ha dado vuelta y la ve. Se abrazan, parecen emocionados. «Cómo estás hija», dice él, restableciéndola brevemente a la época en que añoraba que ese hombre fuera su padre. Que qué casualidad, dice ella, que justo pensaba ir a verlo. Él la ha hecho callar con un gesto de la mano, que cómo está ella, tanto tiempo sin verla. Que está bien, dice ella, en fin, todo lo bien que se puede estar (baja la voz) en una época como ésta; que lo que quiere saber es si saben algo de. Él ha vuelto a hacer el gesto con la mano. Que ya no hay nada que hacer, dice. Que hubo un llamado de Fernando dando a entender que Leonora ha faltado a una cita y desde entonces ha desaparecido.

*

Con la distancia las palabras se desgastan, van perdiendo la aspereza de sus señas, *silla* ya no es la desvencijada silla de paja a la que Diana se encaramaba para mirar por la ventana en la casa de su abuela ni la veleidosa e incómoda en la que alguien (que tampoco es, en rigor, la persona de ahora) se sentaba a escribir en el tiempo en que la historia de Leonora —y otras historias— aún no habían devastado su cara y su alma. A veces quedan retazos, el fulgor de las cosas acechando en las palabras, un vestigio de antiguas panaderías aromando fugazmente la palabra *pan,* una avalancha de aire jubiloso en *ventarrón.* O hay palabras afortunadas —brumoso, sombra, pájaro, mar— que guardan en su música el hechizo intacto de todo pájaro o del mar. Pero casi siempre las palabras devienen algo terso, más melodioso o menos desdichado o más emblemático que aquello preciso que les dio origen.

La tarde de fines de octubre en que Diana encontró al profesor Ordaz, la palabra *desaparecido* no sólo no había limado su contorno, carecía de contorno, era una lava en plena expansión que más se manifestaba por la ferocidad de cada contacto que por una posible

virtud simbólica. Hasta hacía poco había tenido un dibujo neto e inocente pero ya no servía. ¿Cómo designar con un mismo nombre cierta cualidad transitoria del genio de la Lámpara Maravillosa y la condición actual del hombre del puesto de diarios de la Facultad con quien Diana solía charlar sobre literatura rusa? Ahora tiene que hacer caber en las sílabas neutras su corazonada de pánico cuando vio los estantes vacíos, la mirada de desconfianza del hombre del quiosco de golosinas cuando lo interrogó, el silencio amenazante del de la boletería, el relato demente de la vieja vendedora de ballenitas —la última vez que fue vista en los escalones del subte—, relato en el que desordenadamente se mezclaban libros arrasados, asesinos con ametralladoras y un hombre de apacible sabiduría al que arrastraron por las escaleras, de tal modo que su monólogo alucinado y la mirada recelosa del hombre de las golosinas y el silencio del de la boletería se entretejan con otros silencios y otras miradas y otros monólogos pronunciados a media voz que irán urdiendo un aura de espanto alrededor de la palabra mágica ya que nada desaparece, Dianita, la gente no se esfuma en el aire como el genio de la lámpara, entonces los sacan de la realidad, mamá, los escamotean de nuestro mundo para tenerlos a su merced —en voz baja se habla de palos introducidos en el ano, de vaginas destrozadas, de hombres a quienes han desgarrado los tendones de modo que ahora sólo pueden arrastrarse como animales—, los arrancan de la luz del día para hundirlos en una pesadilla sin fondo ya que todo límite podrá ser traspasado con aquellos que han dejado de pertenecer al mundo de los hombres.

*

—El periodista no resistió —dice el Escualo.

—¿Así que era periodista? —dice el otro.

—No. Es un chiste. Vendía revistas en un puesto del subte.

Después se lleva las manos a la frente, las desliza hacia las sienes como si quisiera despejar su cabeza, y camina en dirección al habitáculo de la prisionera.

*

Ha llegado el colectivo; el hombre de anteojos subió pero la muchacha no. Ni siquiera ha tratado de fingir que estaba en esa parada por alguna razón. Permanece inmóvil y parece extraviada, como quien ha perdido una referencia importante. Ahora se ha puesto a caminar, viene hacia acá pero no evidencia intenciones de entrar, como si se hubiese olvidado de dónde venía. Está aturdida. La última imagen que ha visto de Leonora, su cara sonriendo entre las mujeres buscadas, se superpone brutalmente a todo pensamiento y desencadena en ella una lógica feroz: si han podido arrastrar a un quiosquero idealista a una pesadilla de la que no ha vuelto, qué horrores no cometerán cuando tienen en sus manos a la presa anhelada. «Lógica para un mundo de leyes lógicas», le dirá un día la mujer que ahora la mira pasar de largo desde la ventana de La Meca. «Inaplicable en tiempos de demencia oficial.» Odia su cuerpo, o mejor, odia la integridad de su cuerpo desde la mirada de la que ha de yacer con el cuerpo destrozado. Necesita imaginar esa carne flagelada hasta quedarse ella misma en carne viva, oír sus aullidos en la oscuridad hasta desear ensordecer para siempre *—Escuche—,* ya que sólo hundiéndose en ese dolor no ajeno podrá redimirse de la rara ebriedad de la vida.

—Escuche.

Reconoce la voz y se sobresalta. ¡El cuaderno! Un terror abyecto la atraviesa. Su cuaderno de tapas amarillas ha caído en manos del buchón y ahora va a pagar por sus palabras escritas. ¿En esto me he convertido?, piensa, ¿en un ser tembloroso que teme por lo que ha escrito? Y en nombre de la que grita en la oscuridad se da vuelta con furia.

—Qué pasa —dice, con actitud desafiante.

Decidida, camina hacia el hombre.

—La señora —el hombre, en la puerta de La Meca, señala un sitio a su izquierda, dentro del café—. Me pidió que la llamase.

Cautelosa, Diana asoma medio cuerpo dentro del café y espía. Impávida, la Bechofen la está mirando desde su mesa junto a la ventana. Con un leve movimiento del dedo índice le señala el cuaderno.

Después, una vez que Diana ha entrado, la invita a sentarse.

—Necesita un buen café —le dice—. Está pálida.

—Supongo, sí —Diana se sienta—. Muchas gracias.

—No tiene que agradecerme, hija. No soy una buena persona. Quiero decir que no acostumbro a recoger transeúntes demacrados por la calle —hace una pausa—. A menos que me interesen. Y para serle sincera, su conducta me tiene intrigada.

—Ah, mi conducta —Diana se pone en guardia—. No tiene nada de extraordinario. Buscaba a alguien que —se interrumpe; habla con brusquedad—. Supongo que buscaba lo mismo que usted. Alguien que me interesa.

La Bechofen sonríe. Hace tamborilear el dedo sobre el cuaderno, que ha quedado en el centro de la mesa.

—Ah, los jóvenes escritores en busca de su historia. ¿Quiere un consejo? No la busque con tanta emoción. Puede interferir en los hechos y volverse usted misma un personaje.

—Con todo respeto, señora, no necesito consejos.

—No esté tan segura, hija. Ésta es una época de gran soledad para la gente como usted.

—No me parece el problema más grave de esta época, el de la soledad.

—No crea. Yo también fui joven en una ciudad de cafés. Arreglábamos el mundo, y aprendíamos a escribir, y filosofábamos en el café. El café nos hacía sentir parte de algo en marcha. Eso es lo que me gustó de Buenos Aires cuando llegué. Acá también la pasión hervía en los cafés. Por eso me digo: debe ser difícil ser joven en un mundo sin cafés.

—Ya le dije que no es lo peor que nos pasa.

—No es lo peor, pero es malo. No ya que no se animen a reunirse en un café para discutir. Que no tengan ganas de discutir, eso es lo malo. Otra manera, muy refinada, muy peligrosa de matarlos, ¿se da cuenta?

—No, no me doy cuenta. ¿Quiere que le diga una cosa? Hace una semana se llevaron a mi mejor amiga, esa de la que hablo acá, en este cuaderno. Y ahora deben estar desgarrando su cuerpo, día a día,

hasta que ya no resista más. A lo mejor ya no resiste más, a lo mejor ya está muerta, ¿entiende lo que le digo? No hay *otra manera* de matar.

—Vale la pena discutirlo. Y lo que hay en ese cuaderno también. Un huésped mío ha inventado un simulacro del café. Él lo llama taller. Acá tiene mi dirección. Venga a vernos.

—No creo en los talleres.

—Él tampoco. Se pueden divertir.

*

—¿Cómo era? —dice.

—¿Cómo era qué?

—Usted, cómo era —tiene la vista fija en sus zapatos y, en la manos, un manojo de llaves que hace tintinear—. Cómo era antes de meterse en todo esto.

—Ah, yo —hace un esfuerzo por recordar algún detalle que merezca contarse; todo parece estar demasiado lejos—. Usaba trenzas, vivía en un barrio.

—El barrió, ¿cómo se llamaba?

—Almagro —dice la prisionera—. Mis padres todavía viven allá, en la misma casa en que vivían antes de que yo naciera.

—¿Tenía amigas?

—¿Amigas? Sí, claro. Muchas amigas.

—¿Ya qué le gustaba jugar? ¿Jugaba a las muñecas? —inesperadamente emite una risita nerviosa, como si hubiese dicho una osadía o algo lo turbase.

—Bueno, en realidad las muñecas no me gustaban demasiado. Prefería los juegos de «Varones», va a decir *(Nos gustaban los juegos de varones, los libros para varones, el mundo de los varones. Un poco brutales y otro poco escandalosas, preferíamos el rango y mida o el vigilantes y*

ladrones al pacífico ritual de las visitas. Leíamos apasionadamente los libros de aventuras que no se destinaban a las niñas, y nunca soñamos con ser la Perla de Labuán o la dulce llene. Fuimos Sandokán, y Enrique de Lagardere, y el Príncipe Valiente. Aspirábamos a un mundo de heroísmo, y no nos resignábamos a mirarlo de afuera. Nosotras éramos los héroes. En secreto, también llorábamos con Mujercitas, *pero ese llanto no nos representaba, podía confundimos con el montón de lloronas que sabían coser, que sabían planchar, que sabían abrir la puerta para ir a jugar. No queríamos ser nuestras madres y el único modo de la transgresión que conocíamos era ése: preferir un mundo de varones)* pero le mira la cara al Escualo —algo en él parece haberse puesto alerta— y dice:

—ingenio. Sobre todo me gustaban los juegos de ingenio. El Cerebro Mágico y las adivinanzas. Y los juegos para armar —algo ha recordado que la hace iluminarse pese a las cadenas—. Yo tenía un juego para armar que me regaló... ¿conoce al contralmirante Mandayo?

El Escualo parece ponerse en posición de firmes.

—Nunca hablé con él pero lo respeto —dice.

—Es mi primo segundo, ¿Lo sabía?

—Afirmativo.

—Él me lo trajo de uno de sus viajes.

—¿Cómo era?

—De madera, no tiene mucha importancia. La cuestión es quién me lo trajo. Siempre me quiso mucho, mi primo.

Sin levantar la cabeza, el Escualo la observa a través de las cejas. Cuando por fin habla, habla con violencia.

¿Y por qué cambió? —dice con violencia—. ¿Qué fue lo que de pronto la hizo volverse una...? Fue esa rata, ¿no?, ese montonero.

La prisionera parece desconcertada.

—¿Mi... marido? —dice.

El Escualo habla con agitación.

—No lo nombre así. No se lo merece. Un asesino que la hizo renegar de Dios y de la Patria.

—Yo nunca renegué de Dios ni de la Patria. Amo a Dios, Él me acompaña, ¿quién se cree que me ayuda a soportar todo esto?

El Escualo, con hostilidad, clava los ojos en la prisionera.

—Usted —la señala con el dedo—. Usted y nadie más que usted se buscó este castigo.

—Y lo estoy pagando. Pero nunca renegué de Dios. Y amo a la Patria, a lo mejor de otra manera, pero tanto como usted.

—Cállese. No quiero oír eso, hay una sola manera de amar a la Patria, lo otro es ensuciada, como querían ustedes.

—Yo nunca quise...

—Cállese, le dije. Hábleme de antes, eso quiero saber. Cómo era antes de convertirse en esto —con rencor, recorre el cuerpo abierto de la prisionera.

—No sé, no sé exactamente qué quiere saber. Era muy buena alumna, me gustaban las matemáticas, aprendía dibujo, leía mucho.

El ha levantado la cabeza con brusquedad.

—¿Leía? —el tono es apenas amenazante—. ¿Qué cosas leía?

—No sé, libros de piratas, mitología griega, me gustaba mucho la mitología griega.

Por unos segundos sólo se escucha el ruido de las llaves que el Escualo hace girar con rapidez.

—¿Por qué? —dice al fin—. Explíqueme si puede por qué todos leen. En todas las casas adonde entramos... —se interrumpe, con un gesto casi demente señala un lugar invisible, a su izquierda—. ¿Sabe lo que hay ahí? Libros, miles de libros, se necesitaría un superhombre para clasificarlos, para descubrir qué les hicieron esos libros, por qué les ensuciaron la cabeza de esta manera, qué encontraron allí que los llevó a querer destruirnos la Patria.

—Nosotros no queríamos —se corrige con cautela—. Algunos de nosotros no queríamos

—¡Silencio! No los defienda, son delincuentes, el país está infestado de delincuentes, ya no sabemos dónde más entrar a buscarlos, si en las fábricas, si en las escuelas. En el rincón más

ridículo puede esconderse un criminal. ¿Sabe qué es el hombre con el que usted se casó? ¿Lo sabe?

—A lo mejor no.

—Es un asesino. ¿Sabe que fue él el que hizo volar uno de nuestros submarinos? —se calla como esperando una respuesta, pero la prisionera lo mira en silencio—. ¿Lo sabía o no lo sabía?

—No solían confiarme sus operativos.

El Escualo levanta la cabeza y la observa detenidamente, como si quisiera averiguar qué hay detrás de esa cara que lo mira impasible.

—Pero lo vamos a encontrar —dice, con la vista fija en la prisionera—. Y le vamos a hacer pagar cada uno de sus crímenes —tiene los labios tensos de ira. Intempestivamente dice—: ¿Su hija está con él?

—Creo que sí.

—La pobre víctima inocente —juega con las llaves; parece más calmado—. Anoche antes de dormirme pensé mucho en ella, en su cumpleaños. Me la imaginé en una fiesta con payasos, apagando las diez velitas —deja de jugar con las llaves y, con decisión, las guarda en un bolsillo—. ¿De qué color tiene el pelo?

Es rubia, como el padre. La prisionera vacila.

—Como yo —dice al fin—. Tal vez un poco más claro.

—¿A qué le gusta jugar?

—A las muñecas —dice sin titubear la prisionera.

Tal vez la habilidad de su propia respuesta, o algo ambiguo en la expresión del Escualo, la hace recuperar cierta seguridad porque esta vez toma la iniciativa. Mostrando genuino interés pregunta:

—Y usted, ¿tiene hijos?

Hay un silencio incómodo en el que la prisionera se arrepiente de su pregunta. Está pensando una frase amable cuando la sorprende la voz sombría del Escualo.

—Uno no siempre tiene lo que quiere —dice.

—Es verdad —dice la prisionera, contemporizadora—. Yo ahora no tengo a mi hija. Y daría cualquier cosa por verla.

El Escualo no parece escucharla, como si se hubiese quedado suspendido en un hecho anterior.

Ensimismado, avanza unos pasos.

—Estoy. seguro de que usted sería capaz de entenderlo. Como quien se dispone a contar algo, se sienta en el catre.

—¡Levántese inmediatamente! —grita la prisionera.

La violencia del grito los sobresalta a los dos.

Vas a cantar aunque tenga que atravesarte hasta las amígdalas, puta montonera. El hombre que lo dijo —la voz le llegó unas horas atrás, a través de la oscuridad— es el mismo que ahora está a un metro de ella, respirando agitado y con un odio tan expuesto en los ojos que la prisionera siente terror.

—¿No ve que estoy sucia? —grita, y su voz es de verdad desesperada—. Hace… ¿cuántos días hace que estoy acá? Ni yo puedo aguantarme el olor. Orina, sudor, mierda… ¿Cómo no le da asco sentarse al lado mío?

*

Ha subido a su departamento con un incordioso estado de confusión. Desde que salió del café el cuerpo tendido en algún rincón lóbrego de esta ciudad se empecina en gritar dentro de ella, o ella se empecina en no abandonar a ese cuerpo, en ser ese cuerpo como una última y desesperada prueba de lealtad. Pero esto no le impide sentir, al mismo tiempo, una furia sin cauce por la impavidez de Hertha Bechofen, quien ahora debe seguir en La Meca tomando café y notas, parsimoniosamente desentendida de que, en los últimos meses, la realidad viró hacia la pesadilla. Y tampoco le impide experimentar cierta curiosidad. Ha leído a esta mujer, se ha dejado arrastrar más de una vez por sus relatos en apariencia fríos, pero en cuya trama minuciosa arde sin llama la absurda pasión de la vida; ha atendido a algún ensayo suyo. («Piensa como un hombre», recuerda que estúpidamente ha escrito el autor de una contratapa, y que ella se ha

acordado de unos cuantos imbéciles de ambos sexos y ha decidido que la Bechofen no piensa como un hombre ni piensa como una mujer ya que no se puede afirmar que el hombre y la mujer, genéricamente, piensen); se ha deslumbrado con sus respuestas amablemente irónicas en algún reportaje. Y ahora que la ha visto no puede conciliar tanta palabra enaltecida con la mujer pequeña y arrugada que puso en duda la atrocidad de su historia *—¿Qué historia? ¿Acaso le conté una historia?*

Pese a ella misma lo que prevalece es la curiosidad. Está sacando un libro de la biblioteca. Lo abre. En la solapa la mujer es joven y, sin duda, seductora. *Ésa es la palabra* (está escribiendo la Bechofen). *Seducción. Yo podía verlo en la cara de mis interlocutores cada vez que hablaba. Y, con mala fe, me recostaba en esa seducción, podía hablar «como un hombre» de mi propia visión del compromiso de los intelectuales, escandalizar con alguna de mis ideas y percibir cómo tenía al otro tiernamente atrapado en mi red. Pero hoy traté de hacer lo mismo y en la cara de la muchacha del cuaderno sólo encontré indignación y sorpresa. Me juzgaba. Cuando una tiene la cara arrugada no se puede dar el lujo de parecer frívola. Pero, ¿qué es lo frívolo? ¿Esto? ¿Estar pensando en la Pérdida de mi seducción, cuando acá ha empezado el terror? Y ellos ni se imaginan cómo conozco ese terror. Lo he registrado hasta límites en los que ellos, todavía ahora, no se animan a pensar.* Que nació en Viena en el año mil novecientos seis, lee en la solapa, que vino a la Argentina en mil novecientos treinta y ocho, huyendo de los horrores del nazismo. *Hay que admitir que quizá no nos ha quedado otra posibilidad que pensar en nosotros mismos, y en el absurdo de los pequeños actos cotidianos, entre los resquicios que nos ha dejado la Historia. Aunque tal vez ni siquiera eso: la Historia no deja resquicios, siempre es completa y maciza y avasallan te. Es uno mismo quien debe abrir la grieta y echar una mirada sobre el pequeño y amable mundo. Ah, ya lo escribí alguna vez cuando aún la prosa se me desenfrenaba, también en los momentos de espanto brota la vida como una flor salvaje, cosa que no entendió, que no quiso entender la muchacha del cuaderno. Y sin embargo había algo en sus ojos, algo que me asegura que en otro tiempo, en la plenitud de mi seducción, yo la hubiese, al menos, intrigado. Tal vez el desafío sea ése: conseguir que deje de ver mis arrugas.* O *que se enamore de ellas.* Decide que no va a ir a la casa de esa mujer, no la necesita. Para probárselo abre el cuaderno de hojas amarillas. Y sin proponérselo (o tal vez porque sospecha que sólo desde ese punto de referencia podrá evaluarse la desdicha de lo que va a decir a continuación) empieza escribiendo sobre la alegría. Sobre el azar por el que ellas dos habían sido tocadas alguna vez por el maravilloso don de la alegría.

*

Hay individuos susceptibles de purificación. El mero acto de arrodillarse ante un altar o sumergirse en aguas prestigiosas les permite emerger limpios de todo rastro del pasado. El Escualo, en cierto modo, pertenece a esa especie. Mientras guía a la prisionera hacia el ático, donde están las duchas, experimenta un sentimiento parecido a la plenitud. Ha visto mucha carne recién abierta en los últimos tiempos, cuerpos que se cagan de miedo, bocas y genitales sangrantes. Tiene clara conciencia de que su acción contribuye a limpiar la Patria de un mal mayor, suele pensar en el General San Martín, en el General Roca, y entonces se siente orgulloso de tener, él también, una posibilidad de servir a esta Argentina de pasado glorioso. Pero a veces se siente un poco cansado: a su generación no le ha tocado el rol más fácil, por eso las palabras de la prisionera lo han sacudido. ¿No ve que estoy sucia? Debe lavar a esta mujer de su mugre y también de sus errores: presiente —ha tenido oportunidad de advertir— que hay en ella buena pasta para que salga adelante. Su determinación es mucho más que un acto de obediencia —«Es recuperable y de las valiosas», le ha dicho el Halcón; «se la encomiendo»—. Su determinación es un acto de pureza.

En otro sentido, también para la prisionera éste es un acto purificador. Aunque luego me di muchos baños en mi vida, me explicará un día, nunca experimenté la perfecta sensación de limpieza de esa tarde. Después de una semana en el sótano veía por primera vez la luz del día pero, sobre todo, sentía por primera vez el agua. El agua corría sobre mi cuerpo desnudo y arrastraba el sudor y la orina y los días de cagar en una chata, y los días de cagarme encima, y la marca de las esposas, y el dolor, y el miedo. Toda la mugre del Universo era arrastrada por el agua. Yo levantaba la cabeza y dejaba que corriera por mi cara y por mi pelo y era una bendición. *Como si nos purificara* (está escribiendo Diana, decidida a fijar en palabras cómo habían sido, qué urdimbre de dicha las constituía, ahora que una de las dos va a perderse o tal vez ya se ha perdido para siempre), *como si entonara su alegre melodía sólo para nosotras. Corríamos por las calles metiéndonos en los charcos, nos dejábamos empapar los guardapolvos y la ropa, nos reíamos como locas de la gente precavida que usaba paraguas; aullábamos y cantábamos y reíamos bajo la lluvia. Y levantábamos la cara al cielo para recibir de frente el regalo excelso del agua.*

Después, con el cuerpo limpio y seco y envuelta en una gran bata de toalla blanca con el emblema de la Marina, es guiada por el Escualo a un lugar que queda a la derecha de los baños. Entran a una habitación muy amplia que él llama pañol.

—Elija lo que quiera —dice, y señala a su alrededor enormes pilas de objetos heterogéneos cuya naturaleza aún no se distingue en detalle.

—Qué quiere decir «pañol» —dice la prisionera, que siempre ha sido curiosa y que, por primera vez en mucho tiempo, se siente relajada.

—Es un término marino —dice el Escualo—. Se llama pañol al compartimento de un barco que sirve para almacenar municiones, víveres y otras cosas.

En la pila que ella revisa con la ayuda del Escualo víveres no hay, y municiones tampoco. En caprichoso desorden y a medida que los sacan, van apareciendo varios vaqueros, tres o cuatro blusas, algún vestidito de niña, una remera con la palabra *Peace* entre flores, otra con la cara del Che, un overol manchado de grasa, un guardapolvo de maestra, zapatillas de distintos tamaños, un zapato de vieja, unos patines, un absurdo y volandero vestido de quince.

La prisionera elige ropa sencilla y cómoda. Nunca le ha gustado la ostentación.

Siete

Los compartimentos del sótano están separados por tabiques y, en su mayor parte, destinados a los interrogatorios, de modo que una persona en alguno de ellos (tendida, pongamos por caso, sobre una cucheta o catre) podrá escuchar simultáneamente todos los fenómenos sonoros producidos en los otros, siempre que superen el nivel de la música (puede no ser música sino un partido de fútbol, un sketch cómico, u otras distracciones). Esta capacidad de traspasar la música se observa con frecuencia en la voz de los interrogados, aunque tal vez sea impropio llamarla «voz»: en casi todos los casos se trata de sonidos inarticulado s a los que resulta laborioso dar un nombre. ¿Alarido? ¿Bramido? Pueden proferirse de un golpe o arrastrarse en el tiempo

hasta que el oyente tenga la impresión de que la garganta que los emite se va a cerrar como un puño. Hay ocasiones, sin embargo, en que el interrogado articula los sonidos exhalados, remitiendo al oyente a su condición humana. Este tipo de emisiones puede estar constituido por un mero clamor —apelación a la madre o a Dios—, por una blasfemia o por un ruego. También puede tratarse de una confesión: nombres o lugares que parecen arrancados con una tenaza de las entrañas del emisor y de los cuales, en ciertos casos, el oyente avezado que yaciera en la cucheta podría sospechar su inconsistencia, como si el interrogado, habiendo cruzado el umbral de lo tolerable o al borde de una circunstancia extrema —la muerte, la locura—, hubiese recurrido, como el que se ahoga se agarra del que flota, a la vecina aquella que solía ir a las manifestaciones, a un primo que cita a Lenin, al compañero de oficina que se pone pálido cada vez que escucha una sirena. En las ocasiones en que los datos emitidos no parecen inconsistentes el que yaciera podría percibir la agitación posterior, escuchar órdenes, y hasta adivinar la partida inmediata de uno o varios autos. En los casos en que los datos (también puede ocurrir) se brindan con buena disposición y escaso interrogatorio previo, el yacente sólo escucharía con nitidez la agitación posterior y las órdenes ya que el discurso en sí, generalmente extenso, es expresado con un tono casi normal, o sea: carece de la propiedad antes consignada de traspasar la música. En este aspecto se parece al discurso de los interrogadores. En la extensión no: las emisiones del interrogador son breves y precisas, según podría detectar el yacente durante una pausa de la música *—Tenemos a tu hija; ¿Es la primera vez que te rompen el culo? Dale más en la concha que a ésta le falta poco—* salvo cuando, por circunstancias no profesionales —arrebato de furia, sed personal de venganza— la voz del interrogador se eleva más de lo normal.

Los interrogatorios no son las únicas actividades desarrolladas en el sótano pero quien yaciera en una cucheta, encadenado, no podría saberlo. Sólo podría enterarse de lo factible de ser escuchado a la distancia —música de radio, alaridos, fragmentos de interrogatorios — o, a veces, de lo que abarca su campo visual, ya que el estado de entabicamiento —si el yacente hubiese caído en gracia— podría no ser permanente. En sentido riguroso, casi nada es permanente en este sector ya que, de acuerdo a lo que podría registrar el yacente, los sujetos son sacados de allí una vez concluida la sesión o en caso de muerte. El equipo eléctrico se observaría en una pequeña mesa, cerca de la cucheta. Quien yaciera encadenado estaría en condiciones de deducir, si fuera perspicaz, que todos los compartimentos han de tener un equipo similar y que otros instrumentos —palos, pinzas, escalpelos para desollar— han de ser traídos especialmente para ciertas sesiones.

La luz —como es lógico tratándose de un sótano— es siempre artificial.

El ático, en cambio, tiene luz natural en casi todos los sectores, y las funciones desempeñadas allí son diversas. Saliendo de los baños, hacia la derecha, encontramos el gran recinto al que llaman *pañol,* donde se almacena el material obtenido en los operativos. No en su totalidad: el recinto no podría contenerlo. Televisores, electrodomésticos y muebles de algún valor pueden ser aprovechados por la oficialidad y sus familiares, o comercializados por personal adscripto a este fin. En cuanto a los libros, son demasiado numerosos y de presunto interés, de modo que se acumulan en un pabellón especial del sótano para su posterior clasificación y análisis aunque han llegado muchos de los que parece improbable extraer una conclusión útil, *los* Titanes de la Poesía Universal, Corazón, Robinson Crusoe, Crónica de los Pobres Amantes, La náusea, *de todos ellos estamos hechos. Cómo hablar de nosotros sin hablar de los libros. Se podría trazar un itinerario de nuestras almas nombrándolos uno a uno, recobrando el coraje con el que —el* kriss *entre los dientes— nos lanzábamos al abordajepara recuperara la Perla de Labuán, la alegre osadía con que rescatábamoslos diamantes de Ana de Austria, el sentido de justicia con el que, en los bosques de Sherwood, fielmente secundados por Pequeño Juan y el resto de nuestros secuaces, robábamos el tesoro de los cortesanos de Juan sin Tierra para alimentar a los menesterosos. Nos hemos hermanado con el marginal Huckleberry Finn, hemos odiado a la policía en nombre de Jean Valjean, estremecidos nos hemos preguntado:* Piedra en la piedra, ¿el hombre dónde estuvo? *Y hemos sostenido, como una hermosa música esperanzada, que un fantasma recorre Europa. Nosotros, o algunos de nosotros (los que nunca doblamos la cintura en los cañaverales de Tucumán, ni nos deslomamos en los yerbatales de Misiones, ni criamos quince hijos desnutridos, ni carecimos de tiempo y de una linda biblioteca para devorarla, pero un día supimos hacer nuestra la causa de esas mujeres y de esos hombres), nosotros, el heroísmo y la lealtad y la ética y el sentido de justicia lo empezamos a aprender, entre aventuras, en esos libros. Fueron —ellos mismos— nuestra aventura y nuestro alimento.* También hay enciclopedias, historias del Arte, cuentos infantiles, textos científicos, mucha hojarasca. Es de gran utilidad, para su clasificación, el aporte de aquellos prisioneros aptos para la tarea y con voluntad de servicio.

Los prisioneros habitan el ala izquierda. La mayor parte, concentrados en dos amplios recintos adonde no llega la luz natural (de cualquier modo esa luz no les serviría de mucho ya que todo el tiempo permanecen entabicados). Son muchos, de modo que, aunque ellos mismos no lo perciben, generan un sonido general —una especie

de tenue quejumbre— y un olor general que produce cierta repugnancia apenas se entra. En algunos casos, afinando mucho el oído y siempre que no se registrase la cercanía de un guardia, se podrían detectar, debajo de esa quejumbre, algunos diálogos truncas. Segmentos de frases en los que alguien trata de explicarle a otro quién era, o indaga sobre seres queridos, o pregunta a quien ha entrado unos días después por las cosas de afuera como si una eternidad lo separara del mundo de los vivos. Fragmentos que, debajo del clamor general, van estableciendo una compleja red de información que, salvo unos pocos hilos finalmente filtrados hacia el exterior, acabará enterrada allí mismo, entre los cuerpos quietos y el olor nauseabundo.

Los residentes de estos recintos permanecen encadenados en su sitio, salvo en los intervalos en que son llevados al sótano para un interrogatorio. Algunos no regresan pero esto no bastaría para hacer lugar a los nuevos contingentes traídos cada día. De manera esporádica algún encadenado pasa a residir en otro sector del establecimiento o es arrojado a un sitio desierto para que lo descubra la policía. A los otros se los va llamando según una lista, una vez a la semana; en general, los miércoles. Por supuesto, no se les avisa que es para matarlos.

El resto del ala izquierda está constituido por pequeñas celdas que ocupan los prisioneros de mayor jerarquía y con cierto espíritu de colaboración. En ellas la luz es natural. Paisaje no se ve porque las ventanas están muy altas, pero el cielo sí, un pequeño rectángulo de cielo en el que de noche, si está despejado, se puede vislumbrar una estrella. Y eso alcanza para que se sea feliz, siempre y cuando se disponga, claro, de una buena dosis de alegría interior.

—¿Ésas fueron sus palabras? ¿Dijo exactamente «alegría interior»?

—Eso dio a entender. Y habló de los pájaros. De lo que significa escuchar el canto de un pájaro cuando uno ha permanecido muchos días en un sótano. Y de unas láminas muy bonitas que había pegado en las paredes. Y de la dicha incomparable de tener las manos libres.

Sus piernas no. Sus piernas están sujetas por grillos que, mediante una cadena, se ligan a una bala de cañón. Pero si levanta la bala de cañón puede, con alguna dificultad, desplazarse. Ya no necesita que le traigan una chata: cuando le hace falta, un guardia la conduce al sector de baños y, una vez por semana, la llevan a tomar una ducha. Otra ventaja de esta nueva situación es que ya no escucha

los aullidos. A veces, alguien a quien han venido a buscar puede enloquecer *¡Basta! ¡Otra vez no! ¡No lo soporto más!* o en mitad de la noche puede escucharse una voz que con firmeza lee una lista de números, y, en seguida, el ruido de muchas cadenas al arrastrarse. En esos casos le cuesta dormirse. Mira con fijeza a la mujer polinesia con guirnaldas de flores contra un cielo intensamente azul, hasta que por fin se calma y se queda dormida. Pero lo que más la tranquiliza es el trabajo. El trabajo le ha sido propuesto por el Halcón y, en sentido estricto, es lo que la ha traído del sótano al ático.

*

El trabajo no parece tranquilizarla. Ha hojeado con desgano el cuaderno de hojas amarillas y lo ha cerrado con brusquedad: durante la última semana no ha hecho otra cosa que oscilar entre la recomposición de una alegría remota —y químicamente pura— en la que no siempre cree, y un horror de naturaleza ambigua que se le deshace apenas lo nombra. Y que tal vez no sea otra cosa que mi propio horror, piensa con horror, ya que del otro, del que ha experimentado una mujer a quien a veces imagina agonizando y otras veces muerta, conoce bien poco. *¿Y de su alegría? ¿No estaré acaso evocando mi propia alegría? ¿Y no es mi propio árbol el que ha caído, para mí sola, sobre mi propia cabeza?*

Estoy harta de mí, piensa sin dramatismo. Y tal vez para infligirle un castigo a su autosuficiencia, o porque no sabe qué hacer con tanta servilletita u hoja amarilla cargando al azar fragmentos de la nada, o simplemente porque a gritos quiere pedir ayuda, es que haciéndose violencia y quebrantando su orgullo busca en la cartera el papelito que le anotó la Bechofen.

*

En tanto actividad personal, si entendemos como tal aquella cuyo cumplimiento nos completa y justifica, la tortura no satisface más que parcialmente al Halcón. Cierto que la considera necesaria, aun irreemplazable —en ese aspecto está convencido de que un refinamiento en los métodos y una adaptación personalizada dan

resultados más rápidos y profundos que la mera aplicación mecánica de ciertos procedimientos aprendidos, por lo que pone especial interés en el asesoramiento a sus subordinados—, pero no es la tarea en sí misma lo que le produce placer sino la constatación de ciertas predicciones. Se considera un hombre con penetración psicológica; puede jactarse de haber acertado, hasta el presente, en un alto porcentaje de casos. Le ha bastado una sola respuesta en una entrevista, un leve temblor de las manos, una palabra altisonante, para anticipar quién cantará enseguida, quién estará dispuesto a colaborar, quién se dejará reventar como un sapo, insuflado de espíritu heroico u odio irreductible, antes que decir una sola palabra. Exclusivamente a estos fines le resulta útil asistir de vez en cuando a las sesiones de tortura o aun ejercerla —el contacto directo con los hechos suele proporcionar buenos elementos de evaluación— pero el espectáculo gratifica no tanto a sus sentidos como a su inteligencia: le agrada comprobar que, de acuerdo a sus presunciones, el estímulo equis aplicado sobre el sujeto jota produce siempre el efecto zeta.

En esta faceta se distingue de aquellos camaradas que experimentan un goce real, directo, durante el acto. Secretamente, el Halcón tiene cierto desprecio por estos individuos aunque reconoce que, con las manos en la masa, son los más creativos, cosa que suele resultar de utilidad: arrastrados por su deseo de satisfacción personal pueden ser capaces de improvisar recursos de notable eficacia. Sin contar con que el regodeo cuando se traspasa un límite de dolor o se realiza una vejación antes inimaginable suele ser captado por los interrogados, lo que multiplica el efecto destructor. Aun así, el Halcón confía más en hombres como el Escualo. El Escualo no experimenta placer cuando tortura: experimenta orgullo. Tiene una misión que cumplir y la cumple. Cada vez que hace hablar a un interrogado avanza un paso en su cometido de sanear la Argentina de perros marxistas extranjerizantes. Cometido que requiere nuestro sacrificio (dijo un día en que el whisky lo había puesto más locuaz que de costumbre), y que no es ni más ni menos noble, ni más ni menos necesario que el cruce de los Andes o el hundimiento de fragatas hispanas por obra del Almirante Brown. Otros tiempos, otros procederes, pero el mismo espíritu de servicio a la Patria. Los hombres como el Escualo son más útiles, porque cumplen al pie de la letra toda orden encomendada.

De cualquier modo, placer u orgullo son sólo matices, meras emergencias de la subjetividad. Y la tortura, apenas uno más entre los métodos para cumplir un plan más noble y ambicioso que el exterminio de unos hombres. El Almirante no se conforma con eso; quiere algo más trascendente, más alto: quiere el Poder. Por eso,

aunque hombres como Seisdedos no lo interpreten, sus directivas apuntan más allá de lo burdo, de lo único que atrae a los mediocres: la eliminación de sediciosos. Sus directivas apuntan sobre todo al aprovechamiento del material recuperable. Y, en este sentido, él puede considerarse la mano derecha del Almirante, por encima de un contralmirante como Seisdedos, pese a la jerarquía que Seis dedos tiene en la Escuela. Entre todas las funciones posibles, al Halcón le ha tocado desempeñar la más encumbrada, la de jefe de Inteligencia. Sabe, mejor que cualquier otro, que bajo este techo hay capacidad y conocimientos. y sabe también cómo descubrirlos. Y de qué modo manejarlos. Con la prisionera no se ha equivocado: desde la primera entrevista ha maliciado lo que se podía esperar de ella. Más allá del interés personal de su primo segundo, el contralmirante Mandayo, y de las negociaciones del Almirante con los correligionarios de su padre, él ha reconocido a un semejante. Ha seguido de cerca su evolución y, a través de los informes del Escualo, ha tomado conocimiento de que había llegado la oportunidad de encargarle el trabajo. Ya está en condiciones de afirmar que no se ha equivocado.

*

El principio no ha sido bueno. La Bechofen vive en un cuarto piso por escalera («en París te parecería encantador», le ha dicho cuando subían, pero no están en París), y apenas entraron la ha hecho pasar a la cocina y ha abordado una actividad aparentemente interrumpida: raspar apio, puerro, zanahorias y otras hortalizas. Para colmo, en un banquito desproporcionado a sus piernas, un narigón larguísimo que le recuerda a Kierkegaard y no las ha dejado solas un solo instante acaba de decir algo sobre el taller literario que en apariencia comanda, hecho irritante ya que Diana no tiene ninguna confianza en los talleres literarios, más bien los desprecia. Eso es lo que hizo que me cayeras bien de entrada, va a decirle Kierkegaard —en realidad se llama Garita— dentro de un mes; yo también los desprecio; unos años atrás me hubiese hecho un festín con cualquiera que los nombrase. Pero así es la vida: a veces te lleva a aceptar cosas que en otro tiempo te parecieron inaceptables —y va a agitar sus dedos como serpentinas—; la cuestión es hasta dónde, ¿no? A lo que Diana, ni corta ni perezosa, va a contestarle: ¿Qué?, ¿acaso existe un límite para la aceptación? y tal vez sea ése el verdadero tema de la historia. De *mi* historia, claro. Porque la historia que Diana, ignorando a Garita, trata de sintetizarle a la Bechofen en esa tarde de noviembre de mil novecientos setenta y seis mientras la mujer-que-piensa-como-un hombre, de pie ante la pileta, sigue raspando con energía diversos vegetales, esa historia es de evocación, de heroísmo y de tragedia.

Se trata —dice— de alguien que ha estado unida a ella a lo largo de los años —entrañablemente unida, dice, y la Bechofen enarca un instante las cejas—, y que ha muerto. (Y se da cuenta de que tal vez está simplificando un poco los hechos, u ocultando el problema que la ha traído a esta cocina: no saber el final, avanzar y retroceder en una zona de penumbra chapaleando en una agonía que nunca mata del todo. Pero cómo podrán ayudada la vieja peladora de verduras y el narigón con manos de mariposa si ella les retacea la única pregunta que querría formularles: cómo se cuenta una historia de la que se desconoce el final.)

—Cómo murió —pregunta Garita. Fuma un cigarrillo que parece deshacerse entre sus dedos y, cada tanto, bebe whisky de un vaso que después apoya en el suelo.

—No importa cómo murió —dice Diana con tanta decisión que casi lo cree—. Lo que importa es nuestra amistad, el tiempo de esa amistad. Un tiempo muy particular; quiero decir que alcanzamos a ver el último carrito del lechero y tocamos la revolución con las manos. Y un buen día nos dimos cuenta de que lo habíamos perdido todo: el carrito y la revolución. Leonora significa ese tiempo.

—Cómo murió —repite Garita, imperturbable; da una morosa pitada al cigarrillo; Diana olfatea con atención. Marihuana.

—No importa cómo murió —dice con furia—. Importa lo que se murió con ella. —Y se da cuenta de que, más que con el narigón, está furiosa con la vieja, que la ha traído hasta esta cocina y no ha dicho esta boca es mía.— Un tiempo demasiado espléndido, demasiado cargado de sentido para dejar que se escurra entre los dedos —Y se mira con desesperación las manos abiertas como si algo, realmente, se le estuviera escapando sin remedio.

Entonces se produce una pequeña alteración que pone a Diana alerta de pies a cabeza. La vieja raspadora de verduras está hablando por primera vez. Diana ni siquiera respira: quiere beber esas palabras en las que tal vez esté la solución de lo que le pasa. Imposible. Acaba de descubrir con horror que lo que la mujer ha dicho lo ha dicho en alemán. Y se ha callado. Pachorrienta, como si nada hubiese ocurrido, sigue pelando verduras.

—¿Qué dijo? —le pregunta Diana a Garita con más ansiedad de la que le habría gustado demostrar.

Él la mira con expresión soñadora. Luego mira a la mujer peticita que se afana ante la pileta.

—Dijo que le gusta mucho el puerro —dice.

Después toma un trago de whisky y le da otra lenta y gozosa pitada al cigarrillo.

Ocho

Se trataba de una misión especial. Un aparato —único en el país e imprescindible para el Servicio Meteorológico Nacional— debía ser calibrado en Washington y sólo alguien capaz y muy confiable

podía llevarlo. La Comisión Nacional de Investigaciones Geofísicas eligió a la más brillante y decidida entre sus jóvenes investigadores. El 15 de mayo de mil novecientos setenta y uno la elegida partió hacia el aeropuerto. En un ataché acolchado transportaba el aparato; y en su valija personal trescientas libras esterlinas de oro sustraídas pocos días atrás por los tupamaros en el asalto a un banco. Imposible cambiarlas por estos pagos, le habían dicho: en Uruguay y Argentina las monedas de oro son sólo una excentricidad, una joya ostentosa para damas. Y se las habían entregado en un discreto bolsito para cosméticos. En el aeropuerto se encontró con una sorpresa desagradable. Tres días atrás había sido secuestrado un avión a Cuba: la orden era registrar el equipaje de todos los pasajeros.

Se ubicó en la larga fila de viajeros que esperaban con su equipaje. Observó que el registro era minucioso y estudió atentamente al revisor. Tenía un aire al panadero de enfrente de su antigua casa; era un hombre malhumorado, pero cuando ella le sonreía —las trenzas en la espalda, la blanca bolsa para el pan en la mano— él le regalaba una tortita negra. Pensó que los hombres no difieren demasiado entre sí, sólo se invisten de diferentes funciones.

El revisor era un hombre cejijunto; ni siquiera la miró cuando ella lo saludó con simpatía y depositó los dos bultos sobre la plataforma. Igual, ella dispuso su sonrisa amplia y compradora, momentáneamente dirigida a la nada. La mantuvo mientras el hombre abría el ataché y leía atentamente el certificado de la Comisión que ella acababa de extenderle, y también mientras abrió la valija y revolvió con desgano la ropa. Cuando el hombre palpó el bolso para cosméticos su expresión pareció iluminarse con una chispa de interés. Levantó el bolso, lo sopesó, y frunció aún más el entrecejo.

—Qué lleva en este bolso —preguntó hosco. Y levantó la cabeza.

La amplia sonrisa lo estaba esperando.

—Monedas —dijo ella; la voz le salió jovial por premeditación y por costumbre—. Monedas argentinas para regalar a los amigos del Norte, como recuerdo.

El hombre tanteó otra vez el bolso; sin duda, estaba verificando el contenido. «Elemental, Watson», contaría ella a la vuelta. «El hombre quería encontrar armas, no monedas. Y resulta que lo que estaba tocando a través del plástico eran ni más ni menos que monedas. Montones de monedas. Exactamente trescientas, para

regalar como recuerdo a los amigos del Norte. No se iba a poner en ridículo abriendo el bolso, se dan cuenta, así que me felicitó por mi ingenio para encontrar un regalo tan lindo y barato, y me deseó suerte.»

Pero que lo bueno de verdad, contaría, había ocurrido en Washington, en la tercera casa de cambio. «Porque hay que reconocer que en la primera sólo me animé a cambiar veinte libras esterlinas y, en la segunda, treinta; pero como vi que no les resultaba extraño, en la tercera me envalentoné.»

«I wish to change sovereigns.»

«How many?»

«Two hundred and fifty.»

Que se armó un revuelo, dijo. Que al parecer escaseaba el oro (dedujo después) porque el empleado dijo *wait a moment, Please,* y, muy alborotado, salió por una puerta. Que ella quedó sobre ascuas pero el empleado volvió, abrió una puerta tallada y, con una reverencia, la hizo pasar a un salón alfombrado en terciopelo rojo y con molduras doradas en las paredes. Que un hombre de smoking la hizo sentar en un sillón que parecía un trono y se deshizo en atenciones. Que ella se había portado como una dama. Si supieras, ah, si supieras, había pensado. Y por dentro se reía.

Ahora no ríe. Tampoco evoca ciertos detalles del episodio: los ha descartado por superfluos. El Almirante ha sido muy concreto en su demanda, el Halcón se lo ha transmitido: un informe exhaustivo sobre la Organización, desde su origen. Le interesan en particular los métodos empleados para conseguir adeptos, el *modus operandi* y, sobre todo, el discurso ideológico, qué querían, cómo lo expresaban, por qué la gente les creía. Ése es el punto (y el Halcón había dado tres golpecitos en la mesa con el dedo índice): por qué la gente les creía; usted es inteligente y debe saberlo: haga el análisis. No han de interesarle al Almirante (aunque el Halcón no se lo haya dicho) los recursos utilizados para seducir a un revisor de aeropuertos ni su risita subrepticia entre dorados y terciopelos ni el clima de fiesta —estaba Fernando esa tarde, y también estaba el Tordo, y el flaco que después mataron en Trelew, y el comandante hermoso y temerario que era su amante secreto y que ya no está, y otros que quién sabe—, cuando ella, a la vuelta, contó la escena y todos la festejaron a grandes carcajadas porque la revolución era un sueño posible —los de esa tarde creían— y también una aventura que esos pocos, entre todos los

hombres, con osadía estaban afrontando. Por eso, o porque su memoria es dudosa, o porque el tiempo la apremia, ha omitido de ese episodio a los revisores y dorados y, en cambio, ha hecho hincapié en: 1) la habitual colaboración entre organizaciones, 2) los diversos modos de hacer contactos, 3) situaciones concretas (ejemplos) en que el prestigio personal podía —debía— servir a la militancia, 4) recursos para sacar material del país, o entrarlo. Puntos que al Almirante iban a interesarle. «El 30 de mayo estaba de vuelta con los dólares para los tupamaros. Un mes y medio después, mi marido y yo pasamos a la clandestinidad», concluye. Y antes de seguir con el capítulo siguiente —«La clandestinidad»—, a fin de tomarse un respiro o de premiarse porque hace seis horas que está escribiendo sin interrupción, contempla largamente, deleitosamente, a la mujer polinesia con guirnaldas en el pecho que, entre una paloma y tres niñas holandesas, la contempla con placidez desde un cielo intensamente azul.

*

El principio no ha sido bueno y lo que siguió fue peor. Garita no bebía de una manera normal. Bebía —iba a decir otra noche— como sólo los del sesenta solíamos beber, los convencidos de que todo había que hacerlo hasta las últimas consecuencias: escribir, o cojer, o hacer la revolución, o ahorcarse. En cuanto a la Bechofen, apenas raspó y peló todo lo raspable y pelable lo fue cortando en trozos pequeños y lo echó a una gran olla. Inoportuna, Diana se acordó de Hansel y Gretel; sin esfuerzo imaginó a la vieja metiéndolos a ella y a Garita en la olla. Al menos no encontraba otro motivo para que la hubiese atraído hacia su casa y para que mantuviese a este zángano pegado a su pollera.

En parte, el porqué del zángano lo entendió cuando la sopa de verduras empezaba a esparcir su amable olor a puerro. Antes habían hablado de los cafés, de la necesidad (dijo la Bechofen) de que las muchachas como tú se reúnan con sus pares en estos tiempos tan temerosos. Como en las catacumbas, agregó con una risita, y revolvió la sopa con una enorme cuchara de madera, así que Diana, aunque el símil la tentó y hubiese deseado dejarse arrastrar por una idea tan hermosa y saber que, de ahora en más, iba a tener un refugio a donde mitigar la incertidumbre, no pudo decidir si hablaba en —serio o un poco se estaba burlando de modo que, cuando la sopa empezó a derramar su olor hospitalario y la Bechofen le hizo una invitación en

firme a concurrir los viernes al taller de Garita, sólo experimentó un alivio a medias, alivio que, para colmo, en los minutos siguientes se esfumaría hasta desaparecer porque Garita, luego de llenar otra vez su vaso con whisky (ya debía andar por el décimo) dijo *Día ritual* y nada, hasta la sopa, pudo detenerlo.

*

Las tres niñas danzantes —vestido colorido, gorrita holandesa, cántaro rebosante de leche— vienen de la revista que traía el testimonio completo del copamiento a Garín, y la paloma de Picasso de una publicación juvenil que sin duda le ha llegado arriba por error: a los fines del informe no aporta gran cosa: un editorial fervoroso, un poema al Che (por razones obvias no le sirve siquiera para adornar la pared), el reportaje a un músico guatemalteco autor de la ópera *Volveremos a la montaña,* algunos cuentos, y una sección diversa llamada *Cronopios;* la paloma ocupaba las páginas centrales, la prisionera ni siquiera le pidió permiso al Escualo para pegada en la pared. Con las tres niñas lecheras lo había hecho, y también con la mujer polinesia recortada de la revista que registraba el incendio en cadena de los supermercados Minimax, y con el niño rubio que besaba al niño negro, foto que ilustraba un reportaje al compañero fundador de las FAR muerto en combate y llevaba un acápite irónico que la prisionera eliminó. Pero en todos los casos el Escualo le había dado la misma respuesta: podía recortar lo que quisiera siempre que en la página de atrás no hubiera información de interés para Inteligencia. La salvedad era más bien imprecisa, deduce la prisionera. Hasta ahora la han bajado una sola vez al recinto del sótano donde se guarda el material impreso: a vuelo de pájaro ha visto desde *Ana Karenina* hasta *Pulgarcito.* ¿Qué textos, qué fragmentos de esos textos podrían considerarse de interés para Inteligencia? (¿El alma encantada? ¿La isla del tesoro? ¿La edad de la razón? *¿En cuál de esos libros aprendimos la rebeldía?¿Cuál nos dijo en el oído, sólo a nosotros, que hay hombres que oprimen a otros hombres y eso no está bien, eso no está bien? ¿Qué fue? ¿Las acciones nocturnas del León de Francia, la libertad que riela en la* Canción del Pirata? *¿qué página escrita nos condujo a captar la música —porque primero fue una música, todo siempre primero es una música, la vaga percepción de algo alto y bello acechando en las palabras—, la violenta música que alienta en la frase «Un fantasma recorre Europa»? ¿Cómo nos preparamos? ¿Bebiendo las diatribas feroces de Almafuerte o las inolvidables rimas de Becquer? Ah, las rimas de Becquer, ¿sabe alguien*

la dicha de tener dieciséis años y cantar desde el centro mismo del corazón: «Hoy la tierra y los cielos me sonríen / hoy llega al fondo de mi alma el sol / hoy la he visto, la he visto y me ha mirado / hoy creo en Dios»? Se ama a los hombres hasta querer dar la vida por su felicidad cuando se han respirado hasta la embriaguez esas palabras.

Me acuerdo ahora de Anita, la fosforera. *Estaba en un libro de tapas amarillas que decía con letras azules:* Los cuentos de Andersen. *Contaba la historia de una niña pordiosera que vendía cerillas (porque en el recuerdo no hay fósforos, hay cerillas, y también eso, la palabra «cerillas» es una lucecita titilando en la memoria), una niña que acaba muriendo de hambre y de frío junto a una ventana iluminada. Es la noche de Nochebuena y detrás de esa ventana una familia dichosa lo está celebrando. Todo lo que es digno de ser deseado por los hombres palpita detrás de esa ventana. Pero Anita está de este lado del vidrio y en todo el día no ha conseguido vender una sola caja de cerillas con que comprarse, al menos, un pedazo de pan. .Tiene hambre, tiene frío, y unos deseos totalmente inoportunos de ser feliz. Entonces se regala una pequeña fiesta. Una a una, va encendiendo todas sus cerillas. Y así, alumbrada por una sucesión de luces temblorosas, celebra su Navidad hasta la muerte.*

¿Qué zona del sentimiento se encendió para siempre en mí? ¿Cómo hice para reconocer, detrás de los hechos, todo el espanto y toda la tristeza que anidan en una palabra que aún no me interesaba, la palabra «injusticia»? A veces pienso que fue exactamente ese día, los ojos llorosos por la desolada muerte de Anita, el corazón cargado de rencor por los que, detrás de la ventana, ni siquiera llegaron a enterarse de su muerte, ese día cuando se empezó a armar en mí aquello que años después llamaría con naturalidad «mi ideología».

(—Vamos, vamos, ¿no será una exageración? —dirá dentro de poco Garita—, ¿no será al menos una proyección exacerbada de tu propia locura atribuir esa metamorfosis (Anita la fosforera trocando en energía revolucionaria) a todos los pequeños lectores que más tarde serían Tu Generación, o sea en cierto modo la mía? Sin contar, querida, a todos los pequeñuelos que en los apacibles años cincuenta no leían las heroicas aventuras de Caperucita y solían pasar tanta hambre como tu fosforera, así que el resentimiento social, si lo aprendieron en alguna parte, no lo aprendieron en *El mono relojero*.

—¡No soy tan ingenua! —gritará Diana, con tanta furia que la Bechofen asomará su cabeza desde la cocina, donde estará preparando algo con aroma a jenjibre, y la mirará, apaciguante, de modo que ella bajará el tono—. Pero a los que no pasamos hambre algo nos dijeron esos libros. A algunos, al menos. Y yo estoy contando la historia de

Leonora, no la historia de la Humanidad.)

La prisionera ha leído muchos de estos libros y sabe que no es fácil clasificarlos según un criterio que le sirva a Inteligencia, así que la paloma la puso en la pared casi sin fijarse en lo que había detrás. Y sin pedirle permiso al Escualo. Si el Escualo sabía que el autor era Picasso —la firma estaba, y a él le gustaba quedarse mirando las ilustraciones de las paredes cada vez que venía— y que Picasso era comunista, el dato no pareció importarle porque no hizo ningún comentario. En el caso del niño blanco que besa al niño negro, sí. «Esto es típicamente subversivo», le dijo cuando ella le mostró el recorte. Pero la prisionera le explicó con dulzura que se trataba de niños, y que los niños, gracias a su inocencia, son todos hermanos. Ya había notado que el tema de la infancia era crucial. Y ayer mismo, al comprobar que luego de veinte días el trabajo ha avanzado a un ritmo desusado y las paredes se han ido cubriendo de recortes tan bonitos, el Escualo ha debido admitir que le parece muy positiva la iniciativa de la prisionera: decorar su habitáculo indica un alto poder de recuperación, hecho estimado tanto por él como por sus superiores.

*

Día ritual el viernes, dijo Garita. Día en que solían reunirse en un café de Corrientes mis buenos amigos artistas, esos que se dejaban matar por un adjetivo y eran capaces de agarrarse a trompadas porque Sartre, en París, había declarado que, ante un chico que se muere de hambre, *La náusea* no tiene peso.

Que así eran, dijo, o que así creía ahora que eran, entonces tomó otro trago, miró a Diana como se mira un objeto distante, pareció que iba a decir una de sus frases corrosivas pero simplemente, parodiando la voz de Ives Montand, canturreó: *Que reste-t-il de nos amours, / que reste-t-il de ces bons jours.* Los de ahora hablan distinto, razonan distinto, hasta se emborrachan distinto, ya los vas a ver, dijo. Son los que llegaron tarde a la fiesta, o a lo que ellos sueñan que fue una fiesta, porque espero no decepcionarte si te digo que a mí, personalmente, tanto fervor revolucionario llegó a empalagarme. Lo que pasa es que los tipos como yo siempre nacemos en la centuria equivocada (se rió); nos toque cuando nos toque siempre estamos condenados a vivir con nuestros contemporáneos. ¿Y sabés dónde reside la falla de nuestros contemporáneos? En su necesidad de que el

tiempo en que les ha tocado vivir —y por lo tanto ellos mismos— tenga un sentido. Lo que les impide notar que eso que llaman realidad es sólo una mísera parcela de algo informe, impermeable a toda reflexión, y distorsionado, para colmo, por su propia locura, distorsionada, para colmo, por el pensamiento dominante de cada época que flota como una bruma y penetra en todas las cosas. Así que no me tomes en serio si un día, en lugar del whisky cínico me agarra el vino solidario o el moscato de la nostalgia y les digo a los cofrades que los hice venir los viernes como un homenaje a los buenos tiempos viejos. La verdad es que en los buenos tiempos viejos yo era lo mismo que soy ahora: la aceituna en el helado de crema chantilly.

—Un hijo de puta —dijo Diana en voz muy baja, y miró de reojo a la Bechofen, quien acababa de destapar la olla y miraba su interior con aire concentrado—. Eso es lo que me parece que sos.

—También me lo dijeron. y cosas peores. O cosas que, en la edad dorada, sonaban peores. Porque parece mentira pero ser dueño del sentido de la propia existencia también da poder, la fe da poder, así que un tipo como yo venía a ser un paria de la era revolucionaria. O un aristócrata, según se lo mire. Lástima que con esta manga de asesinos en el gobierno ni a los aristócratas como yo nos quedó otra salida que ponemos un poco solidarios. Te quitan el *pathos,* entre otras cosas que te quitan. Quiero decir que cualquier tarde me encuentro por la calle con uno de esos fervorosos de café que hablaban de la novela subversiva y me querían comer crudo —o a los que me quería comer crudo, fuerza es reconocerlo— y nos abrazamos como si fuéramos los únicos sobrevivientes del naufragio. Y lo somos, de alguna manera. Los que nos quedamos acá simplemente por pereza. Porque existe un modo de la pereza que consiste en no ir —no ir al trabajo, no ir a una fiesta, no ir a Europa—, los que nos quedamos acá simplemente por pereza y seguimos vivos. Así que no te emociones demasiado cuando Hertha habla de las catacumbas. A veces la vienesa tiene fe en el hombre, y encima el símil ni siquiera es suyo. Pero, la verdad, yo no armé todo esto para que los sobrevivientes vengan a hablarme de lo que afuera está prohibido. Lo armé porque ya no existe el instituto donde daba clases, y de la Universidad me fui solo porque me daba asco. De algo tenía que vivir, ¿verdad? Así que aproveché que la vienesa me acogió bajo su ala y acá me ves, casi histórico, predicando en la catacumba.

Momento en que la Bechofen, quien silenciosa había tendido la mesa, llenó tres grandes tazones con su aromática sopa de verduras, y los tres se pusieron a comer.

*

Hay también un árbol de Navidad, gatitos en una canasta, un dibujo de William Blake, la foto de unos coyas, la de Marilyn Monroe soplando unas velitas, algunos poemas, el Cristo de Dalí, el hombrecito de *Quaker Dats* y paisajes de todo tipo: arbolados, nevados, acuáticos y lunares, sugiriendo mundos abiertos hasta el vértigo detrás del habitáculo en el que, apasionada y plena de sentido, hace veintiún días que la prisionera redacta para el Almirante una historia que fue su historia. Siempre que no se tengan en cuenta algunas omisiones: su odio a todo opresor cuando acabó de leer *Los gobernantes del rocío,* los latidos de su corazón cuando entregó la ficha que la afiliaba a la Federación Juvenil del Partido Comunista, el salto que pegó cuando supo que el socialismo se empezaba a dar acá a un paso, en la isla como un largo lagarto verde, y era un huracán que se extendería por Perú y por Bolivia y por Nicaragua y también por la Argentina; la expectante vela de armas cuando aguardaban —el alma en un hilo— la ejecución del primer gran golpe de las FAR; la extraña alegría después, cuando iban comprobando que los quince flamantes supermercados yanquis, símbolo exacto —había escrito la prisionera— de la penetración imperialista en nuestro país, volaban uno a uno con intervalos de cinco minutos en una operación impecable, perfecta, sin una sola víctima. y otra alegría, que tal vez desconoce o considera superflua, *la de todos nosotros, los que habíamos sido tomados por sorpresa por un acontecimiento desusado en estas tierras y pensábamos que también éste era un buen modo de socavar la dictadura del general Onganía, y nos preguntábamos, un poco esperanzados y otro poco perplejos, a dónde iba a conducir todo esto.* En rigor, mientras escribe entusiasmada, va olvidando toda alegría salvo esta de trabajar de la mañana a la noche en su celda —al principio de paredes peladas con una alta ventanita por la que se ve un rectángulo de cielo y, a veces, afinando el oído, se escucha el canto de un pájaro. Sin otra atadura que una bala de cañón encadenada a su pierna izquierda.

Su memoria no se va por las ramas: pragmática, le ha ido dictando nada más y nada menos que lo que el Almirante pretende de este informe: tácticas para ampliar el grupo inicial; planificación y ejecución de acciones, adiestramiento militar, modos de conexión y acciones en común con otras organizaciones, cómo y por qué una formación de izquierda se une a una organización claramente peronista, fundamentos teóricos.

Curioso: esto último es lo que más le cuesta recomponer. Ha sido capaz de reproducir con exactitud el diagrama que años atrás ha hecho para la toma de un arsenal; ha registrado las palabras —y hasta los tonos y los chistes alusivos— con que instruía a los novatos sobre las tareas imprescindibles para el guerrillero urbano —robar una camioneta, colocar una bomba, cargar un fusil, llevar en un anillo o en la corona de una muela o en un botón de la camisa una pastilla de cianuro para tomarla en el momento de caer, ya que nadie puede conocer sus propios límites y es mejor la muerte, no lo olviden, en cualquier caso es mejor la muerte que la traición—. Pero le cuesta recordar por qué estos actos tenían un sentido para ella, la razón por la que se sentía limpia y generosa al realizarlos, el sueño tras el cual tanta gente de su edad, o mucho más joven, o mucho más vieja, había dejado sus ritos cotidianos para seguirlos. Por eso, y no por las láminas, diez días atrás había pedido las revistas. Seguro que estaban ahí abajo, dijo, entre los miles de libros que día tras día se iban acumulando: *Militancia,* y *Cristianismo y Revolución,* y tantas otras en las que ellos —el muerto en combate, y el que mataron en Trelew, y el que está en Europa, y el Tordo, y ella misma— explicaban a hombres y mujeres ávidos de revolución que en su nombre y contra la violencia del poder y por la destrucción de un aparato militar que oprime a los hombres e impide la constitución de un gobierno popular no queda hoy otro camino que tomar las armas. Lo de las láminas empezó de manera casual. Por exceso de celo o por confusión de ideas le fueron subiendo también revistas culturales y, sobre todo, semanarios de interés general que incluían coloridos informes de copamientos y secuestros. En la de los supermercados Minimax vio a la mujer polinesia; tenía guirnaldas sobre el pecho desnudo y un fondo de cielo tan azul que durante varios minutos no pudo escapar a su fascinación. Pensó que sería hermoso tenerla siempre ante sus ojos. El Escualo mismo le consiguió la cinta *Scotch*y unas tijeritas de niña.

Un trabajo que la apasiona y algo bello para mirar, ¿qué más puede pedirle a la vida quien ha estado a punto de perderla? Las otras láminas las fue encontrando después. Y ahora están acá, las tres niñas holandesas, y el Cristo de Dalí, y el ahorcado de Blake, y el hombrecito de *Quaker,* protegiéndola mientras la prisionera detalla los refugios que armaron en la clandestinidad, cómo criaron a sus niños, mediante qué recursos se contactaron con los legales, tan concentrada en su tarea que ni siquiera ha reparado en el Escualo, quien, como otras veces, ha entrado sigilosamente y se ha quedado mirando los recortes de las paredes.

La sobresalta el chasquido de un papel rasgándose.

—¡Y esta basura qué es!

Se ha puesto de pie tan rápido que trastabilla.

—Qué es qué, por favor, yo estaba trabajando —tiene la mirada de quien ha sido despertada de un sueño apacible con un golpe.

—Esto. Esta basura —el Escualo sacude casi sobre su cara un papel roto en los ángulos—. ¿Quién escribió esta basura?

La prisionera ve el hueco en la pared: *Carta a mi hijo.* Le había gustado porque hablaba de unas torcazas fuera de la jaula y de un inundo sin barrotes que un chico iba a conocer. Escrito en la cárcel en mil novecientos setenta y dos, decía al pie del poema, sólo que la prisionera había recortado esa línea y había pensado que eso era suficiente.

—No sé quién lo escribió —dice—. Lo puse porque era lindo. Hablaba de Unas torcacitas.

—Torcacitas —dice con contenida ferocidad el Escualo—. Usted resultó una mentirosa, igual que todos los otros —blande en su puño el papel arrugado como quien esgrime la prueba del delito.

—No sé por qué dice eso —dice la prisionera—. Me parece que he dado pruebas suficientes...

—*Nunca* se dan pruebas suficientes. Grábeselo bien en la cabeza —mira el papel con expresión de repugnancia—. ¿Sabe de qué se habla acá? Acá se habla de lo que no hay que hablar. Y menos en un poema.

—Se habla de Un padre que sueña un mundo...

—¡Cállese! Se habla de la tortura. Con todas las letras se la nombra. Tor—tu—ra. No se escribe sobre eso, ¿entiende? Es una inmoralidad. Es subversión.

Con violencia, tira el papel al suelo.

—Palabra que no lo interpreté así —dice la prisionera; trata de que su voz sea apaciguadora—. Lo interpreté como una metáfora. Un hombre que le habla al hijo, que le dice que se anima a sufrir cualquier cosa con tal de que ese hijo sea feliz —levanta la cabeza con hidalguía—. Yo haría lo mismo —después mira a los ojos al hombre

que tiene enfrente, como si comprendiera algo muy hondo debajo de esa mirada torva—. Y estoy segura de que usted también lo haría.

—Yo —el Escualo se golpea el pecho—, yo por un hijo me dejaría matar. Pero el hijo de puta que escribió esto…

—Olvídese del que escribió esto, no era tan importante. Lo puse porque me gustó lo de la torcacita. Y que le escribiera al hijo. Creo que lo puse por eso, porque a mí también me gustaría escribirle a mi hija.

Con alivio advierte que los vestigios de odio se van esfumando de la cara del Escualo. Pero no vuelve a pegar el poema en la pared. Mientras sigue hablando sobre su hija y las torcacitas, levanta el papel del suelo, lo estruja discretamente, y lo tira a la basura.

Nueve

La noticia del diario ocupa apenas una columna por quince centímetros. Diana, en la cama, la espalda bien apoyada sobre dos almohadas, leyendo ritualmente el diario mientras torna mate, está por descubrirla, sin recuadro, en la página de policiales. *Eso es lo perturbador* (ha escrito), *que uno siga cumpliendo sus ritos y hasta sienta cierto placer al cumplirlos, que yo aún sea capaz de detenerme a palpitar la temperatura justa del agua, de verter con lentitud el primer chorro; que mientras espero sin apuro que la yerba se ponga esponjosa, abra la puerta de mi casa y entre el diario. Y después, como quien se organiza una pequeña fiesta, acomode dos almohadas y me meta de nuevo en la cama a leer mientras tomo mate. Este acto mínimo ¿no ha sido siempre una garantía de pequeño orden? Más tarde el día fatalmente iba a desordenar se, me haría pedazos, y yo terminaría exhausta, al borde del caos, con una tenue sensación de fracaso, pero este primer rito, tan bien pautado, ¿no ha urdido siempre un refugio? ¿la sospecha de que el día aun podría deslizarse hacia la felicidad? Eso, justamente, es lo perturbador: que también ahora, al ejecutar este sencillo hábito puedo percibir, como un soplo, cierto vestigio de una promesa: el día, Dianita, aún no está contaminado, ¿por qué no ha de ser posible que hoy, justamente hoy, las cosas no se desbarranquen y tu pequeño mundo navegue mansa, amablemente, hacia…? Lo que no me impide saber, desde el centro mismo de las tripas, que detrás de cualquier noticia puede sobresaltarme la muerte.*

Pero ésta no la sobresalta. De algún modo la esperaba desde hace un mes. Desde aquel rápido diálogo con el profesor Ordaz, en la parada del colectivo.

Escuetamente dice que en un enfrentamiento con las Fuerzas Armadas y en presencia de su hija de diez años ha muerto el jefe montonero Fernando Kosac. Ella se tapa la cara con las manos peor los ojos despavoridos de Violeta la siguen en la precaria oscuridad: están mirando, uno a uno, a los asesinos de su padre. El cuerpo también sigue allí aunque ella haya apretado los ojos detrás de sus manos. El cuerpo acribillado de un hombre que fue hermoso. Y su mirada transparente —cómo mira un hombre un segundo antes de ser un muerto— tal como era en el único recuerdo completo que tiene de él, una noche de alegría del verano del sesenta y dos..

Aunque tal vez no es un solo recuerdo, son dos, porque si trato de unir los cabos sueltos el tiempo real no concuerda, no es posible que los dos hechos hayan ocurrido una misma noche, ni siquiera, tal vez, que los dos hayan ocurrido. Pero para mí fue así, todo ocurrió y todo en una noche, la noche luminosa del triunfo del MAR, que no era el mar sino el Movimiento de Avanzada Revolucionaria pero tenía el nombre que se merecía y por primera vez había ganado —¡la izquierda había ganado!— las elecciones de Ciencias Exactas, razón por la cual esa noche bailamos —¿era en la todavía incipiente Ciudad Universitaria o en la vieja Facultad de la Manzana de las Luces? todo es incierto en el recuerdo y sin embargo todo resplandece con luz propia—, bailamos hasta que el corazón quiso saltársenos fuera del cuerpo, al ritmo de las canciones de Carlos Puebla, Dios mío, todos los nombres, todas las palabras parecían tener un sentido, mar, puebla, y el acto vital de mover el cuerpo con la alegría animal de los dieciocho años también tenía un sentido, formaba una sola inseparable cosa con esa otra alegría, la de la música cubana, que a la vez era un corte de manga a todos los que querían detener la historia, Aquí pensaban seguir / jugando a la democracia / y el pueblo que en su desgracia / se acabara de morir. / Y seguir de modo cruel / sin cuidarse ni la forma / con el robo como norma / y en eso llegó Fidel. *La vida era una explosión, un loco ritmo caribeño, todos bailaban y yo también al son de la rumba porque mi cuerpo no dudaba como a veces dudaba mi cabeza y porque también a mí me gustaba anunciar a los cuatro vientos que se acabó la diversión, llegó el Comandante y mandó a parar, aunque cierta zona incurable dentro de mí persistía en preguntarse si realmente era así, si también por estas tierras del Sur se iba a acabar alguna vez la diversión, y si esta elección ganada en un solo Centro de Estudiantes era para tanta pachanga, razón por la cual en algún momento había dejado de bailar y estaba mirando con nostalgia y también con amor —amor por lo que es bello y está bien puesto en el mundo— el baile del muchacho de grises ojos*

transparentes y la joven mujer cetrina de pelo cobrizo. Se los ve tan íntegros, tan hermosos, tan hechos para la rumba y para este tiempo de revolución que mirarlos da júbilo y, al mismo tiempo, una inexplicable tristeza, o yo siento una inexplicable tristeza, como si ya supiera que esta noche de verano y fiesta no va a durar para siempre. Entonces el muchacho de ojos grises me mira con sus ojos transparentes. Tal vez lo suyo es mera piedad, o es extrañeza. Pero yo me siento protegida por esa mirada, también para los melancólicos, y los poetas, y los que no encuentran su lugar en la tierra va a haber un lugar en este mundo que estamos fraguando, parece decirme con esa mirada. Aunque en otro rincón improbable de esa misma noche estamos en el Parque Retiro festejando el triunfo del MAR entre la Montaña Rusa y la Rueda de la Fortuna, yo más bien solitaria y un poco descolocada mirando a estos jóvenes militantes que giran con la Rueda y cantan una canción que repite palo bonito palo—é, y pensando si estaré en este Parque sólo por solidaridad y si tiene sentido esto de mirar, sólo mirar cómo gira la Rueda. Entonces el muchacho de ojos grises, que sin duda ha captado mi soledad y ha querido restañarla, se me acerca en la noche sobresaltada de resplandores y milagrosamente me habla de Chejov, de la tenue y obstinada tragedia que alienta siempre debajo de las historias cotidianas de Chejov. y yo siento que hay un lugar en el mundo para mí.

*

—¿Fue la última vez que lo viste? —dice Garita.

—¿Y eso qué importancia tiene? —dice Diana.

—Digo —dice Garita—. Porque ahí no hablás mucho del muerto. Más bien hablás de vos. Me gustaría saber algo que valga la pena sobre el personaje.

Diana se encoge de hombros.

—Lo vi otra vez —dice—. Pero no es lo que quiero contar.

—Lástima —dice Garita—. Porque tengo la impresión de que el meollo siempre está en las cosas que no querés contar. ¿Fue antes o después de Chejov?

—Después —dice Diana.

*

Ojos grises y fríos mirándola a través de la mesa del Tiziano. Ella ufana porque antes de entrar se había comprado un cuaderno de hojas amarillas —¿es su quinta, su sexta cita de Correo del Zar?—, y se había impuesto que, antes de que la aguardada llegase (sigue viniendo tarde) debía encontrar el nombre que cuadrase con la cara morena de pómulos altos. Se le cruzó Leonora y, prolijamente, como quien está decidido a cumplir hasta el fin la tarea encomendada, escribió en la primera página del cuaderno: *Historia de Leonora y.* Y estaba a punto de dedicarse a su propio nombre cuando levantó los ojos y percibió una alteración. Quien venía hacia su mesa no era Leonora sino un hombre, hermoso también a su manera, a quien no reconoció hasta que estuvo junto a ella. A Leonora le pasó algo, pensó. Pero el hombre (a quien Diana decidiría llamar Fernando) se ha sentado frente a ella y ha dicho con sequedad:

—No vino Leonora porque tuvo algo impostergable que hacer.

Traje oscuro, corbata de seda, la mirada no es la que Diana recuerda. Metálica e intimidante. Le ha alcanzado unos papeles:

—Tenés que entregárselos a Ordaz antes de mañana al mediodía —ha dicho como se imparte una orden militar.

Diana se siente ligeramente molesta; esto tiene poco que ver con Cástor y Pólux. *La muerte transforma,* se le ha cruzado mientras hablan trivialidades, dos personas educadas intercambiando impresiones sobre el clima y la polución. *El contacto con la muerte: transforma.* Hace un esfuerzo por desentenderse de esa idea y seguir el relato que (tal vez para que lo de ella no parezca una subalterna misión de guerra, o por un mecanismo similar al que lo ha llevado a acercarse en la noche resplandeciente para hablarle de Chejov) él le está contando ahora. Un cronómetro, está hablando ¿desde cuándo? de un cronómetro excelente que se le había descompuesto, lo había dejado en Lutz Ferrando tres días antes de que él y Leonora tuvieran que huir. La boleta había quedado en el departamento pero, claro, los milicos se la habían llevado junto con los libros —mirada sugestiva—, los cinco tomos encuadernados de *El Capital* sin ir más lejos, algo irrecuperable. A él le resultaba imprescindible ese cronómetro (hizo una pausa fugaz en la que Diana consiguió imaginar operativos

cronometrados que se le entreveraban con la aventura y el sueño).

—Así que dejé pasar una semana y al fin me fui a Lutz Ferrando. Miré fijo a la empleada y le dije: «Dejé a arreglar un cronómetro así y así el día tal y tal pero perdí la boleta». La chica revisó un fichero y me miró aterrada. «No se lo podemos dar», decía, «no se lo podemos dar». Yo clavé los ojos en ella y me alejé caminando hacia atrás, muy despacio, sin dejar de mirarla. Estaba espantada pero no se animó a moverse —se rió—. Debió pensar que ahí mismo yo iba a sacar una Ballester Molina y la iba a dejar seca.

Diana observa los ojos fríos que la miran sin condescendencia y piensa que sí, que la chica debía estar espantada y qué diablos tendría que ver eso con los cinco tomos encuadernados de *El Capital.* Apenas una ráfaga que suprime con destreza y que ahora, cinco años después, también suprime: se saca el pelo de la frente como quien ha decidido eliminar de su pensamiento toda impureza.

—No todo episodio de la realidad es significativo —le contesta a Garita—. O para volverlos significativos uno tendría que tener en cuenta tantos hechos que, en lugar de un relato, debería narrar la vida misma —se encoge de hombros—. Además, ésta no es la historia de Fernando, es la historia de Leonora.

Y, como una reivindicación tardía, piensa que es una suerte que Fernando haya aprendido a tiempo a no tener piedad. Porque con esa mirada helada e implacable —el último recuerdo que ella tiene de él— debió haberles hecho frente a sus asesinos antes de morir.

*

La imagen formada no corresponde del todo a los hechos. Es lógico: está construida con datos del diario, y el diario sólo en parte dice la verdad. Que el tiroteo ocurrió en presencia de Violeta, es cierto. Desde hacía casi un mes no se separaba de su padre, salvo las pocas noches en que le tocaba a él ir a buscar provisiones (otras veces le tocaba a Toña, pero Toña se había ido sin decir nada dos días antes de que llegaran los hombres, y entonces se habían quedado solos y su papá no se separó de ella ni un minuto). Cuando se iba, ella se quedaba sentada en el suelo, junto a la puerta, escuchando los pasos en la calle, «Ángel de la guarda, hacé que vuelva», diciendo como su mamá le había enseñado que dijera cada vez que tenía miedo. «No hay

ángel de la guarda », decía su papá, «sólo los hombres y las mujeres y los chicos. Por eso tenemos que luchar nosotros: para conseguir un mundo mejor para toda la gente, acá sobre la tierra». Era lindo lo que decía su papá, pero su mamá sabía hacer las cosas más fáciles. Decía que aunque ellos no creyeran en Dios, el ángel de la guarda es algo que está bien, y que lo llamase sin problemas cuando tuviese miedo porque él la iba a proteger, como las hadas de los cuentos. «Para cuentos, cuentos», decía su papá, y cuando ella se acostaba venía a sentarse al lado con un libro, y le leía un cuento. Sobre todo *La casita bonita,* que estaba en el libro de cuentos rusos y era el que más le gustaba.

«¿De quién es esta casita tan bonita? ¿Quién vive en ella?»

«Yo, la mosquita golosita», decía ella antes de que su papá tuviera tiempo de leedo. Y aunque resultaba claro (y su papá se lo decía) que entonces era innecesario que se lo leyera porque ya lo sabía de memoria, ella cada noche pedía que fuera este cuento y no otro, como si el escuchado siempre igual una y otra vez creara a su alrededor un aura de seguridad, un refugio, algo que permanecía inalterable aunque tuvieran que ir escapando de casa en casa y dormir siempre en camas distintas y con gente distinta, y aunque muchas veces su mamá y su papá no estuvieran y ella tuviese que pedir, contra el deseo de su papá, como le había enseñado su mamá: «Ángel de la guarda, hacé que vuelvan». Pero eso era antes, cuando sus papás le hablaban de un mundo mejor que estaban construyendo para los chicos como ella, y en todas las casas donde vivían había alguien que cantaba o tocaba la guitarra, y cambiarse el apellido para ir a la escuela era como un juego, además siempre había una maestra a la que su mamá podía contarle el secreto y esa maestra la quería más que a los otros y le hacía las cosas fáciles. Después ya nadie cantaba ni le hablaba del ángel de la guarda, y sin saber por qué todo daba miedo y su papá no le contaba cuentos. Ahora sí, otra vez. Ahora que estaban los dos escondidos en esta casa con Toña porque a su mamá se la habían llevado y tal vez no la viera nunca más, y al marido de Toña también, ahora ella le pedía todas las noches los cuentos rusos, y él, aunque no tenía el libro y le decía que ya estaba grande para cuentos, hacía memoria y se los repetía casi palabra por palabra (sobre todo en los dos últimos días, cuando Toña también se había ido y su papá no se separaba de ella ni para buscar provisiones), el del abuelo que había plantado un nabo, y el de la zorra y el estornino, y el del lebrato fanfarrón, y el de la rana zarevna, y el de la casita bonita, sobre todo el de la casita bonita, que era el que más le gustaba.

De modo que en ese aspecto el diario había dicho la verdad.

No se separaban nunca, así que cuando los hombres llegaron y rodearon la casa Violeta estaba presente. Y también estuvo presente durante el tiroteo. Lo que no es cierto es que él haya muerto durante el enfrentamiento. Ni siquiera se puede afirmar que haya ocurrido algo a lo que corresponda llamar «enfrentamiento», aunque tampoco es fácil darle otro nombre. ¿Cómo denominar a la acción que se produce entre quince hombres con ametralladoras, rodeando una casa por el frente y desde los techos de las casas vecinas, y un hombre cansado que resiste a los tiros detrás de una ventana, con una hija a pocos pasos llorando debajo de una mesa: Papá, no quiero que te mueras?

*

«Hay una mínima esperanza.» La frase, que evoca al anciano médico franqueándose con la esposa del moribundo en una vieja película en blanco y negro, será la última que Diana va a recordar del profesor Ordaz. No porque no vuelva a verlo. Varias otras veces, al bajar como hoy del 128 para ir a la casa de la Bechofen, lo verá a lo lejos, siempre con ese vago aire de prohombre que tanto admiraba a los diez años. Pero ya no se acercará corriendo como se acerca en este atardecer de noviembre, aún con la mirada despavorida de Violeta clavada en su conciencia.

—¿Sabe algo? —pregunta con ansiedad.

—Hay una mínima esperanza.

Diana experimenta cierto malestar, no tanto por la palabra esperanza (de una ingenuidad patética en un hombre como él) como por el tono. Un tono optimista, casi entusiasmado. Ha visto, sí, mujeres y hombres con esperanza, sobre todo en abril y en mayo y en junio, cuando todavía costaba aceptar que lo posible había excedido sus propios bordes, *Mi hijo va a volver, si tiene apenas diecisieteaños; Mi hermano es delegado gremial; Mi nieta está embarazada,* como si cierta lógica elemental hubiera seguido rigiendo los hechos. Pero era una esperanza cada vez más desvaída porque los retazos de horror iban armando una figura imposible y entonces oscuramente empezaban a aceptar que toda pesadilla podía cumplirse. Por eso le pareció fuera de lugar, o mejor, le pareció repulsivo el tono optimista del Profesor.

—De Violeta, digo. Si sabe algo de Violeta. Hoy leí en el diario

que a Fernando

El Profesor la hace callar con el ademán de costumbre.

—Violeta está con nosotros —acerca su boca a la oreja de Diana—. Nos llamaron a la madrugada para que bajáramos y la tiraron de un auto. Estaba un poco dopada, pobre criatura.

—¿Pero ahora cómo está? —dice Diana reprimiendo apenas el inexplicable deseo de pegarle al Profesor una patada en los huevos.

—Perfectamente —dice el Profesor.

Diana le mira un instante la bragueta.

—Perdón, tengo que irme —dice con rapidez—. Me están esperando.

Y se aleja del Profesor hacia la casa de la Bechofen, con la desagradable sensación de que en breves instantes va a vomitar.

*

No sólo cansado; también estaba perplejo: parapetado detrás de la ventana, rodeado de hombres que debían estar controlando el patio desde los techos e iluminaban con reflectores la casa desde el frente, no acababa de entender por qué no habían entrado derribando puertas y a los tiros. Que estaba rodeado, había dicho la voz del altoparlante, que no tenía escapatoria. Pero la descarga que vino después, más que a matarlo parecía destinada a comunicarle: podemos liquidarte cuando se nos dé la gana.

Él respondió con tiros.

—Sabemos lo de su hija —dijo la voz, y a él le extrañó el tratamiento—. Le vamos a dar tiempo para que la haga salir. —Después agregó: —Tenemos a la madre.

Muerta, se dijo, y volvió a tirar.

Las ametralladoras respondieron.

—Está en sus manos —dijo la voz—. La vida de su hija. En sus

manos.

Nuevos disparos.

Desde atrás, amortiguado por la mesa, le llegó el llanto de Violeta. *Mamá,* oyó a través del llanto, y simultáneamente algo sobre su esposa dicho por el altoparlante. Algo que no entendió bien, o que creyó haber escuchado mal.

Dio vuelta la cabeza y adivinó el cuerpo acurrucado de Violeta, los ojos abiertos de terror. Ya no lloraba.

—No tiren —dijo después de un silencio prolongado—. Violeta va a salir.

La persuadió. Con la voz con que solía contarle cuentos rusos y con una promesa en la que no se animaba a creer. «Vas a encontrarte con tu mamá», y le dio un beso de despedida. Pensó que era raro eso de despedirse para siempre. Eso de morirse, raro. La vio salir, lenta y desgreñada, el pelo largo cayéndole sobre la cara como cuando recién se levantaba de dormir y venía a treparse a su cama; adivinó ametralladoras apuntándola en silencio, desde la sombra. Después no la vio más, no tuvo tiempo. Ahora las balas rompían los vidrios y atravesaban las paredes. La voz del altoparlante también atravesaba las paredes, sólo que llegaba distorsionada por el estruendo. Él disparó con furia contra esa voz.

Hasta que algo ocurrió. Tal vez fue que, al dejar un momento de disparar, pudo escuchar por fin lo que de da la voz del altoparlante. Tal vez, que quiso darse la oportunidad de comprobar una mentira y por eso, y recién entonces, dejó de disparar. O que, extrañamente, se vio en Higueras, metido en una historia ajena con la que tantas veces había soñado. *—No tiren, soy el Che* —creyendo, el hombre de torso desnudo y cara de Cristo, que algo en esas palabras detendría la mano de los hombres que lo apuntaban, o confiando pese a todo en su semilla y en la estirpe indoblegable del Hombre Nuevo.

—No tiren. Voy a salir —se oyó desde afuera, con una voz que muchos años después Violeta escucharía en sueños.

Apareció en la puerta. Tenía una herida en el hombro y estaba desarmado. No los miró con la expresión de hielo que, vindicadora, iba a ponerle Diana Glass. Ni con la mirada traslúcida con la que una noche de verano de desbordante música cubana se había acercado a una adolescente solitaria para hablarle de Chejov.

Era una situación nueva, así que su mirada —que trataba de distinguir entre todos los que lo apuntaban al hombre del altoparlante — también fue una mirada nueva.

—Papá —dijo Violeta.

—Disparen —dijo el Escualo.

*

Lo que no es cierto es que haya muerto en ese momento, como daba a entender la noticia del diario. Tampoco es cierto lo que un mes después, junto a una piscina de agua turquesa y a la sombra de un laurel, le fue contado a Violeta: que su papá murió un poco más tarde, sereno y en los brazos de su mamá; que antes su mamá le prometió cuidarla mucho a ella, a Violeta, y le dijo que lo quería mucho y que nunca lo iba a olvidar. Y que le cerró los ojos grises.

Falso. No le cerró los ojos ni él murió en sus brazos, pero sí es cierto que el encuentro existió. En ambulancia, desangrándose pero consciente, fue llevado a la enfermería de la Escuela; el que lo acompañaba, sentado junto a la camilla y hablándole, era el Escualo. También fue el Escualo quien condujo a la prisionera desde su pequeño habitáculo florido —en el que con pasión escribía la historia de la lucha revolucionaria— hasta el lugar donde yacía su marido.

—Cumplí con lo pactado —le dijo antes de abrir la puerta de la enfermería—. Violeta está a salvo. y los dejó solos.

Lo que ocurrió en el encuentro no es fácil de comprobar, pero eso carece de importancia: ya se sabe que la verdad absoluta no existe. Además, ¿qué peso tendría —en caso de producirse— la mirada de reproche, o de perplejidad, o de odio del que va a morir? El que va a morir, hasta cierto punto, ya es un muerto. El pequeño desplazamiento entre el punto en que podría preguntarle a la prisionera por qué se la ve tan entera y por qué el oficial que ha dirigido el operativo de su muerte la trata con tanto respeto, y ese otro punto en el que todo rencor y todo deseo y toda levísima palpitación han desaparecido, ese desplazamiento es tan despreciable que puede no tenérselo en cuenta. Sólo se requieren, por parte del que seguirá vivo, algunos ejercicios de la voluntad. Sobrellevar, por ejemplo, la mirada del que va a morir, repetirse una y otra vez que éste es el

momento preciso para demostrar entereza porque si gritara —pero ni siquiera lo piensa, el secreto es ni siquiera preguntarse si todavía es posible gritar, si rebelarse todavía es posible—, si ahora mismo gritara hijos de puta, lo destrozaron, nos están destrozando a todos, entonces su propia vida se perdería, y a quién servirá que su vida se pierda.

Fuera de estos ejercicios, el resto es sencillo. Sólo Dios quedará como testigo de este encuentro, y su Dios es tan pragmático como ella. Considera que el principio *sine qua non* es salvarse a sí mismo. Además debe estar Contento de haberla recuperado en Su seno: la prisionera le reza cada mañana y cada noche, y Él la redime de todo sufrimiento, la protege de los gritos de horror que se escuchan en el ático, ¿qué podría hacer ella (le dice) por los que gritan, qué podría hacer por el hombre del pecho acribillado que la mira, que todavía la mira? Dios la ha absuelto, ella puede vivir en paz. La única verdad es la vida. El que tal vez escucha detrás de la puerta de la enfermería para estar seguro de no ser traicionado —cumplió con su parte del pacto y espera lealtad—, ese que tal vez escucha está vivo. En cambio el que aún la mira va a morir. Cuando se lo lleven, cuando la mirada gris desaparezca, la prisionera será la única dueña de este pequeño episodio. Violeta podrá guardar como un diamante lo que escuchará junto a la piscina turquesa, bajo el laurel. Y yo escucharé la descripción de una escena que, pensándolo bien, talvez no se aleje tanto de la verdad: que él agonizó junto a la prisionera, que ella alcanzó a decirle que Violeta estaba a salvo y él a contarle que los cuadros se están reorganizando y que, cuando otra vez sean fuertes, emprenderán la lucha definitiva contra los enemigos del pueblo.

Hasta la victoria final.

—Al fin y al cabo murió en su ley —me dirá—. Acribillado por las balas de la pelea y confiando plenamente en el triunfo de la revolución.

—A Leonora siempre le gustaron las películas rusas —dirá Diana.

Diez

Se ha sentado en la cama, atenta a un ruido de pasos.. No parece tranquila, pero no es la hora lo que la ha alterado: a esta altura

sabe perfectamente que también en el ático la mediánoche es un horario de actividad, no sólo los miércoles, cuando se llevan a parte de los secuestrados para dar cabida a los nuevos y la agitación es general; cualquier otra noche de la semana pueden escucharse pisadas, cerrojos, el grito lejano de un número, y luego las pisadas que desandan el camino arrastrando un cuerpo. «Por Dios, otra vez no, no lo resisto más», ha oído a una mujer hace apenas media hora, así que no es el escuchar pasos nocturnos lo que la alarma, sino el hecho de que, esta vez, los pasos se dirigen a su puerta.

Ya hace una semana que entregó la historia de la Organización y se pregunta si el Almirante será tan específico como para considerar que ahora carece de utilidad. No pueden coleccionar eternamente prisioneros vivos, le ha explicado el Escualo en una de esas tardes de confidencias que siguieron a la muerte de su marido. Y la prisionera no ha podido menos que estar científicamente de acuerdo. El espacio físico está acotado: si entra gente, tiene que salir gente, claro como el agua, y gente tiene que entrar porque la subversión ha de ser eliminada hasta en sus reductos más imperceptibles. «Porque donde queda una semilla, por pequeña que sea», le ha dicho el Escualo, «ahí un día crecerá un bosque». El procedimiento es bien directo (le ha explicado): los llaman para un traslado (a veces les dicen que los van a liberar), les inyectan algún sedante para evitar la bulla, les aseguran manos y pies con alambre y, desde un avión, los arrojan al río; matarlos antes sería redundante: el agua o el miedo ahorran el trabajo. «Sencillo y rápido», ha dicho el Escualo; «no se pueden coleccionar prisioneros vivos eternamente. Hay mucho por eliminar todavía hasta que ésta sea la Patria que soñaron nuestros próceres». Por eso, contra su voluntad, el corazón se le descontrola ahora que los pasos se han detenido ante su puerta.

Hay unos instantes de silencio. Después, alguien está manipulando los cerrojos. La acción dura más de lo habitual, como si el de afuera desconociera la manera de abrir la puerta o fuera muy torpe. La prisionera no se atreve a moverse: con los ojos fijos en la puerta espera la entrada del desconocido.

*

—¿Las películas rusas? —dice Garita.

—*El cuarenta y uno.* Me acuerdo sobre todo de *El cuarenta y uno.* La daban en el Roca, en programa doble con *Pasaron las grullas.* La chica de *Pasaron las grullas* se parecía a Leonora, o daba la impresión, tenía algo de heroína, Leonora, digo, todas las heroínas se parecían a ella. O al revés, bah. Al final la de *Pasaron las grullas* se quedaba sola, en una estación o algún lugar con mucha gente, llorando en silencio porque él se había muerto en la guerra. Leonora y yo también llorábamos en el cine, pero no sé, llorar no era desdichado, quiero decir que había cierta esperanza, en la muchacha o en la gente de la estación, no me acuerdo muy bien, en todo había cierta esperanza, como si cada cosa tratara de decirnos que la guerra, y las muertes, y la injusticia, y todo lo infortunado que se empeñaban en mostrarnos, desembocarían en un tiempo de felicidad que a nosotras, justamente, nos había tocado construir.

*

Pero el que está en la puerta, con algo envuelto en papel de diario bajo el brazo, no es un desconocido. Es el Escualo.

—Vine a brindar con usted —ha dicho.

Ha arrastrado la voz: como si le diese trabajo, después de cada sílaba, encontrar la siguiente. Caminar erguido también parece exigirle un esfuerzo considerable. Se detiene junto a la cama y, con solemnidad, desenvuelve el paquete.

Sólo cuando ve el contenido —una botella de champán y dos vasos de cartón— la prisionera acepta que el Escualo está borracho. No tiene experiencia en los efectos del alcohol; viene de un hogar racional en el que todo lo que pudiera enturbiar la claridad de la mente ha sido desdeñado, y de un Partido en el que los excesos del alcohol y del sexo se han considerado resabios de una cultura burguesa. Después ha compartido, es cierto, guitarreadas con mucho vino, pero en ese tiempo todo parecía formar parte de la misma fiesta telúrica: vivarlo al Chacho Peñaloza, cantarle a la luna tucumana, beber (no la prisionera, que nunca ha necesitado más estimulante que la vida misma), o augurar la derrota final del imperialismo. El vino apenas alteraba las cosas. Tal vez un poco más de fervor, ¿pero cómo notarlo en un tiempo en que el fervor constituía la manera natural de existir? *Todos estábamos un poco ebrios,* escribió Diana; *todos nos*

dejábamos llevar por la borrachera de las consignas, como si cantar «Yo tengo fe que Chile va a ganar» fuera un conjuro que anulaba la muerte en los estadios de Santiago, como si gritar «Viva el Che» nos hiciera bajar de la Sierra Maestra y laboriosamente instalar en nuestra tierra el socialismo.

Pero lo del Escualo es otra cosa. Ahora que lo tiene cerca, la prisionera puede notar su olor y la tenue vacilación en la mano cuando llena los dos vasos. Le extiende uno.

—Hoyes mi cumpleaños —le dice.

Los cumpleaños eran acontecimientos dichosos. Un año más significaba ir acercándose a algo de naturaleza misteriosa, pero deseado. Además estaban los regalos. Yo podría trazar un itinerario de la formación de nuestras almas por los regalos que nos hacíamos. Siempre eran libros; mirábamos con desdén a las que regalaban pañuelitos o pulseras. Cuando cumplió nueve años le regalé Los tigres de la Malasia, *y a los dieciséis* El poema pedagógico, *de Makarenko (estábamos en cuarto año de la Escuela Normal y creíamos ciegamente que una educación noble daría una humanidad noble, pero sobre todo creíamos que, ya que íbamos a ser maestras, no podíamos hacer otra cosa que revolucionar la enseñanza, y el mundo a través de la enseñanza, ya que nada de lo que hacíamos estaba destinado a caer en el vacío). Después de los diecisiete —esa vez fue* Violín y otras cuestiones— *no hubo más festejos compartidos: la vida empezó a llevarnos por caminos alabeados. Pero cuando llegaba el día indicado de septiembre yo me decía: «Hoy es el cumpleaños de Leonora», y era como si, de algún modo, siguiésemos juntas.*

—Entonces que los cumpla muy felices —dice la prisionera con entusiasmo, y choca con el Escualo el vaso de cartón.

Bebe apenas y apoya el vaso en el suelo. Cuando levanta la vista nota que el Escualo tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Disculpe —dice el Escualo—, me produce emoción que una mujer me diga eso. Una mujer como usted, quiero decir.

La prisionera está expectante: este hombre parece a punto de franquear una barrera peligrosa.

—¿Usted no es casado? —pregunta con cautela.

El Escualo no parece haberla escuchado. Ha comenzado el ademán de sentarse en el borde de la cama. Sin embargo, porque ha fallado en el movimiento, o porque algo lo ha hecho cambiar de intención, acaba sentándose en el suelo. Apoya la botella con mucho

cuidado. Después, minucioso, apoya su vaso junto al vaso de la prisionera.

—¿No lo festejó con nadie? —dice la prisionera como si se hubiese olvidado de su pregunta anterior.

El Escualo la mira con extrañeza; parece errático.

—Estuvimos brindando con los compañeros en el Casino —dice por fin—. Acá se festeja todo lo que se puede, si no, con toda la mierda que se ve acá adentro, perdón por el exabrupto, pero usted me va a entender, no sé, a veces me parece que a usted se le puede contar cualquier cosa y usted la va a entender.

—Trato de entender —dice la prisionera. Lo observa con mucha atención antes de continuar; como quien está caminando a oscuras por un terreno desconocido—. A la larga una se da cuenta de que cada uno tiene su verdad.

El Escualo niega repetidas veces con la cabeza.

—No, no, no. Ahí está el error —y se queda en suspenso como si de pronto no recordara dónde está el error. Por fin toma de un solo trago lo que queda en el vaso y parece despertarse.

—La verdad es una sola, lo que pasa es que algunos —llena otra vez su vaso—. Algunos ni se dan cuenta que están equivocados, eso se lo admito. Pendejos que no saben ni cantar el Himno completo y que lo miran a uno como si no pudieran creer lo que —hace el ademán de llenar el vaso de la prisionera pero ella le señala con el dedo que su vaso aún está lleno. Él bebe—. Hay que limpiarlos lo mismo, hay que sacar toda la basura que se juntó en la Argentina y lo más pronto posible, para que vuelva a ser lo que era. Es como una enfermedad grave, hay que operar, con o sin anestesia, para salvar el organismo. Eso es lo que no entienden los de ahí afuera. Y cuando los traen peor. Te escupen, te putean, te desprecian, y yo ya tengo bastante con el desprecio de —la mira como si estuviera a punto de confiarle algo. Por fin bebe hasta vaciar el vaso—. No voy a aguantar que un comunista traidor a la Patria me desprecie —levanta el dedo, como quien va a hacer una advertencia—. Pero no lo hago por gusto, no se equivoque, lo hago por deber. Me digo, ésta es una misión que tenés que cumplir, Escualito, esta vagina, estas tetillas son tu blanco, a esta mano tenés que arrancarle las uñas porque si no la Patria va a caer bajo un poder extranjero, pienso en la bandera flameando contra el Cielo y entonces... Una vez, en cuarto grado, me tocó izar la

bandera, y no sé, cuando escuché *Aurora* y vi que subía a lo más alto porque eran mis manos las que la hacían subir, no sé, a lo mejor ese día me juré que iba a defender a la Patria contra cualquiera que la atacase. Son los ideales, uno no es nada sin ideales, usted debe entender esas cosas —lleva el vaso a la boca pero se da cuenta de que está vacío. Intenta llenarlo pero la botella también está vacía; fugazmente mira el vaso de la prisionera—. Lo peor no son los que gritan —dice abruptamente—, ni siquiera son los que insultan; lo peor son los que lo miran a uno en silencio. Por eso lo más conveniente es tenerlos con la capucha, pero a veces... Uno se da cuenta de que no saben nada y sin embargo se creen con derecho a mirarlo a uno de esa manera. Son los que se sienten íntegros hasta último momento, esos son el verdadero enemigo, porque esos creen que tienen la verdad. Hay que liquidarlos sin asco. Y sin odio, no se crea. A veces ni ganas tengo de ir, siento como náuseas, no sé, y sin embargo el Halcón da la orden y ahí estoy, cumpliendo con mi deber. ¿Entiende lo que le quiero decir? Éste no es un trabajo agradable. Necesario sí, pero no agradable —se encoge de hombros—. A otros les gusta, no lo discuto, pero a mí no. Yo llego a mi casa cansado, sin ganas de problemas. ¿Sabe cuál sería mi sueño? Encontrar una casa con hijos que me pidan todos juntos que los lleve a babucha. Eh, eh, no hagan ola, todos al mismo tiempo no, les diría yo. Pero mi mujer no quiere, no sé, se siente superior, cuando llego a mi casa está con una novela o con una revista y ni siquiera se digna a mirarme. Superior a qué, digo yo, si la que leyó de verdad es usted, no ella, uno en seguida se da cuenta, pero usted no me mira mal, usted me respeta. Yo querría, son sueños que uno tiene, se ve tanta porquería por acá que si uno no sueña un poco, no sé, no sé dónde iríamos a parar. Yo querría volver a mi casa y encontrarme a alguien como usted, y que yo me pudiera olvidar un poco del trabajo y que me acariciara la cabeza, así, así, se siente una paz tan grande así, la vida parece tan agradable, creo que me voy a quedar dormido.

*

Pero *El cuarenta y uno* era otra cosa, dice; mostraba una zona de penumbra, un juego ambiguo que volvía más complejo pero también más heroico el ser revolucionario. Imagino la cara de Garita al escucharla: no cree demasiado en su historia, es decir, cree que oculta —o que se oculta— algo. Cada vez que da vueltas alrededor de su famoso ser revolucionario (me dice cuando todos se van y puede

mostrarse tal cual es) o se pierde, entusiasmada, en las novelas que leían, en las películas que les gustaban, en los festones que no sabían hacer, yo creo que está demorando algo que ni ella sabe qué es. Garita se ha tomado esto como una especie de trama policial: quiere a toda costa descubrir al asesino. ¿Y yo? Yo quiero descubrirla a ella. ¿O descubrirme a mí misma? Algo que se me quedó cristalizado en Viena, antes de venir, y que, con toda esta muerte, pugna por saltar en pedazos. ¿Qué oculta la vieja que revuelve potajes en su cocina y escucha como una fisgona historias ajenas? A veces la imagino preguntándose algo así y me siento halagada. Aunque tal vez me equivoco: tal vez ni siquiera piensa en mí porque está muy ocupada en sí misma. Ahora está explicando que la mujer —rubia y alta, de pelo corto, así la recuerda— luchaba por el comunismo, y él —le parece que también era rubio, aunque no puede asegurarlo— era un ruso blanco. Él luchaba contra la revolución. Él ha caído prisionero de los revolucionarios y la que tiene que custodiarlo es la mujer rubia. Están en un lugar solitario, una playa, cree, porque se acuerda del mar. Todo maravillosamente armónico, dice, los ojos azules de los dos, la arena dorada, la soledad, el mar. Se enamoran como a veces se enamora la gente, no sólo en las películas. Cosa curiosa el amor, dice, y se pierde como a veces se pierde cuando se olvida del cerco de piedra que se ha impuesto. Interesante observarla en esos momentos, habla confusamente, aunque se puede apreciar cierta coherencia subterránea, más sugestiva que la que se esfuerza en demostrar cuando habla de su historia. Ahora se ha olvidado de ella, está perdida en los azares del amor —la improbabilidad de que dos que podrían amarse se encuentren, dice, las circunstancias fortuitas del encuentro —. La revolucionaria y su prisionero se aman con embriaguez, dice, pero también con desesperación, porque los dos saben, o ella sabe —porque la causa que al espectador le importa, la causa generosa y abierta al porvenir, es la causa de ella— que elegir esta embriaguez, esta dicha, es traicionar la esperanza de otros, ¿y la propia esperanza, el sueño que a la mujer rubia la constituye como ser humano?, se pregunta.

El agua ya ha roto el hervor. Momento de retirar el bacalao. Y poner al fuego la cazuela con los ajos, importante tener ya preparados los trozos de puerro y de papa. Aprecio el aroma que con suavidad empieza a expandirse y ha de llegarles como un regalo, o como una promesa de regalo, a través de la puerta entornada detrás de la cual el prisionero está huyendo; entiendo que un compañero le ha conseguido una pequeña embarcación. Ella lo ve desde la playa, observa cómo se aleja. Entonces, con los ojos llenos de lágrimas pero con el pulso firme, apunta con su fusil. Una revolución que dará vuelta el siglo está

en juego. La rusa llora y el cine también llora, dice. Hay un momento de inmovilidad, un momento en el que todo es posible. Después, inexorable, la rusa dispara.

Se desencadena una discusión. ¿Es verosímil el desenlace? ¿Es ético? ¿Qué es lo ético? Lo único ético —el tono de ella es terminante — era elegir la causa trascendente, en este caso la causa de todo un pueblo.

Pongo los ajos fritos en el mortero y los trozos de puerro y de papa en la cazuela, junto con el bacalao. Dejo rehogar. Pienso si no le habrá hecho cierto daño, si no le habrá tupido la cabeza como al buen Quijano los libros de caballería, que su heroína haya llegado tan fácil hasta el disparo vindicador. Tal vez le habría, hecho falta un poco de perplejidad, la escena detenida un segundo antes de la detonación (agrego el agua de la cocción del bacalao, tapo y dejo cocer a fuego lento, tiempo de machacar los ajos), el fin de la película cuando la protagonista aún apunta y llora. Para que sintiera en carne propia ese vértigo de sospechar que uno es vulnerable de trastabillar en muchos adoquines antes de la victoria y de la muerte. En fin, dejemos la cazuela a fuego lento. En una hora estará lista la porrusalda.

*

Que fue curioso escucharlo decir eso, me. Dirá la prisionera, porque ella en ningún momento le había acariciado la cabeza. Simplemente lo había contemplado mientras, sentado en el suelo, él hablaba y hablaba, primero con los ojos fijos en la botella, después con la mejilla apoyada en el borde de la cama, hasta que poco a poco se fue quedando dormido. Que ganas de acariciarlo no le habían faltado porque los hombres pendencieros que con ella se mostraban desvalidos siempre le habían inspirado ternura. No era la primera vez que le pasaba (me dirá); más de un gallito había mostrado la hilacha ante ella, y eso le producía placer y también orgullo. De modo que su impulso natural había sido realmente el de acariciarle la cabeza apenas él apoyó la mejilla en la cama y nombró a su mujer, sólo que él la sorprendió con eso de «que me acariciara la cabeza, así, así», como si le bastara con imaginar la situación, o como si no se permitiese tanta confianza. O no se la permitiese a ella, y eso fue lo que realmente la acobardó. De modo que detuvo el impulso resignándose a escuchar con las manos quietas el monólogo de él, cada vez más

apagado, hasta que se quedó dormido y ella también, por fin, se durmió. «Así fue la primera noche que dormimos juntos», me dijo para terminar.

—Sí, tenía sentido del humor —diría sombríamente Diana—. Siempre fue una característica nuestra, el humor.

Se equivocaría. La prisionera carece de eso feroz y despiadado, pero al mismo tiempo ecuánime y omnicomprenslvo que es el humor. Puede entender, y hasta idear, algo gracioso, pero no habrá en ella el más leve atisbo de una risita interna mientras me hable del dormirse del Escualo y, al mismo tiempo, acune a la niña. Ni siquiera se puede estar seguro de que la frase «Así fue la primera noche que dormimos juntos» tenga un matiz humorístico. Tal vez lo dirá con un dejo de romanticismo, aludiendo a un rito que se inició en condiciones precarias pero añoradas, como Swann nombraba las catleyas. O simplemente estará señalando un hecho objetivo. *La primera vez que dormimos juntos.* Un acontecimiento aislado, mero producto de una borrachera que ha anulado las inhibiciones y le ha permitido al Escualo hacer aquello que deseaba; apoyar la cabeza cerca del cuerpo de la prisionera y dormir. Un pequeño paréntesis que termina a la mañana, apenas los dos abren los ojos. Hay una breve disculpa por parte del Escualo y una amplia sonrisa hospitalaria por parte de la prisionera. Pero seguramente perdura en los dos cierto sedimento de ternura, cierta fina red que ya está tramando una historia de amor.

Once

Un buen marido judío como el suyo, le decía la madre a mi madre, me contaba mi madre —dijo Diana—, un marido que llegase a casa al caer la noche trayendo un paquete. Y le confesaba (me contaba mi madre) cómo le gustaba observar a mi padre desde su ventana, cada anochecer, cuando aparecía por Cangallo camino a mi casa, silbando con aire lejano. O esto último no lo decía, lo estoy imaginando yo, distraído como fue siempre, silbando *Mano a mano* o uno de esos valsecitos criollos que bailaba tan bien mientras pasaba debajo de la ventana de la señora Ordaz con algo envuelto en impecable papel blanco debajo del cual la que lo miraba (aunque no se lo decía a mi madre) debía soñar la felicidad. Y tal vez no se equivocaba: ahí venía guardada la pequeña fiesta nocturna, unos pepinos agridulces, un arenque en salmuera, un trozo de *apfelstrudel,*

un milagroso aparatito pelador de arvejas ofrecido por un vendedor callejero a cuyo embrujo no había podido resistir, un objeto que iluminaba la noche, la privilegiaba, así que visto a la distancia no era tan absurdo lo que le decía la madre a mi madre, me contaba mi madre sin disimular su orgullo, aunque yo entonces escuchara con cierto escepticismo ya que, más que la pequeña ceremonia nocturna del envoltorio blanco, añoraba un padre que hablara con elocuencia de la escuela pública y dijera prohombres o figura señera como quien dice *pletzales* con cebolla, así que no le veía la ventaja a tener un buen marido judío igual que el suyo, como le decía la madre a mi madre, me contaba mi madre. Y ya que las dos sabemos, querida señora, que a esta altura de los acontecimientos eso es imposible, lo que le pido a Dios es que sea Leonora la que algún día, cuando sea grande, tenga un marido así, un buen marido judío que se preocupe por la casa y esté casado con ella y no con la política, le decía la madre a mi madre.

*

Y en esta grata tarde de diciembre siente que Dios la ha escuchado. Cierto que el hombre con quien animadamente conversa bajo el laurel y a unos pasos de la pileta arriñonada de agua turquesa, este joven tan cortés no se parece al buen marido judío que muchos años atrás ha soñado para su hija, pero también es cierto que la vida le ha enseñado a desconfiar aun de los maridos judíos. Su yerno, Dios lo haya acogido pese a todo en su santa gloria, ese muchacho tierno y hermoso a quien ella había conocido vestido de marinero y de quien había pensado «por fin llega alguien para atemperar el carácter indómito de mi única hija», ha resultado al fin de cuentas más indomable que ella, por algo ha muerto acribillado en tanto que a su hija —¡parece un sueño!— puede verla ahora mismo en el agua turquesa abrazándose una y otra vez con Violeta como si ninguna de las dos pudiera creer en la dicha del reencuentro. De modo que, aunque el joven con quien conversa no se parezca al buen marido judío del paquete inmaculado, se ve enseguida que es una persona educada y con la cabeza bien puesta; le está hablando de estos jóvenes que se han trastornado con mentiras foráneas, del duro correctivo que muchas veces hay que aplicar, y ella está en un todo de acuerdo con él.

Su propio marido —siempre tan exigente— ha ponderado la corrección de este joven y debe saber por qué. Luego de la madrugada

en que por primera vez ha escuchado la voz de su hija en el teléfono —«Estoy en la Escuela y estoy bien», le dijo que dijo, «y de ahora en adelante todo depende de mí. Y de vos. Te paso con otra persona»—, luego de esa madrugada su marido ha hablado varias veces con este joven tan amable. Y no sólo con él —le ha dado a entender—, también con otros que están mucho más arriba. No ha dado más detalles ni ella ha querido averiguarlos: los entretelones políticos nunca le han interesado.

Lo que sí le interesa es que a este joven le debe la primera alegría que ha tenido en estos tiempos. No olvidará el timbre del teléfono a las tres de la madrugada, y luego la explicación lacónica de su marido: «Era el Capitán; dijo que bajemos; nos van a entregar algo desde un auto». Tampoco olvidará la espera, los dos agotados en la noche silenciosa, ni el Falcon derrapando al doblar desde Salguero y amortiguando apenas la velocidad al acercarse a la casa para tirar un cuerpo en el que ella, al principio, como si las peores pesadillas pudiesen volverse realidad, creyó ver el cadáver de su hija. Pero no, ahí estaba su única nieta, dopada por los calmantes pero entera, el pelo rubio desgreñado, el llanto apenas audible.

Además el joven ha cumplido con su promesa. Todo está ocurriendo como ha sido planeado. Dos hombres en un auto han venido a buscarlas a la hora prevista y las han traído hasta esta quinta tan hermosa. Salvo por los anteojos oscuros y forrados en papel de diario que les pusieron a las dos, todo se ha desarrollado con absoluta normalidad. *A la nena para qué,* habría querido decir ella, y hasta habría podido agregar: *Y a mí para qué, si les estaré eternamente agradecida y rezaré cada noche por la salvación de sus almas,* pero estudiando un poco la cara de los dos hombres ha preferido no decir nada. Le ha resultado extraño, no puede negarlo, avanzar en un auto a ciegas en compañía de dos desconocidos hacia quién sabe dónde, sintiendo, como única cosa familiar, la mano de Violeta muy apretada a la suya, y pensando si experimentaría la misma extrañeza que ella aunque tal vez no, ha presenciado tantas cosas en sus diez años de vida, ha visto, hace apenas tres semanas, morir acribillado a su padre aunque jamás habló de eso, sólo por la noticia del diario la señora Ordaz se ha enterado, y ahora, por lo que a medias ha podido escuchar que su hija le contaba a Violeta en el agua, que papito murió en mis brazos, que antes me dijo que nos quiere mucho a las dos y que te cuide, mientras a su lado, el joven ha carraspeado y ha parecido momentáneamente distante de la conversación. Y ahora está sentada a la sombra fresca del laurel conversando con este joven tan educado y observando el espectáculo que más ha podido anhelar en estos tiempos: su nieta, sonriente por primera vez desde aquella madrugada,

abrazada a la cintura de su hija, que ahora nada de espaldas conduciéndola, que ahora hace un túnel con las piernas para que Violeta pase debajo, que se hunde en el agua y emerge, la cabeza hacia atrás, el pesado pelo chorreando, la cara radiante mirando al cielo, tan hermosa con esa malla de pequeñas flores (demasiado femenina, había pensado, e involuntariamente; se le había ocurrido que su propietaria debió ser de las que horneaban bizcochuelo y se pintaban las uñas de rosa tenue. Qué pudo haber hecho para que su malla esté acá, había pensado, y había sacudido la cabeza con energía para espantar ese mal pensamiento. Hoy era una mañana feliz, por primera vez le habían sacado el grillo de la pierna y por primera vez iba a ver a su hija. Le pareció que el Escualo, que esperaba a su lado la elección de la malla, comenzaba a impacientarse. «Esa que tiene en la mano, seguro que le va a quedar muy bien», dijo. «¿Le parece?», preguntó la prisionera con cierta coquetería. «Entonces la llevo y listo.») tan femenina, lo cual demuestra que está cambiando, y el hombre que ha estado conversando con ella y ahora se pone de pie y se acerca a la pileta ha de tener mucho que ver con ese cambio.

Caballerosamente extiende su mano para ayudar a salir a la mujer con malla de pequeñas flores; después alza a la niña y la besa en las mejillas. El cuadro es tan emotivo que le hace humedecer los ojos. Si no fuera por los cuatro hombres armados que, a pocos metros de la pileta, observan cada movimiento de los protagonistas, ella se atrevería a decir que esto es tan bello como un sueño.

*

Una ironía, dijo al fin, porque Fernando en cierto modo era judío, al menos por parte de padre. Pero el mundo no es un conjunto tan bien ordenado como le parecía a la señora Ordaz. Me alegra que a veces lo reconozcas, dijo Garita. Viven peleándose, reflexionó la Bechofen mientras con delicadeza echaba tres cucharadas de páprika, una de extracto de tomate y una taza de agua a la cacerola donde se doraba la cebolla; como si ése fuera el único incentivo que los dos les encuentran a estas reuniones. Aparte de mi presencia, espero. Y sonrió mientras revolvía el contenido de la cacerola: le resultaba placentero observar su propia vanidad y otros de sus pecados personales; sobre todo, le resultaba placentero que ya no la angustiaran: se dedicaba a ellos con verdadero interés científico, aunque esta vez algo de origen incierto había tironeado su atención, algo que no podía determinar.

Echó las presas de pollo en la cacerola.

Me parece que tenés una idea equivocada de mí, dijo Diana, con un tono menos beligerante que el habitual (tal vez adivina que la escucho detrás de la puerta de la cocina, pensó la Bechofen, y quiere mostrárseme más serena de lo que es). Yo no creo que el mundo esté bien ordenado, más bien todo lo contrario. A lo mejor por eso trato de preservar, o no sé, trato de recuperar lo que alguna vez estuvo bien, lo que todavía guardaba cierto orden. Arenques en salmuera, involuntariamente se le cruzó a la Bechofen, y se dio cuenta de que era eso lo que unos segundos atrás había atrapado su atención, esa nota inusual en el discurso de Diana Glass, como si pese a todo algo se le saliera de madre, pequeños cataclismos deformándole la estructura cristalina que obcecada se empeñaba en urdir. Arenques en salmuera, eso era lo que estaba bien, lo poco que (como ella había dicho) guardaba cierto orden. Como este *Páprikas csirke* que luego comeremos alrededor de la mesa y que pasajeramente nos hará regocijarnos y olvidar la muerte. Pequeños momentos armoniosos, o melancólicos, o absurdos, que desaparecen apenas uno los saca de su aislamiento pero que sin embargo están ahí, tan incrustados en la historia que desecharlos por triviales sería estar contando otra cosa. O estar contando el vacío. Eso es lo que ella se empeña en no ver y yo tal vez no le voy a decir porque igual, si va a aprenderlo, va a aprenderlo sola.

Sólo una ayudita, se dijo, y volvió a sonreír porque lo que acababa de ocurrírsele no era un acto de generosidad sino una pequeña puesta en escena para pasar durante un segundo a primer plano. Escuchó los ecos de una discusión general, escuchó la voz sarcástica de Garita —«Me gustaría saber qué es lo que alguna vez guardó cierto orden»—, y las palabras de Diana, ligeramente amenazantes.

—Así que te gustaría saber qué-es-lo-que-alguna-vez-guardó-cierto-orden —dijo, amenazante o dándose tiempo.

Y antes de que pudiera darle forma a una explicación o lo que fuese que iba a pronunciar, la Bechofen abrió la puerta de la cocina y, disfrutando de antemano el discreto estado de estupefacción que provocarían sus palabras, dijo:

—Arenques en salmuera.

*

Aprovechando los largos atardeceres de verano suele salir a caminar con el Escualo. No tienen muchos temas en común pero se las arreglan: conversan sobre Violeta, sobre la madre de la prisionera (que al Escualo le ha resultado una mujer muy agradable) o sobre aspectos generales del trabajo. El trabajo es duro, no lo dudes (ya se tutean), ellos pueden estar en la iglesia, en una escuela, uno no puede cometer errores porque si deja que se le escape alguno, de ese que se escapó va a brotar la subversión, como la mala hierba. En estos casos la prisionera participa poco, pero no puede dejar de admitir que, estratégicamente hablando, lo que dice el Escualo es cierto. Resulta inevitable: se piensa en términos estratégicos como se piensa en términos matemáticos, y la prisionera siempre ha tenido una gran capacidad de abstracción, por algo ha estudiado física; el secreto reside en no imaginarse los cuerpos de carne y hueso. Por fortuna, a la mayor parte de esos cuerpos ni los conoce.

Hay excepciones, claro, la chica de las pecas en la nariz de cuyo nombre no quiere acordarse, ya no le quedaba ni aliento para gritar, le había dicho el Escualo temblando de rabia en uno de esos momentos infrecuente s en los que, tal vez por impotencia o porque esperaba de ella una explicación de lo incomprensible, se refirió a su trabajo en términos concretos. Le busqué los puntos más sensibles —evitando, por delicadeza, mencionar esos puntos— e igual seguía mirándome, los labios apretados, sin pronunciar una sola palabra. «Cómo se llama», había dicho la prisionera, tal vez presintiendo algo, y una vez que escuchó el nombre: «Yo la conozco; hay que saber cómo tratarla». Tal vez la recordó como la había visto la primera vez, el cuerpo menudo, las pecas en la nariz, el ímpetu con que decía «cambiar el mundo» y «los enemigos del pueblo». Hija de burgueses, se acordó que había pensado, y que le dijo: «¿Te fuiste de tu casa?». «Eso es cosa mía», contestó la chica con arrogancia. Tenía dieciocho años y quería entrar en acción ya mismo. Ella había tenido que emplear su mejor estilo persuasivo para convencerla de que valía más una pequeña tuerca bien puesta en la maquinaria de la lucha revolucionaria que una adolescente desaforada poniendo bombas a tontas y a locas. Que el tiempo de los románticos anarquistas suicidas ya había pasado, le dijo, que ahora existían cuadros bien organizados, y jerarquías, y donde manda capitán... Vio la mueca de desprecio a la altura de la palabra <«jerarquías» y debió apelar a toda su seducción y toda su autoridad para revertir la impresión adversa. La convenció tan bien que la chica, mientras estuvo a sus órdenes, fue la más

obediente, y la más disciplinada de sus soldados.

«Vas a perder el tiempo», le había dicho el Escualo, «conozco el material»; pero la prisionera insistió: porque siempre le había gustado esa chica, y porque se tenía fe. La vio desnuda, sangrando por la boca y por los genitales, la cara irreconocible. La nombró con suavidad, como si la acariciara. Los ojos azules se abrieron como si le pesaran y, al principio, pareció que no veían nada, o que no comprendían lo que estaban viendo. Después algo se avivó en esos ojos, un destello de estupor o de espanto, algo que hizo que la prisionera quisiera irse de allí, huir de esa mirada para siempre. No se fue. Ingenuamente hizo un último intento por salvar a esa chica. En un tono persuasivo que las dos conocían le dijo que hace falta ser muy valiente para admitir los propios errores, que confiaba en que la chica lo fuera, que tuviera el coraje de aceptar, como ella misma había aceptado, que habían elegido el camino equivocado, que además estos hombres no eran como la chica pensaba, que dentro de cada uno, aunque pareciera el enemigo, alentaba una razón que era muy importante atender, que la chica era muy joven, tenía toda la vida por delante, que la vida es sagrada, que Dios. «Traidora hija de puta», oyó; «escucharte es mucho peor que la picana». Y no oyó más porque el Escualo dio la orden de que la sacaran de allí. «Te dije que era un caso perdido», alcanzó a murmurarle antes de que se fuera. La prisionera trató de no pensar en el episodio, y sobre todo trató de no imaginar, ese miércoles, que entre esos cuerpos que arrastraban cadenas iba la chica, tal vez soñando con la liberación, tal vez adivinando su destino, tal vez maldiciéndola a ella. No quiso imaginar el cuerpo menudo, atado con alambre, volando desde un avión hacia el río para cancelar, sin apelación, eso que la prisionera, con verdadera fe, había calificado de sagrado.

Otros temas sobre los que suelen conversar son: el intenso calor, el antiguo barrio de la prisionera, el antiguo barrio del Escualo, las pocas personas que los dos conocen —Seisdedos, el Ángel, el Doctor, algunos prisioneros, algunos guardias—, la última película que han visto en la sala de la Escuela, el imperceptible modo en que los días se van acortando. Nimiedades que sin embargo vuelven gratos estos paseos en los largos atardeceres de verano.

*

Arenques en salmuera, dijo la Bechofen, y se quedó contemplando complacida, desde la puerta de la cocina, el breve estado de encantamiento que habían provocado sus palabras. Le gustaban estas pequeña;; sorpresas, o estados de ambigüedad, en los que el destinatario debe decidir si está ante una enigmática lección que debe descifrar para acceder a la sabiduría o ante un mal chiste de una vieja excéntrica. Es todo lo que puedo hacer por ellos, pensó. Prepararlos para lo inesperado. Se miró con cierta melancolía la mano con sus pequeñas manchas de vejez. Aunque nunca se está del todo preparado, se dijo. Hizo una pequeña reverencia y volvió a entrar en la cocina.

Doce

Una tarde de mediados de marzo, cuatro meses antes de la partida, el Halcón ha entrado súbitamente en el habitáculo de la prisionera. Ella se ha puesto en guardia. La entrada del Halcón siempre la pone en guardia. No porque él no la respete; según ha observado la prisionera, a esta altura él ya se ha dado cuenta de que no es tan fácil de seducir como algunas otras, sólo que no se resigna a no acostarse con ella. Esta vez, sin embargo, la mirada levemente libidinosa que suele emplear con la prisionera ha pasado a segundo plano. Tiene algo importante que comunicarle.

—Va a encontrarse con un conocido —le dice.

La prisionera no se alegra. Una semana atrás también le ha traído a un conocido: el antiguo estudiante de Ciencias que la ha señalado en la calle Montes de Oca. No era la primera vez que lo veía, sólo que esta vez venía a hacerle una propuesta concreta. «El Halcón dice que con vos se puede hablar», le había dicho, y la invitó a unirse al *staf!* «La acción ahora está de este lado», le había dicho. Y eso era, justamente, lo que necesitaba la prisionera: acción. Siempre había tenido una clara misión en la vida, aun dos meses atrás, cuando apasionadamente contaba y sistematizaba la historia de la Organización, podía repetirse una y otra vez: «El Almirante me va a admirar: ni se imagina el informe que le estoy escribiendo», y sentía que estaba cumpliendo una misión. Pero en los últimos tiempos sólo realizaba tareas aisladas —hablar con algún prisionero, opinar sobre algún acontecimiento político, hacer alguna traducción del inglés—; el resto del tiempo flotaba en el vacío sin otro consuelo que la promesa de que volvería a ver a su hija, las salidas con el Escualo, y el refugio de Dios. Pero no era tan sencillo: para entrar en acción necesitaba estar convencida. Y lo que le había propuesto su visitante no la convenció: marcar porque sí gente para la muerte, por ejemplo, no era cosa suya.

Por eso, las palabras del Halcón no la alegran. «Va a encontrarse con un conocido.»

Lo ha dicho, y ha hecho una pausa un poco teatral. Por fin sigue:

—Alguien de buen nivel, como usted. —Clava los ojos en la

prisionera con una mezcla de seducción y amenaza. Dice: —El Almirante tiene muchas esperanzas en este encuentro. Está seguro que de ahí puede salir algo que valga la pena.

Unos minutos después la prisionera, sin muchas esperanzas, lo está siguiendo por un corredor.

Se detienen ante una puerta. El Halcón le hace una seña al guardia que la custodia. El hombre saca un juego de llaves, selecciona una, y da dos vueltas a la cerradura. Pero el encargado de abrir la puerta es el Halcón, como si le correspondiera a él este momento de suprema autoridad en que deja al presunto ocupante, de golpe y sin escapatoria, expuesto a la vista de los otros.

La prisionera mira hacia adentro y no puede contener un grito. Es un grito de sorpresa pero también, y sobre todo, es un grito de alegría. Ante una pequeña mesa, con esa expresión un poco irónica y ese aire de calma que ella tan bien conoce, mirándola con inocultable emoción, está sentado el Tordo.

*

La noche del viernes de la partida llueve. Por eso, en el cuarto piso (por escalera) de la casa de Almagro se han reunido sólo unos pocos integrantes del taller de Garita. Diana Glass está —inexplicablemente sigue viniendo cada viernes desde hace ocho meses a escuchar textos que no siempre tiene ganas de escuchar, y a leer fragmentos de una historia cuya figura nunca aparece, cosa que Garita, entre tragos de whisky y vahos de marihuana, le hace saber. Ahora mismo se lo está diciendo:

—Está bien, está bien —mientras por la cocina se cuela un olor delicioso a algo con manzanas y especias que se hornea—, hace ocho meses que vengo escuchando tu versión depurada de la pequeña Pasionaria, ya sé cómo se le balanceaban las trenzas, con qué fervor les hablaba a las jóvenes masas, qué bonito cantaba y bailaba, pero todavía no nos dijiste, entre otras cosas, cómo vas a empezar, si es que vas a empezar alguna vez.

—Tengo varios principios —dice Diana con sequedad.

—Sí, encanto —dice Garita—. Si ése es tu problema. Los

principios. No dejan volar el pájaro que tenés adentro, a ver si resulta un papagayo y nos desbarata los principios. Silencio la clase, que no me estoy metiendo con la ideología, eso capaz de armar una catedral con los desechos de la realidad. Hablo concretamente de tu almita estalinista, y no te enojes así, reconocé al menos que de vez en cuando te sale. Y cómo te sale. Eso es justo lo que yo digo. Que deberías tener menos principios y dedicarte, sencillita y creadora, a encontrar un principio como Dios manda para tu historia. Si es que de verdad tenés una historia.

Y contesta Diana:

—No me gusta que se juegue con mis palabras. ¿Principios y principios? Vamos, Kierkegaard, me parece un *calembour* bastante barato para una persona tan incisiva. Sé bastante bien lo que digo. Cuando digo que tengo varios principios quiero significar exactamente eso. Aunque, si vamos a ser precisos, tengo nada más que dos, y uno ya lo descarté porque no sirve, aunque a lo mejor, si te lo contara, me saldrías con tu famoso pájaro loco. Pero yo sé que el verdadero es el otro.

Y tal, vez porque afuera llueve y hace frío (casualmente es el mes de julio) y de la cocina llega un olor tan apetitoso que da pena arruinar con una actitud hostil esta pequeña posibilidad de un refugio gozoso, o porque la Bechofen, muy sonriente, acaba de aparecer en la puerta de la cocina, o simplemente por amor propio, Diana desiste de decirle a Garita lo que piensa de él y de sus palabras y, por primera vez, habla de la destemplada tarde de julio de mil novecientos setenta y uno, cuando la muerte empezaba a no ser un azar remoto y ella la esperó durante media hora en la puerta de la escuela.

*

Que cayó tres meses atrás, le dice el Tordo. Cuando yo empezaba a escribir el informe, piensa la prisionera, y sin embargo me lo ocultaron, ayer mismo me lo ocultaban; y pasajeramente se siente molesta, o un poco ofendida. Pero de lo que le ha ocurrido durante estos tres meses el Tordo no habla más que generalidades y la prisionera secretamente se lo agradece: la exime a ella misma de dar precisiones: no es fácil contar detalles sobre los pequeños actos que se realizan acá, no es fácil contar esos detalles y que se entiendan. Existe

una intimidad de los actos, una red compleja de razones que, juzgadas desde una óptica convencional, podrían parecer repudiables, pero que a la luz de una inteligencia desprejuiciada se pueden entender a la perfección. El Tordo es inteligente, a la prisionera le consta, sólo que ella todavía no conoce bien su manera de pensar, es decir, no conoce bien la manera de pensar que él ha adoptado en esta nueva circunstancia.

Lo que sí, intercambian con agudeza impresiones sobre los personajes de este ámbito, el que ahora les interesa. La prisionera, por ejemplo, le habla largamente del Escualo, a quien el Tordo conoce poco: un hombre respetuoso del deber pero capaz de conmoverse, dice; omite —considera trivial agregarlo— las charlas en su habitáculo, la excursión a la casaquinta y los paseos al atardecer en los que el contacto está latente aunque todavía no se ha producido; también le habla de la psicología de los guardias, a quienes, según los dos observan, la prisionera ha prestado mayor atención que el Tordo —«una cuestión de carácter», comenta ella al pasar—, provocándole al Tordo cierta sorpresa la amabilidad y el espíritu de colaboración de muchos de estos hombres que consigna la prisionera. Son particularmente enriquecedoras las opiniones cruzadas acerca de personajes que los dos conocen por igual. Sobre el Halcón coinciden en que es inteligente y en que haber reconocido en ellos esa misma cualidad es lo que lo llevó a privilegiarlos —no utilizan el verbo «privilegiar» que sin embargo flota entre los dos como una presencia perturbadora—. Del contralmirante al que llaman Seisdedos, en cambio, no tienen una buena opinión; es brutal y sólo admite a aquellos que están totalmente de su lado: tiene por amante a una ex—montanera que se apoda Porota: ella anda pavoneándose, comenta la prisionera, como si fuera la señora contralmirante o algo así: cuidado con ella, es más peligrosa que los milicos. Al Almirante solo el Tordo lo ha visto personalmente: una sola vez, el día de ayer. La prisionera aún no, pero sabe por el Halcón que tiene un alto concepto de ella y que próximamente querrá conocerla. Los dos tienen una noción de su proyecto político aunque el Tordo, debido a esa conversación personal, tiene además algunos datos precisos que pueden ser muy interesantes. Al Doctor sí lo han conocido los dos, aunque no especifican en qué circunstancia. Al respecto se advierte un pacto tácito de silencio, tal vez porque a la luz del presente no saben qué sentimiento les despierta; sólo aclaran que es un buen profesional y que se limita a cumplir con su deber. A modo de ilustración la prisionera cuenta que el Doctor va a asistir al parto de la pequeña Malisa, una joven ex—montanera que ella ha tomado bajo su protección. No le dice —no lo cree necesario— que fue la misma que

vino a hablarle cuando ella estaba en la mesa de torturas. «Me prometieron que el bebé se lo van a entregar a los padres de ella», dice con orgullo. No hace hincapié en que esta promesa implicaría otros destinos para otros recién nacidos, y el Tordo tampoco lo señala. En cambio acota: «Oí algo de esa chica; ¿no es la que se hace pasar por hermana del Ángel en algunos simulacros?». Al Ángel los dos lo han visto, es rubio e impenetrable, pero el episodio que ahora interesa —le dice el Tordo— no lo supo por él sino por el Halcón. Parece que el Ángel, en el fragor de un operativo, ha llevado a la muerte a una adolescente sueca. «Sí, lo sabía», dice escuetamente la prisionera. Lo que tal vez no sabe, le explica el Tordo, es que el gobierno de Suecia ha protestado y hay un creciente desprestigio internacional. «Ya tendrás noticias de que varios de los nuestros están en Europa», ha dicho el Tordo, y la ha mirado de un modo especial, «pero además están los del llano, todos aportando lo suyo en la campaña de desprestigio». Hace una pausa; la prisionera lo observa expectante; presiente un plan, una red de proyectos aún invisibles como capilares pero que sin embargo están ahí, tendiéndole otra vez una chance de darle sentido a su vida. Simultáneamente experimenta una especie de incomodidad; sea lo que fuere, es el Tordo quien ya conoce la punta del ovillo; él es quien ha discutido el episodio de la adolescente sueca y el Ángel; él, quien ha visto al Almirante. *Esto se resuelvea nivel de Secretarios Generales,* le llega de un tiempo que parece muy lejano pero que se instala en ella como un perfume recobrado.

—¿Cuál es el panorama? —pregunta. El tono es familiar. Podría reconocerlo cualquiera que la hubiese escuchado analizando un operativo, presidiendo una reunión del Centro de Estudiantes, conspirando con otras adolescentes de guardapolvo blanco bajo un techo de glicinas. Es un tono contundente y ejecutivo: escucharse le hace bien.

El Tordo da una explicación sucinta. A partir de esa explicación todo toma un rumbo normal. Las dos cabezas juntas cambiando impresiones, la mano firme de la prisionera diseñando con un marcador algo que no estaba en el papel pero que va naciendo al calor de sus inteligencias, las voces calmas pero al mismo tiempo apasionadas ideando cada detalle, la voz de la prisionera, esta vez entusiasta, proponiendo un nombre —propicio, esperanzado para el proyecto, todo lo que está ocurriendo ante la mesa de este pequeño cuarto tiene la sal de un renacimiento. Si no fuera por los pasos del guardia que, al parecer, anda y desanda un pequeño trecho detrás de la puerta, si no fuera por el disimulado sobresalto con que escuchan que alguien decidido se encamina hacia esa puerta, si no fuera por el gesto autoritario, presuntuoso, con que esa puerta ha sido abierta, un

observador neutral podría afirmar que el Tordo y la prisionera aún son aquellos que han sido.

—¿Cómo va ese proyecto, estimados jóvenes? —dice el Halcón.

Los dos, amables aunque con cierta guardada ironía, le sonríen.

*

La historia comenzará, dice, una destemplada tarde de julio de mil novecientos setenta y uno, año en que la muerte dejó de ser un azar remoto aunque ni siquiera sospechábamos, está pensando, que llegaría a ser esto, la sirena estremeciéndonos ahora mismo a pesar del olor sustancioso que se cuela por la puerta de la cocina, o el pavor de una tarde de febrero a la hora de la siesta, yo caminando por Azopardo, ni un alma por la calle y un calor que me caía sobre el cuerpo como una masa de aceite hirviente, ni un alma salvo un soldado en la puerta de un edificio de mármol, apuntando con una ametralladora; para qué, pensé, mientras pasaba delante del soldado, sintiendo su mirada sobre mi cuerpo y después detrás de mi cuerpo porque yo ya había pasado la puerta de mármol e imaginaba esos ojos siguiéndome y me preguntaba, empapada por el terror, qué puede hacer un soldado con su ametralladora bajo este sol feroz, que es lo único que puede hacer para librarse por fin de este silencio, de esta inmovilidad, de este gesto absurdo de apuntar al vacío para nada, sin animarme siquiera a apurar el paso a fin de evitar toda perturbación que pudiera despertar al soldado, sacarlo de su estado cristalino hacia la fácil, instantánea acción, pum, muerta en un enfrentamiento, cuál libro de historia dará cuenta de este pequeño terror que yo ni siquiera concebía esa fría tarde de julio de mil novecientos setenta y uno, aunque algo empezaba a gestarse, dice, por eso la ansiedad de la que espera, mirando a la esquina de Cangallo y a la esquina de Díaz Vélez para —no perderse la dicha de verla llegar. ¿O el alivio?, piensa, y se pregunta si no estará falseando un poco las cosas, si desde el vamos —y por una razón que nunca se ha animado a analizar— no estará distorsionándolas un poco y entonces su intención ya ha sido traicionada —por ella misma— desde el arranque. Y tal vez ustedes se pregunten, dice, por qué la historia tiene que empezar ahí, cuando ya casi todo ha terminado, pero yo creo qué ése es el punto, el momento en que la que espera toma conciencia del riesgo real que corre la esperada. A partir de ese punto la historia avanzará (hacia dónde,

piensa con espanto) y retrocederá hasta abarcar la vida entera de la esperada. O mejor: aquello que, la que espera, conoce de esa vida.

Se va a señalar, dice, cómo la que espera mira el reloj. Ya ha pasado casi media hora y ella tiene miedo pero sabe que no se irá aunque tenga que quedarse en la puerta de esa escuela hasta el fin de sus días (ahí se analizará la naturaleza de la lealtad y también —o eso más adelante— el aprendizaje de la lealtad). Hasta que por fin, cuando mira hacia Díaz Vélez, la ve. O más que verla —y ya se sabrá por qué— la reconoce: por la manera de caminar y por el modo en que la saluda con el brazo en alto. Fugazmente es como si el tiempo no hubiese pasado, como si, en cierta zona protegida, las dos siguiesen siendo las mismas que han sido. De modo que la que espera, olvidada del miedo, también levanta el brazo. Y el terror la arrasa. Porque a medida que la mujer se acerca, lo que había sido familiar se va volviendo cada vez más extraño. Pero para entender esto (dice mirando a la Bechofen, y a Garita, y a toda la pequeña audiencia que en la noche de la partida está reunida en un lugar abrigado y aromático mientras afuera hace frío y llueve), para comprender el fenómeno que se verificó en la que espera hay que conocer a fondo la naturaleza del miope. Y hace una pausa para beber un vaso de vino caliente y azucarado que la Bechofen, valiéndose de un cucharón, acaba de servirle.

*

—Hemos tenido una iniciativa.

La prisionera acaba de decirlo tres meses y medio antes de la partida, cuando aún ni ella ni los otros cuatro que rodean la mesa sospechan una salida secreta en una noche de frío y lluvia.

—Hable —ordena Seisdedos.

—Hemos planeado la conformación de un grupo de tareas —dice la prisionera.

Alrededor de la mesa, Seisdedos, el Halcón, el Escualo y el Ángel no ocultan un gesto de desconfianza. Parece una burla: son ellos mismos, para sus operaciones, quienes constituyen grupos de tareas.

—¿Qué creen que están inventando, señora? —dice Seisdedos,

con desdén.

Pero acá el que cuenta no es Seisdedos, piensa la prisionera; ni tampoco son los otros tres. El que cuenta es el Almirante, y su presencia pesa sobre esta habitación como una ley. Es en él en quien piensan los cuatro que rodean la mesa, y es ante él que se ostenta la recobrada seguridad de la prisionera.

—Déjeme terminar, señor contralmirante —dice—. Lo novedoso del proyecto es, ante todo, el nombre que tendría —los va mirando a los cuatro, uno por uno—. Grupo de Recuperación, propongo que se lo llame.

Seisdedos la observa con suspicacia.

—¿Recuperación por qué? —pregunta.

«Porque vamos a recuperarlos de la muerte», le ha dicho al Tordo. «Sólo a unos pocos, tenés razón, pero es lo mismo: yo lo veo como un modo de la resurrección. »

—Hay gente recuperable —dice—, eso ustedes lo saben mejor que nadie. Gente que está en condiciones de ver sus propios errores y entender el porqué de lo que ustedes hacen. Pero no les resultaría fácil colaborar con ustedes. Ya se sabe que «colaboracionismo» es una mala palabra.

—Para ustedes —dice Seisdedos con ferocidad.

—Se trata justamente de *nosotros,* señor contralmirante, si no entendí mal el objetivo del señor Almirante. De cómo ganarse la confianza de algunos de nosotros. Creo que estamos en mejores condiciones que ustedes para conseguirlo. Acá hay gente muy capaz, y creo que al señor Almirante le interesa esa gente —mira al Halcón, quien levemente sonríe—. Tengo entendido que afuera se está creando una imagen negativa del gobierno argentino. Nosotros podemos ayudarlos a volverla más favorable. Pero para eso hace falta un equipo de gente capaz. A eso iba. Digamos que se necesita un traductor de italiano y resulta que acá hay uno excelente. Ustedes nos lo traen y nosotros nos encargamos de recuperarlo. Recuperación mediante el trabajo, ésa es la idea. Y así se irá formando el equipo de gente que necesitan.

—¿Necesitamos para qué? —dice Seisdedos.

—Señor contralmirante, no perdamos el tiempo —dice el

Halcón—. La señora sabe perfectamente para qué ha sido convocada. No es un secreto que debemos revertir la imagen que estos hijos de puta están propagando dentro y sobre todo fuera del país. Gente capacitada como ellos es la que nos puede ayudar con los métodos y con el lenguaje que hay que usar. Ahora, por si hubiera pocos problemas, se están reuniendo las madres de estos delincuentes; y usted sabe que la palabra «madre» tiene un poder que puede tornarse peligroso. Hay que saber qué traman, meterse en sus filas, simular ser uno más entre ellos, pero para eso hay que saber cómo hablan, qué cosas los convencen. Para resumir: el Almirante quiere conocer el movimiento desde adentro. ¿Quiénes mejor?

—Por eso mismo —dice la prisionera—. Nosotros podemos proporcionar métodos y seleccionar a la gente —hace una pausa—. Y formarla. ¿Entonces le parece adecuado el nombre, señor contralmirante?

—Palabras, palabras —dice Seisdedos—. Las palabras no sirven para nada.

—Tienen un indudable efecto psicológico —dice el Halcón—. No olvidemos sobre qué elemento debemos actuar.

—A eso justamente me refería —dice la prisionera.

—Me cago en la psicología —dice Seisdedos—. Quiero ver hechos.

*

El hecho es que se produce una pausa. Una pausa nada trivial porque en ella se bebe vino caliente con azúcar, canela y una vaga reminiscencia de limón, mientras afuera llueve. Y ya que ese vino provoca un estado de algarabía por el que todos pueden momentáneamente olvidarse de sí mismos y de la muerte (el refugio, hija —le va a decir la Bechofen, pero mucho después, cuando ya todo, de alguna manera, será demasiado tarde—, todos necesitamos de vez en cuando un refugio, un regazo en el cual descansar del horror del mundo, y pensándolo a la distancia, ¿verdad que no estaba tan mal eso de reunirnos, pese a la lluvia y pese a la muerte que nos esperaba afuera, a discutir apasionadamente nuestras palabras y nuestras ideas, y a compartir festivamente un *gulasch,* una *fabada,* un sustancioso

guiso carrero, pequeños rescoldos de dicha que nos hicieran rememorar, por qué no, y vos misma lo dijiste una noche aunque con otras palabras, que nos hicieran rememorar que la vida es —tiene el deber de ser— algo bello y regocijante por lo que todavía vale la pena pelear) y todos, hasta Garita, beben y momentáneamente celebran la vida, la Bechofen aprovecha para traer un delicioso *apfelstrudel (*«Hoy el corazón me dijo que era una noche para comer algo dulce», ha explicado; y la chilena cuyo marido ha muerto en un estadio dice: «Usted, Hertha, sí que es arbitraria... —huele sensualmente el *apfelstrudel* y oportuna: no le hace remilgos a nada». «Ah, hija», le dice la Bechofen, «todo plato bien preparado tiene años de sabiduría detrás. Y una historia. Una historia de miseria o de opulencia o de esclavitud o de celebración. Todo plato de comida que se precie de tal es un acto de amor, y una síntesis, desde la mazamorra al *ragoút.* Sólo hay que saber cómo prepararlo y cuándo servirlo; en eso se parece a la literatura), *apfelstrudel*que todos festejan con aplausos y se dedican sin dilación a degustar, bien regado con vino caliente. Razón por la cual el relato de Diana quedará interrumpido hasta el momento en que el tartamudo pregunte:

—¿Y cómo es la naturaleza del miope?

Pero entonces las circunstancias serán distintas de cuando el relato había empezado.

*

Dos meses antes de la partida, una agradable mañana de mayo, dos acontecimientos dichosos se registran. Uno es el alumbramiento protagonizado por la pequeña Malisa. La prisionera está a su lado, acariciándole la frente, y el Escualo también está —por nada del mundo (ha dicho) se iba a perder la oportunidad de asistir a este parto —. Toda la escena viene siendo muy emotiva, a no ser por una breve perturbación, ocurrida media hora antes de que la cabeza de un nuevo pequeño humano asomase al mundo. Alguien había abierto las piernas de la pequeña Malisa en el preciso momento en que el Escualo y el Doctor entraban en la enfermería. «No, no, hijos de puta», había gritado la pequeña Malisa, y había habido en sus ojos un destello de terror que, a la prisionera, le hizo volver la cabeza. Entonces vio algo que le dio miedo: la mirada del Escualo. Unos segundos después, todo había pasado. Sólo existían los jadeos de la pequeña Malisa, sus

trabajos para traer un niño al mundo. Ahora, la cabeza diminuta se asoma y, en la enfermería, todo es esperanza. La prisionera está emocionada: en este mismo sótano en el que se han escuchado y se escucharán aullidos de dolor y gritos de parturientas con tan poca suerte que nunca llegarán a ver al hijo que parieron, en este sótano está por producirse el milagro de la vida. Por eso no necesitan ponerse de acuerdo. En el preciso instante en que el llanto de un varón estalla en la enfermería, el segundo acontecimiento dichoso tiene lugar. Tal vez es la mano del Escualo la que primero busca la mano de la prisionera; tal vez es la mano de la prisionera la que toma la iniciativa. No importa demasiado. Para la historia privada de la prisionera será para siempre así el principio del contacto: dos manos que se buscan, y que se encuentran, mientras en el sótano de la Escuela llora un niño.

*

—Elmiope —dice Diana en la lluviosa noche de la partida, inusualmente distendida por el vino azucarado y por la buena disposición reinante—, como todos ustedes saben, ve mal los objetos lejanos; por lo tanto, pasado cierto límite (que varía con el sujeto) tiene que imaginarse la realidad. O más exactamente: a partir de unos pocos elementos de certeza indudable (un color, una cadencia en el movimiento, un objeto más bien gigantesco) debe arreglárselas para componer una totalidad; algo así como lo que hace Lévi-Strauss con las comunidades aborígenes. Y eso es lo que le pasa a la que espera. Cuando la descubre, viniendo por Díaz Vélez, la que llega está a una distancia tal que la que espera nunca la podría distinguir. Pero un modo particular de balancear el brazo, una cadencia en el caminar de la que llega hacen afirmar sin ninguna duda a la que espera: es ella. Se trata de algo más que una afirmación, se trata de un renacimiento: la que llega no sólo no está muerta; mediante el saludo familiar está recobrando para las dos un tiempo que fue hermoso. Es importante que esto se sepa para captar el horror que se verificará en seguida, a medida que la que llega se vaya acercando. Porque entonces la que espera empezará a distinguir ciertos rasgos muy visibles (el pelo, el estilo de la vestimenta, algo en la boca) y comprobará con horror que se ha equivocado. La que está llegando es otra.

Ese es el problema: para que se entienda exactamente la naturaleza de ese horror hay que meterse en la subjetividad del

miope. Pero no tiene sentido, se dan cuenta. Eso no es en absoluto lo que yo quiero contar.

Ve que la Bechofen enarca suavemente las cejas. Va a explicarle algo, pero entonces Garita dice:

—Noto otro problema. Uno tiene todo el derecho a preguntarse por qué la mina no usa anteojos.

Entonces Diana, tal vez un poco achispada por el vino caliente, o por la segunda porción de *apfelstrudel,* o por un nuevo perfume, esta vez con reminiscencias de infancia, que está llegando de la cocina —la Bechofen se ha ido, seguramente a controlar algo nuevo en el horno, pero no ha cerrado la puerta—, explica exaltada que ahí está el secreto, el botón de la rosa, el carozo nouménico del ser miope. Ponerse anteojos, dice, es como sustituir un paisaje de Cézanne por una tarjeta postal ya que la visión del miope (cosa que los de afuera ignoran) es mucho más bella que la del humano normal, sin contar con que lo poco que vale la pena de ser visto acaba acercándose a uno, o uno a la cosa, dice, y que ninguno de los allí presentes se imagina lo que puede ser un buen cielo nocturno; les juro (dice), la primera vez que salí de noche al balcón con anteojos casi me pongo a llorar. La luna real no tiene nada que ver con ese redondel enorme que veo yo. En serio, las formas difusas permiten que uno se imagine lo que se le canta. Lo real y lo fantástico son entonces conceptos totalmente inútiles porque todo límite queda abolido. Las formas son versátiles y dinámicas. Como si el mundo estuviese hecho por algún impresionista exacerbado.

Parece tan entusiasmada que todos, incluso Garita, la miran como si la estuvieran viendo por primera vez, y la Bechofen, que ha abierto el horno para controlar la cocción del *kamisch—broit,* presiente algo desmedido, un acontecimiento que se está produciendo antes de tiempo, «Peligroso», piensa, «que lo que ha estado contenido se suelte a la marchante y contra la propia voluntad», y mueve dudosa la cabeza porque a esto, se dice, todavía le falta horno.

*

—Dijo el Escualo que me mandaste llamar —dice, un mes antes de la partida, el hombre que en otro tiempo tocaba la guitarra como un duende, el Chango Hernández.

Está de pie en el habitáculo de la prisionera, mirando a su alrededor con una mezcla de incredulidad y de desagrado.

—Quería hacerte algunas observaciones, sí —dice la prisionera.

—Respecto de qué —dice con agresividad el Chango.

—Los libros, la clasificación de los libros. El Tordo y yo pensábamos que no estás teniendo en cuenta los criterios de clasificación que ideamos.

—¿Y con eso?

—Y con eso, Chango, se descompagina toda una vía de análisis. El Tordo y yo estuvimos pensando mucho esos criterios, no fue nada fácil con todo lo que hay; estuvimos dándole muchas vueltas al asunto para ver cómo clasificábamos todos esos libros, de modo que se pudieran sacar algunas conclusiones valederas.

—Para que le sirvieran a quién —dice el Chango en voz muy baja.

—Eso es absolutamente otra cuestión. Si yo hago algo, sea lo que fuere, no puedo hacerla a medias. O lo hago perfecto, o no lo hago. Y en eso el Tordo es igual que yo.

—Me cago en tu sentido de la perfección y en el del Tordo. Lo que es yo, estoy tratando asquerosamente de que no me maten —baja aún más la voz—. Pero no tengo ningún interés en facilitarles las cosas a estos hijos de puta.

—Te guste o no te guste, se las estás facilitando —la prisionera, ahora, también habla en voz muy baja, de modo que deben estar muy cerca uno del otro para escucharse—. Y, por otra parte, este plan lo dirigimos el Tordo y yo. Así que somos nosotros los que dictamos las pautas.

—Muy meritorios, sí, vos y el Tordo. ¿Y a él también le gusta este bulincito tuyo tan decorado?

—No sé qué me querés decir.

—Que a mí personalmente me dan asco las florcitas esas que pusiste en las paredes para tapar el espectáculo de la muerte.

—¿Morirían menos si yo viviera en una pocilga? No, ¿no es

cierto? Entonces prefiero ver cosas lindas.

—Seguro, sí, pedí que te lleven de visita al lugar donde están hacinados los futuros muertos, ese lugar de donde tuviste la amabilidad de rescatar a tres o cuatro. Yo estuve ahí, te prometo que vas a ver cosas lindas. Y oler cosas lindas también. Huele a mierda, y a miedo. ¿Sabés cómo es el olor al miedo, vos?

—No.

—Mentira. Yo te olí el miedo cuando estabas desnuda sobre una camilla, abierta de brazos y piernas y engrillada. ¿O ya no te acordás del día en que me llevaron para que te ablandase?

—Me acuerdo, sí. Viniste y me tentaste. No fuiste el único pero, digamos que fuiste el que me dio confianza, vos eras uno de los míos. Y no sé, me pregunto por qué estabas ahí, qué hiciste para no seguir hacinado con los otros.

—Lo mismo que todos los que salimos de ahí y vivimos para contarlo. Pero al menos yo los odio. Y a veces también me odio.

—Qué hazaña. Te revolvés por dentro cada vez que los servís, y eso te debe hacer sentir heroico.

—No me siento heroico, me siento una rata.

—Pero igual los servís. Yo, en cambio, no los sirrvo.

—Sos una jefa.

—Trato de tener mi autoridad. Y creo de verdad en lo que estoy haciendo. Me digo: esto tiene que ser así y así, y me esfuerzo por hacerlo de la mejor manera posible. Eso me hace sentir en paz conmigo misma.

—Sos lo que se llama una persona feliz.

—Soy feliz, sí. Estoy viva. Y recuperé a mi hija.

—¿A qué precio?

—Al precio que vale una hija, ¿te gusta así?

—Me encanta. Y encima tenés un bulincito decorado, y te vas a pasear a escondidas a la tarde, y ayudás a parir a una guacha que sale a marcar gente por la calle y que, embarazada y todo, se encamó con

cuanto oficial se lo solicitó. Mientras a las otras parturientas les roban los hijos y las tiran al río junto con todos los otros infelices que no tienen tu sentido de la perfección.

—No los mato yo. Y salvo a todos los que puedo. Si estuviera muerta, ¿tendría esa posibilidad?

—Ayudás a estos criminales: los estás matando vos.

—No son criminales, ése es el punto. Creen que lo que hacen es lo mejor que pueden hacer para eliminar la subversión.

—Igual que vos. Creen en lo que hacen, ya me doy cuenta. Y a propósito, no me contestaste. ¿El Tordo sabe que tenés esta piecita tan decorada?

—Ésa es mi intimidad —contesta la prisionera, cortante—. Y nadie tiene por qué meterse con mi intimidad. Si te quedó claro lo de los libros no hay nada más que hablar.

*

Hablan, y mucho, como si el vino caliente y el entusiasmo de Diana Glass y la lluvia cayendo afuera, en un ámbito donde no puede alcanzarlos, hubiesen hecho saltar la tapa de una caja festiva y todos acabaran de descubrir una anécdota sobre el buen o el mal ver que tenían oculta. El tartamudo cuenta de un vendedor de sedalinas que días atrás ha subido al colectivo. «Prácticamente ciego. Visión: bultos», dice el tartamudo que con hermosa síntesis ha dicho el vendedor de sedalinas a propósito de su condición, y la chilena cuyo marido ha muerto en un estadio habla de una vez en que le pusieron gotas para agrandarle las pupilas y, cuando salió a la calle (ya había oscurecido), casi se vuelve loca: las luces eran círculos gigantes que se tocaban con otros círculos, los faros de los autos avanzaban para devorarla, los semáforos tapaban la copa de los árboles, la realidad se había vuelto un paraíso psicodélico.

Se hace un silencio y, en medio de ese silencio, se escucha la voz de Garita, maravillada, como quien acaba de descubrir algo extraordinario.

—Miren ustedes —dice, pensativo—, ¿no será que al fin y al

cabo Van Gogh era miope? Sus estrellas alucinantes, ¿no serán las estrellas que veía un miope?

Detrás de sus palabras, y detrás de la lluvia, tan lejano que casi parece inexistente, se escucha un tiroteo.

Diana se ha puesto en guardia.

—De cualquier modo —dice (ahora, detrás de la lluvia, ha vuelto el silencio)—, me importa muy poco si Van Gogh era miope o tenía presbicia. Yo no vine a esta casa a degustar pastelitos y a divagar sobre problemas de la visión. Vine porque quería encontrar el camino para contar una historia muy precisa.

(Y lo peor es que no era cierto. Lo peor es que desesperadamente necesitaba hablar de mi miopía, y de la desmesurada luna de mi infancia, y de las formas extrañas que a veces puedo percibir donde otros sólo ven un impermeable en una percha. Pese al horror, y pese al miedo, y pese a la muerte. Y tal vez en el mismo momento en que me enfurecía con Garita empezaba a vislumbrar lo que después —¿demasiado tarde?— iba a descubrir del todo. Que la proximidad de la muerte no te cura de la locura, ni siquiera te cura de la alegría. Así que si yo las dejaba afuera, si yo desdeñaba el pequeño desenfreno que me atacó mientras sensatamente trataba de que los otros entendieran cómo la imagen de Leonora apareció y desapareció esa tarde de julio de mil novecientos setenta y uno, si yo ocultaba como una vergüenza esa fugaz irrupción del disparate que nos hizo reír pese a que la muerte seguía acechando en la puerta de mi casa y en todas las puertas, si yo dejaba afuera el caos nunca conseguiría contar de verdad el horror. Mi horror. Porque mi horror consistía en que estaba viva y cruelmente, ferozmente, me seguía hostigando el insoportable deseo de vivir, y de reírme, y de ser feliz. Y la intolerable culpa de estar viva. Ése era el horror que yo tenía para contar: la alegría, y el miedo, y la culpa, y la furia, y la impotencia, y el asco, todo junto conviviendo dentro de mí en ese despiadado invierno del setenta y siete.)

—Y lo que empiezo a notar —dice— es que en esta casa de locos nunca voy a conseguir lo que estaba buscando. Y perdoná lo que voy a decirte, Garita, pero yo no estuve viniendo todos estos meses para escucharte a vos. Vine porque admiraba a esa mujer —y señala con rencor la puerta de la cocina—, y pensé que podía ayudarme. Pero me equivoqué, es arbitraria y vanidosa, se asoma por esa puerta como una estrella, te dice arenques en salmuera o concha cuadrada y después se va, lo más oronda, a preparar sus menjurjes como si estuviera viviendo en el reino del Marqués de Carabás.

—Linda reminiscencia de *El Gato con Botas* —dice Garita.

—Callate alguna vez en tu vida, no te das cuenta de que al final resultás ridículo, siempre buscando detrás de mis palabras no sé qué cosa que *vos* querés ver pero que no tiene nada que ver con lo que *yo* quiero. No. Yo no vine para esto; no para recibir lecciones de un mariposón reaccionario y fracasado.

—Digamos que nunca te engañé —dice Garita, imperturbable.

—Reconozco que no. Desde esa primera noche en la cocina te pintaste tal como sos, así que no debería haberme sorprendido cuando hace un rato te escuché hablar de mi pequeña Pasionaria sin que se te moviera un pelo pensando que esa pasionaria de la que hablás está muerta, como tantos otros, mientras nosotros decimos imbecilidades sobre la miopía simplemente porque tenemos la cabeza llena de vino o porque nos da miedo pensar en serio en lo que nos está pasando. Y ya que te parecen tan interesantes mis reminiscencias literarias, ¿sabés qué me parece todo esto? Me parece el famoso té de la Liebre de Marzo. Vos, el Sombrerero Loco, y ella, la Reina de Corazones, esperando, no sé para qué, el momento famoso en que todo el mazo de cartas va a volar por los aires. Lo que es yo, no la voy a hacer esperar más. Lamento arruinarles esta fiestita tan amena pero no aguanto un solo minuto más en esta casa, así que me voy.

Y sin que mediara el más breve intervalo, se levantó y se puso el tapado, en el exacto momento en que, recortándose contra la puerta abierta de la cocina, apareció Hertha Bechofen con una bandeja rebosante de *kamisch-broit.*

*

El bautismo tiene lugar veinte días antes de la partida, una ceremonia sencilla pero conmovedora, piensa la madre de la prisionera. El cura castrense ha sabido llegarle al corazón: en el momento en que ha hablado de las almas perdidas para siempre, comparándolas con esas otras almas descarriadas que por la confesión, la penitencia y el arrepentimiento pueden recuperar el camino, ha mirado con elocuencia a su hija y su hija le ha sonreído. En ese momento la madre de la prisionera ha sentido que tocaba el cielo con las manos.

Los asistentes no son muchos. El cura, los dos niños a bautizarse, sus respectivas madres, el Escualo y el Ángel en calidad de padrinos del varoncito —que se llamará Pedro en honor al Escualo, le ha contado al oído la prisionera a su madre, ya que él ha tenido la deferencia de asistir al alumbramiento del niño—, los padres de la prisionera en calidad de padrinos de la niña, Violeta, quien, a los diez años y por decisión de su madre (su padre no ha podido ser consultado porque está muerto), recibirá por fin los Santos Óleos.

Luego de la ceremonia hay un pequeño festejo. Se sirve un rico chocolate acompañado por diversos bocados, y se hacen votos por la salud física y espiritual de los niños. Todos conversan con animación y optimismo. La madre de la prisionera tiene un motivo más para estar contenta. Su hija, tan elegante hoy con su vestido de señora, les ha confiado hace un momento a ella y a su marido que se le ha encomendado una misión muy importante. Aún no les puede dar más detalles porque se trata de algo secreto. Pero antes de veinte días van a conocer, al menos, lo más atractivo de esa misión.

*

La Bechofen, como una reina diminuta y portando su bandeja de *kamisch-broit,* entró en la habitación. Lo que hizo que Diana, con el tapado puesto, suspendiera el movimiento brusco de marcharse, como si secretamente aún esperara algo de esa pequeña mujer arrugada. Ella depositó la bandeja en la mesa ratona y se sentó en una silla enana (lo que obligó a Diana a sentarse en el suelo para no tener que mirarla desde arriba, y a reflexionar más tarde sobre una diferencia entre el que tiene autoridad y el autoritario, *que se instala en una tarima* —escribió *para que no te quede otra posibilidad que mirarlo desde abajo)* y le habló con tanta dulzura que Diana se sintió protegida por sus palabras, al mismo tiempo que se sabía abandonada por ellas, lo que ya no le daría sosiego.

—Veo, hija, que ya te has puesto el abrigo —le dijo—, y voy a hacerte el homenaje de no pedirte que te lo saques. Puesto que tomaste una decisión, lo mejor que podés hacer por ti misma es no volver atrás; lo que te aconsejo es que no te hagas demasiadas ilusiones sobre lo que esto significa. En realidad no significa absolutamente nada. Nadie puede volver atrás. Si tú ahora te sacaras el abrigo y decidieras quedarte con nosotros a saborear este crujiente

kamisch-broit y regresar cada viernes, no harías otra cosa que seguir adelante, pero en estado de arrepentimiento. Y no es un buen estado. Es más grato a los propios ojos afrontar aun los propios exabruptos y actuar en consecuencia. Pero antes de irte, hija, escúchame esto:

Y con una calma que recién esa noche Diana aprendió a estimar —le ocurría que todos los aprendizajes se le daban a destiempo, *No es que pienses mal hija, es que te animás a afrontar tus pensamientos recién cuando pierden fuerza, por eso te quedas siempre a mitad de camino,* le diría mucho tiempo después la Bechofen—, sentada en su silla enana le habló largamente sobre cosas que Diana estaba demasiado ofuscada para tener en cuenta.

—Pensalo, hija —le dijo para terminar—, sobre todo pensalo si algún día quieres escribir esa novela que te resulta tan difícil, y acuérdate de que la desdicha no da coartadas. Los que estamos vivos nunca tenemos coartadas. Mala cosa cuando uno no sabe por dónde empezar, y peor cuando uno quiere dejar afuera la locura. Hay mucha locura en esta época que nos ha tocado vivir, hija, así que, luego de este tiempo de muerte, nos espera un tiempo de gran confusión.

Después le dio dos besos a la francesa y la dejó salir a la noche inhóspita en el preciso momento en que la prisionera, despreocupada de la lluvia torrencial y balanceando el brazo en alto, se despedía del Escualo (que la saludaba abajo) desde la escalerilla del avión en el cual, dentro de pocos minutos, en una misión especial y secreta partiría hacia París.

Trece

Que en la Embajada argentina creían que eran sociólogos, dice; sociólogos que colaboraban con el gobierno. Es decir, la Porota y ella, aclara, porque el Chacal era lo que era: un capitán de corbeta al servicio del Almirante. Que el Escualo esa vez no estaba —ella lo llama Pedro—, que vino recién en el tercer viaje, aunque naturalmente hacía escapadas, lo mismo que el Ángel y otros; que el propio Almirante venía cada tanto porque lo de París era un centro importante para el cambio de imagen.

Pero que en ese primer viaje, dice, el grupo base eran tres: ella, el Chacal y la Porota, y que vivían en un *appart-hotel* muy elegante,

cerca de la Torre Eiffel. Mira con cierto aire de lejanía por la ventana; yo también miro: alcanzo a ver el toldo de La Meca. Que la convivencia no era tan insoportable como podía esperarse, dice, porque el Chacal estaba muy ocupado en levantarse mujeres, y la Porota en encargarse modelos en las grandes casas. Que ella también había tenido que comprarse ropa muy exclusiva, en Christian Dior, y en Pierre Cardin, y en otros lugares por el estilo, pese a que nunca le gustó la ostentación —y se señala el cuerpo, más voluminoso que como aparece en las fotos de la adolescencia—, porque así era la orden del Almirante. Que no hay que olvidar que se movían a altísimo nivel, qué hubiese pasado si se enteraban de que ella y la Porota habían sido montoneras: un escándalo mayúsculo y ellos justamente estaban en París para neutralizar escándalos. Hay que tener en cuenta, dice, que las Madres de Plaza de Mayo ya existían y que los Organismos internacionales de derechos humanos se referían a la Junta Militar peor que si hablaran del Tercer Reich. Nuestra función era revertir esa imagen, dice, así que era fundamental que no nos reconocieran. Incluso en la Embajada, aclara, porque allí no sólo había adictos al Gobierno, también gente de la carrera diplomática, y no les gustaba demasiado eso de los cadáveres flotando en el río, algunos empezaban a sospechar que era cierto. Nombra en particular a una mujer de la Embajada que comenzaba a manejar ciertas informaciones riesgosas. Que el Chacal la tenía entre ojos, que, entre nosotras, fue él quien pasó el informe definitivo para que la hicieran matar, pero que eso ocurriría más adelante, cuando ella ya hubiese vuelto de Europa.

Que no: que nunca se le cruzó la idea de escapar. Escapar de qué, me pregunta, y se encoge de hombros. Dice que ellos sabían que no era de las que iban a presentarse a las Naciones Unidas a hacer una denuncia. No es que yo apruebe la tortura o que tiren a la gente al mar, dice, pero a veces hay que dejar de lado los sentimentalismos y analizar los hechos con la cabeza fría. Que con juicios en regla nunca hubiesen podido probar gran cosa porque la guerrilla actuaba en la clandestinidad y no dejaba rastros personales, y que prisioneros eternamente no iban a poder tener. Que mataban inocentes, eso era cierto, pero qué otra posibilidad cabía no habiendo juicios. A veces hace falta ponerse en el lugar de los otros, dice, y que nadie tiene la verdad absoluta, solamente Dios. Fugazmente mira hacia el techo.

Que igual en ese primer viaje no disfrutó mucho de París. Que a los museos no iba porque le provocaban claustrofobia y porque le parecía más probable ser reconocida. Se había teñido el pelo y andaba con tacos altos y con esos modelos tan elegantes pero igual: los montoneros tenían mucha experiencia en eso de alterarse la apariencia. Por eso prefería los parques y los bulevares.

Respecto de las tareas en sí es poco precisa; tapa a la niña, que parece a punto de despertarse, mira otra vez por la ventana, dice que mandaban recortes sobre lo que se opinaba en Europa acerca de la Argentina, y que aconsejaban a los de Buenos Aires sobre cómo actuar. Sobre todo yo, dice y se golpea el pecho con cierto aire de orgullo, porque el Chacal lo único que quería era empezar a los tiros con las Madres y con la gente de los Organismos, y la Porota lo único que quería era eliminarme a mí. Cuestión de celos, dice, ya que ella estaba en París sólo porque era la amante de Seisdedos, en cambio yo. Le sonríe al hombre que acaba de entrar: es alto, morocho y con aspecto de buena persona; le cuenta que la niña todavía no se ha despertado pese a que se acerca la hora de la comida, que ella tiene que seguir hablando conmigo, si a él no le importa. Que de hecho cuando volvieron del primer viaje, me dice cuando el hombre sale del cuarto con la niña dormida, la Porota le dijo al Almirante que ella no tenía que volver a París porque parecía simpatizar con la socialdemocracia; se ríe, cuando una tiene su almita humanista siempre le asoma por alguna parte; dice. Pero que el Almirante respondió que él no necesitaba un espejo donde mirarse: lo que le interesaba era saber qué pensaban los contrarios —no hay que olvidar que tenía un proyecto populista— y la única que estaba en condiciones de interpretar ese pensamiento era ella. Así que a la Porota le salió el tiro por la culata, dice con una risita, porque en el segundo viaje no fue. Que la reemplazó la pequeña Malisa pero que no fue eso lo mejor; lo mejor fue que le permitieron llevarla a Violeta. Que esta vez alquilaron un departamento de tres dormitorios en la rue de Rivoli; que en un dormitorio dormía el Chacal, en otro la pequeña Malisa, y en el más amplio ella y Violeta. Pero no fue lo único hermoso de esa segunda etapa, dice. En uno de los viajes relámpago que hacía el Escualo —que ella sigue llamando Pedro—, por una orden del Almirante debieron ir los dos a Londres en una misión especial, que no especifica. Que es una ciudad muy bella Londres, más bella que París, para su gusto; será, dice, porque mi papá siempre me hablaba de Londres. Y que, en una tarde de descanso, mientras paseaban por Hamstead Head, el Escualo hizo que se detuviera, la miró a los ojos y le dijo: «Hoy hace justo un año». Que se refería al día en que se habían conocido, dice que después se dio cuenta. Que ella recordaba perfectamente la escena pero hasta ese momento había ignorado la fecha, sabía que fue en octubre porque había caído en octubre, pero que esas primeras semanas en el sótano ni siquiera había sabido cuándo era de día y cuándo de noche, así que para fechas más bien no estaba. Dice que la sorprendió lo que él le dijo: que ya esa primera vez se había sentido atraído por ella. Que no lo cree del todo, no porque piense que el Escualo mienta —Pedro no miente, dice—

sino porque considera que se engaña a sí mismo. Yo estaba meada, cagada, dice, me imagino que con la boca hinchada por la picana, y los ojos también. Y que justamente el Escualo no es de los que se calientan con una mujer en la mesa de torturas, que él mismo se lo había confesado: otros sí pero yo no, dice que le había dicho; otros ponen la picana y si no violan a la torturada se van en seco. Pero que cuando él ponía la picana en una vagina simplemente estaba aplicando una técnica. Como quien hace cuerpo a tierra. Que los militares somos así, dice que le dijo un día. Cruzar los Andes o retorcer unos testículos. Si es un deber hacerla se hace. Por eso ella no cree, dice, lo de la atracción a primera vista. Pero que esa tarde, en Hamstead Head, después que él le recordó que cumplían el primer aniversario, estuvieron unos segundos mirándose, y por fin se besaron. Que fue hermoso, después de un año tan difícil, besarse en ese parque tan espléndido. y que esa noche, por primera vez, hicieron el amor. Que para el tercer viaje (poco después de este episodio el grupo había vuelto a Buenos Aires a rendir cuentas) el Chacal fue defenestrado por ineficaz y en su lugar mandaron al Escualo. Fue la mejor época, dice, porque para colmo de bendiciones, al poco tiempo la pequeña Malisa se fue a vivir con un tal Renato, que también había sido montonero y ahora colaboraba abiertamente con los militares. Que abiertamente quiere decir abiertamente. Estar en el otro bando, eso. Que ella no, que ella simplemente cumplía una función que le habían encomendado. Y trataba de hacerla lo mejor posible. Igual que el Tordo, dice, que ahora no me quiere ni saludar. Y que algunos otros. Como cuando era física, que podía estar haciendo una investigación útil para el capitalismo, pero eso no le impedía luchar por la revolución. Y como ahora mismo, que allá —y señala hacia arriba,— supongo que aludiendo al lugar de Sudamérica donde vive— diseña proyectos para multinacionales pero eso no le impide interesarse y participar en planes políticos nacionales de envergadura. Y que el amor es otra cosa. Que cuando la pequeña Malisa se fue se quedaron los tres solos en el departamento —ella, Violeta y el Escualo, a quien sigue llamando Pedro— y constituyeron una familia, el Escualo y ella durmiendo en el dormitorio matrimonial y Violeta encantada porque tenía una habitación para ella sola. Una situación ideal. Que por supuesto Violeta lo quería al Escualo. Y lo sigue queriendo, dice con firmeza. Que no hay que olvidar que fue él quien le salvó la vida. Que no; que de hecho no fue él quien lo mató a Fernando: en un operativo cada uno es un engranaje: hay que cumplir con un fin y listo. Que no, Violeta nunca habla de Fernando, hay muchas cosas de las que nunca habla, pero que volviendo al tema fueron muy felices en París, los tres en ese departamento de la rue de Rivoli. Una familia. Y desde el setenta y uno que ella no tenía una familia, una casa en la que una

pudiera abrir las ventanas a la mañana y ser saludada por los vecinos. *Bon jour, votre fille comment est elle? Et votre mari?* Pero que claro, ésa era la parte idílica del tercer viaje, que lo otro no andaba bien. Que el grupo se había hecho más grande, estaban varios enviados del Almirante colaborando con ellos pero eso no mejoró las cosas. Que estaba muy cerca el Mundial de Fútbol y había que contrarrestar como se podía la propaganda en contra. Que ya circulaban hasta libros con los nombres de los desaparecidos y con informes sobre la Escuela y otros centros de detención, y que las Madres empezaban a andar por el mundo contando sus problemas. Que para colmo una de las Madres reconoció al Ángel en París. Que lo acusaban por ese asunto de la adolescente sueca y por la muerte de unas monjas francesas, así que el escándalo era internacional. Que sacarlo de Francia no había sido fácil; si no fuera por Pedro y por mí, dice, hoy no estaría bailando en los boliches. Que lo sacaron en un tren de turismo que cruzaba los Pirineos, él simulando viajar solo, con camisa de colores, bermudas y anteojos oscuros, un perfecto turista yanqui, y el Escualo y ella, de matrimonio muy formal, vigilando de cerca. Pero que las cosas ya no volvieron a ser las de antes. Que durante un tiempo trasladaron la acción a España pero era peor: España estaba llena de argentinos. Toda Europa en realidad, con pintadas de Videla asesino y otras cosas por el estilo. Que les dieron la orden de volver, y en Buenos Aires la vida no fue tan fácil. Que vivía con el Escualo y con Violeta, sí, y eso era hermoso, pero que caminaba con miedo; siempre le parecía que uno de la Organización iba a reconocerla. Que además era como si no estuviera en ningún lado, o como si no tuviera ninguna misión, que es lo mismo: igual que flotar. Que al Almirante lo asesoraba, claro. Le decía cómo tratar a las Madres, qué decirles a las Abuelas, esas cosas concretas. Porque no hay que confundir, dice, los militares parecen muy firmes pero en un montón de cosas son medio inocentones. Es decir, muy decididos para las cosas de la guerra, pero para las otras. Que piense en el Almirante: organiza lo de la Escuela, forma un equipo de colaboradores de lujo, y después ni sabe qué hacer con eso. Que ella se lo decía: «Llevar a cabo un proyecto político, Almirante, no es soplar y hacer botellas». Se nace con eso. Que esto último no se lo decía pero es así, la militancia se lleva en la sangre. Y que eso es lo que le pasaba: ya no podía militar ni trabajar ni nada. Que era duro porque ella siempre había sido una mujer de acción. Que estaba perdida por primera vez en su vida.

*

Totalmente a destiempo. A destiempo en su vida y en la historia nacional, un brinco del alma o principio de desenfreno que la lanza, como la lanzó bajo el árbol en la primavera del árbol, a cruzar Corrientes a la altura de Florida con tanto brío y tanto júbilo inútil como si fuera un corredor de fondo vislumbrando, de pronto, la proximidad de la meta. No parecen inconvenientes serios que esta soleada tarde de mil novecientos setenta y nueve ella no tenga catorce años sino treinta y seis, y que su horizonte carezca totalmente de metas. Tampoco que el semáforo —que ni siquiera ha visto— esté en rojo.

Es entonces que algo punzante y avieso le atraviesa la espalda.

Es un silbato, pero tan imperioso que la congela en su sitio. Desde el lugar exacto del miedo, desde la nuca, le ha llegado una señal inconfundible: este silbato proviene del Poder y puede estar destinado a ella. Sin volver la cabeza, espera. El silbato vuelve a oírse. Y una voz de mujer que ordena:

—¡Usted, la de pullover rojo! ¡Deténgase!

Se mira el pecho; por supuesto es ella. Con un miedo innoble se da vuelta. A unos metros, una mujer retacona de impecable galerita azul le clava los ojos con ferocidad.

—¿Yo?

La de galerita no se molesta en contestarle. Desde el cordón de la vereda infla desmesuradamente los carrillos y, por tercera vez, deja oír su silbato.

Nuestra disposición geográfica no da para tanto pito, piensa Diana. La complace su humor pese al infortunio.

—Sinceramente no sé qué hice —dice. Precavida, está hablando a dos metros de la de galerita, lo que la obliga a gritar un poco. Personas miran a distancia prudencial, con el aire de quien se va a alejar silbando bajito apenas el incidente pase a castaño oscuro.

—¡No sabe qué hizo! —la de galerita pasea su mirada por el pequeño auditorio, la detiene en Diana, se planta las manos en las caderas y dice «hmm». Diana se ha dado cuenta de que espera de ella un gesto de contrición, pero ignora de qué tiene que arrepentirse.

—Es decir —dice—, me parece que no hice nada malo.

—¡No hizo nada malo! —dice con escándalo la de galerita, y vuelve a mirar al público. Ahora se dirige a Diana—. ¡Estaba cruzando con luz roja! —le grita, como si saltara sobre ella.

—Lo siento —dice Diana.

—¿Lo siente? Y si usted asesina a su madre, ¿también va a decir que lo siente? —Diana trata de determinar si ésta será una pregunta retórica o es que la autoridad ignora este recurso del lenguaje y toda pregunta suya debe ser respondida. Por fortuna, la de galerita le resuelve el conflicto—. Verifico que hay muchas faltas que usted ignora porque ahora, además de estar en infracción, comete desacato.

—¿Desacato? —pregunta Diana, y comprueba con alarma que se le ha contagiado el estilo repetitivo de la autoridad.

—Afirmativo —dice la de galerita—. Usted ha desobedecido mis órdenes y permanece en rebeldía, en mitad de la calle.

Diana da vuelta la cabeza y busca desesperadamente algo con la mirada.

—Ahora está en verde —dice, en el momento en que la luz cambia al amarillo. Cautelosa se acerca al cordón.

—Déme su documento —ordena la de galerita.

Alerta roja. Está segura de que alguna cosa subversiva debe emanar de su documento, que apenas la de galerita lo tenga en sus manos comprobará una grave falla en ella, algo por lo que no puede vivir en libertad.

—¿Por qué? ¿Por qué necesita mi documento?

—Porque le voy a hacer la boleta —dice la de galerita.

—¿La boleta? Me parece que no soy un auto —dice en su mejor tono de joven graciosa y simpática.

Mira a la de galerita y cae en la cuenta de que no es la persona indicada para hacerle un chiste. Tampoco escucha que el público ría.

—Así es la nueva Ordenanza —dice imperturbable la de galerita—. Exige hacerle la boleta a todo peatón que esté en infracción.

—Pero yo no sabía —dice Diana—. Además soy muy distraída.

—Si usted matara a su madre, ¿también diría que es muy distraída? —dice la de galerita.

Diana no tiene respuesta para este interrogante. «Podría salir corriendo, al fin y al cabo no me puede tomar el número de chapa», piensa con cierto humor. Pero la de galerita ha abierto la cartera para sacar algo, y Diana puede verle el arma. Con temor le extiende la cédula de identidad.

Ve cómo la de galerita la abre, mira la foto y, cejijunta, la mira a ella con la gravedad de quien verifica que, en efecto, la persona que tiene enfrente es la de los afiches con el pedido de captura recomendada. Después saca un talonario y, mirando cada tanto la cédula, comienza a escribir. Diana se le acerca y, con disimulo, espía lo que escribe.

Nombre del conductor: Diana Glass.

Nro. de registro: 4.638.272.

Nro. de chapa:

Se ve que no les alcanzó el presupuesto para imprimir boletas en esta nueva circunstancia, piensa, y acerca un poco más la cabeza: está ansiosa por ver cómo resuelve la de galerita lo del número de chapa. Ya está, lo ha escrito. **Nro. de chapa:** peatón. Se las ingenió bastante bien, piensa. Y se le ocurre que hay algo guarango en la palabra «peatón». O ladinamente peyorativo. Una vez ha visto una foto de un parque de Vancouver. *This road is for pedestrians only,* decía un cartel al borde del camino. Otra cosa, los pedestrians, tienen caminos para ellos solos, el resto abstenerse, no gozar de este privilegio. En cambio el peatón no sólo no tiene privilegios, es una especie de minusválido: camina porque carece de auto, que se joda. Y para colmo ahora es un delincuente potencial.

Modelo: mujer, 36 años.

Nro. de chasis: borrado.

Sin duda el ingenio nacional compensa la escasez de recursos, piensa.

—¿Qué mira?

Diana levanta la cabeza, sobresaltada. Se aleja un paso.

—Lo que pasa es que soy miope —dice, y apenas lo dice se arrepiente, a ver si ahora le aumentan la pena por caminar sin anteojos.

Pero no. La pena será dictaminada por un Tribunal de Faltas ante el cual la infractora deberá comparecer a la brevedad posible, y ante el cual abyectamente sabe que comparecerá ya que no puede conocer las consecuencias de no presentarse ante ése u otros tribunales, aunque tampoco puede conocer las consecuencias de presentarse, tal vez ya está condenada, tal vez en el momento en que, arrebatada por una alegría totalmente a destiempo, cruzó con luz roja, ya se había sellado su destino, destino que, parada en la intersección de Corrientes y Florida, trata infructuosamente de descubrir en una boletita apaisada de color celeste que le informa que tiene el número del chasis borrado, para no hablar de la luz de giro, Dios, carece totalmente de luz de giro, no lleva extinguidor de incendios, anda huérfana de luces bajas, no registra espejito retrovisor, circula sin baliza. Y, para colmo, parada en la intersección de Corrientes y Florida, sola, sintiendo sobre la nuca la mirada odiadora de la de galerita que en cualquier momento puede traspasarla con su silbato u otra arma filosa, munida de un papelito celeste y de una sensación muy antigua, no puede parar de reírse por lo absurda y desaforadamente cómica que, aun en medio del espanto, puede a veces ponerse la realidad. Cosa que (difusamente empieza a entender) tal vez un año y medio atrás ha querido comunicarle Garita, y sobre todo ha querido comunicarle la Bechofen con sus guisos y sus confituras y su parsimonia al decirle, desde su silla enana, que alguien, hija, tiene que dar cuenta de este tembladeral, decir sin solemnidad que el horror, y el miedo, y el merodeo de la muerte, no te quitan, pero no te quitan para nada las ganas de reírte. Eso también es el mal, eso de que te sorprendan en plena vida, cuando tú aún pensabas que tenías por delante todas las historias por vivir, y todas las historias por contar, que te ataquen por la espalda y te dejen una sola historia, la única que parece tener sentido en tiempos de muerte. Estos criminales, hija, que entran en las casas y destruyen a los hombres y a las cosas de los hombres, también destruyen en nosotros,

en los que azarosamente seguimos vivos, esa trama delicada y arbitraria que fuimos urdiendo en tiempos menos bestiales y que nos constituyó como humanos. Yo buscaba una historia, hija, hace cuarenta años yo andaba a la búsqueda de una historia que tuviera el tranquilo entramado de lo cotidiano pero al mismo tiempo dejara filtrar, como un resplandor tenue, la locura y la ferocidad y la magia que secretamente alientan en los actos de los hombres. Pero ellos arrasaron con toda urdimbre delicada. Para los que no éramos ciegos, el impulso poético, y la captación de lo cómico, y las ganas de cambiar el mundo, y el amor con que en las cocinas se preparan las aromáticas cazuelas, y el amor, ah, el amor, todo desapareció, brutalmente suplantado por la indignación y el miedo. Nos quebraron, hija, nos quiebran en plena vida. Y sin embargo arde, dentro de todos nosotros, de los que estamos vivos y de los que vamos a morir, dentro de nosotros arde el deseo de la vida. Plena y compleja y contradictoria como debe ser la vida. Déjala que arda, hija, entre los intersticios del horror y contra los servidores de la muerte. Y ella, en la intersección de Corrientes y Florida, con el papel celeste en la mano, riéndose desaforadamente de la de galerita y de todos los uniformados y no uniformados que quieren borrar en los humanos cualquier huella de lo que pudieron ser, en nombre de la amiga muerta y de todos los muertos, soñadores de un mundo de alegría que ya no van a ver, jura que rescatará también las pequeñas historias que se siguen filtrando entre las grietas del espanto, como heridas abiertas hacia la esperanza, o como un corte de manga a quienes están mutilándolos en plena vida.

En esa resolución o júbilo está cuando dos manos le tapan los ojos. Palpa esas manos, blandas, como carentes de huesos, capaces de amoldarse a los accidentes de su cara. Está palpando esas manos pero no se anima a hablar. Estoy loca, piensa, y quiere liberarse de esto que la sujeta, y escapar. Entonces, cayendo sobre su nuca, escucha la voz.

—Diana —dice la voz.

Ella pronuncia el nombre y se da vuelta.

Cree morir.

Catorce

—Y entonces descubrí dos cosas —dice. Hace una pausa.

Ha regresado después de casi dos años, ha estado hablando durante más de una hora y parece muy cansada. Mira a la Bechofen y mira a todos los otros como si recién los reconociera. Pero sigue tan perdida —o tan desesperada por lo que le ha ocurrido y largamente acaba de contar— que ni siquiera se da cuenta de que Garita no está.

—Lo primero que descubrí es que ya nunca voy a poder escribir esa novela.

—*Esa* novela, hija, nunca ibas a poder escribirla de ninguna manera. Porque esa novela siempre fue la mitad de una historia. Ahora, al menos, empiezas a tener una historia completa.

—Usted no me entiende, Hertha. No se trata de lo que tengo o dejo de tener. Se trata de lo que quería contar. La historia de una mujer persiguiendo hasta el final nuestro sueño de un mundo del que no tuviéramos que avergonzarnos. Era, no sé, era el homenaje a una generación, a los muertos de una generación que alcanzó a escuchar la campana del colegio y creyó tocar el socialismo con las manos. Y a los sobrevivientes de esa generación también, por qué no. Lo tuvimos todo, ¿se da cuenta? Una infancia por calles lentas y amables, un suelo que parecía sólido, y la esperanza en un mundo mejor. Demasiado para perderlo de este modo. Por eso necesitaba una heroína, para fijar su historia como un cristal. O como un credo a pesar de todo. Cuidé esa historia por años, entiende lo que le quiero decir, la protegí de todo mal para que nada por debajo de nuestro sueño pudiera dañarla. Y un buen día me topé cara a cara con la protagonista. ¿Se imagina bien la escena? De pronto estaba ahí con su sonrisa inalterable hasta la repugnancia, sentada ante mis ojos en una mesa de la Richmond y hablándome del proyecto popular de un Almirante y de sus arrullos de torcaza con un torturador.

—Mirado desde la literatura, hija, el único problema que veo en ti es que aún te falta algo de energía para asimilar a esa desconocida.

—Tal vez lo peor no sea eso, Hertha. Tal vez lo peor es que la mujer que me habló durante dos horas en una mesa de la Richmond nunca debió ser una desconocida para mí. Y ésa es la segunda cosa que descubrí —de una gran carpeta saca su cuaderno de hojas amarillas—. La segunda cosa que descubrí es cómo se cuenta el primer capítulo.

Entonces sí, por primera vez, mira al lugar donde debería haber estado Garita y parece a punto de preguntar algo. Pero la Bechofen la detiene con un gesto de la mano.

—Lee, hija, lee, ya hablaremos de eso —le dice—. Todos estamos ansiosos por escucharte.

Entonces Diana se saca los anteojos, abre el cuaderno de hojas amarillas y, fugazmente cargada de sentido, con voz un poco conmovida que trata de ir dominando a medida que avanza en la lectura, lee las palabras con que por fin ha construido el episodio en que la amiga no militante espera a la militante en la puerta de una escuela *que increíblemente queda en una calle que se llamaba Esperanza* (lee) *aunque en el tiempo de este encuentro ya le han cambiado el nombre, y no es una metáfora de lo que se va a contar: es curioso (si no siempre alentador) descubrir ciertas ironías que urde la realidad.* Es una cenicienta tarde de julio. Se entiende que la que espera está ansiosa y que teme por la vida de la que va a llegar. Entonces, tal vez para atenuar la incertidumbre, se le cruza que debería dar cuenta de esa vida exuberante y, en cierto modo, ejemplar. *Ella estaba hecha para beberse la vida hasta el fondo de la copa,* piensa como si ya lo hubiese escrito. Pero el pensamiento es apenas una ráfaga porque en ese momento, a la distancia, cree distinguir a la que debe llegar. Siente alivio que en seguida troca en una corazonada de catástrofe: la que se acerca no es la mujer esperada. En ese punto la narración es interrumpida por algunas consideraciones a propósito de la miopía y Diana echa una breve mirada cómplice sobre la pequeña audiencia. Pero ahora que la mujer se acerca se verifica el fenómeno inverso. La desconocida de pelo corto y oscuro, vestida con un austero traje sastre, va revelando el inconfundible color cetrino de la piel y la sonrisa amplia que —ahora la que espera lo puede afirmar— está sin ninguna duda dirigida a ella. Hay un ir al encuentro, y un abrazo que evoca el de una primavera lejana y áurea, y una corta caminata durante la cual la recién llegada, notoriamente más alta que la que ha esperado, le ha pasado un brazo por los hombros. Hay —siente la que ha esperado— un clima de intimidad que invita a la recuperación del tiempo perdido, como si en cierta zona protegida siguieran siendo dos pequeñas lectoras de Salgari que soñarán con cambiar el mundo. Conversan. O mejor, la que ha esperado pregunta y la recién llegada responde, rápida, expeditiva, acerca de las vueltas de la militancia, acerca de la efectividad, acerca de alianzas y estrategias. (Algo, no sabe qué, ha molestado a la que esperaba, ¿el tono?, ¿el lenguaje?, y no quiere que su maligna subjetividad enturbie este momento privilegiado.) «¿Pero ustedes están bien? —pregunta, desviando con astucia la conversación hacia un curso más tranquilizador. «Nosotros

sí», contesta la recién llegada. «Nosotros estamos...» Se interrumpe; abruptamente dice: «La nena está con mis padres. Necesitan inscribirla en el jardín de infantes. Tomá». Y antes de que la que ha esperado reaccione, le deja en las manos algo que a simple vista es un manojo de papeles, la abraza con violencia, y se va. «Llevalos a la casa de mis padres, tratá de que sea ahora mismo», le grita mientras se aleja.

A continuación se describe el estado de sorpresa de la que ha esperado, su pasajera inmovilidad, el descubrimiento (que por vergüenza ajena omite) de por qué la recién llegada se ha escapado apenas le dejó esto: lo que tiene en las manos (parada en la esquina de la escuela lo está revisando) es pólvora encendida, los documentos completos de las dos personas hoy más buscadas en Buenos Aires y que ella debe llevar —que indefectiblemente, en nombre de Yañez y la Fosforerita va a llevar— a una casa que sin duda ha de estar custodiada, con el pronóstico reservado de convertirse en una noticia más entre las que empiezan a publicarse en estos tiempos y colaboran, aun sin saberlo, en la urdimbre de un nuevo pavoroso contorno para la palabra «desaparecido», sin que nadie le haya preguntado si acepta este modesto rol en la lucha. *El fin justifica los medios,* se dice con trivialidad la que ha esperado, y se prohíbe sentir miedo mientras avanza hacia la casa indicada. El resto es previsible: la caminata con un vergonzoso calambre en el estómago, la espera disimulada en la parada del colectivo hasta que un policía, apostado muy cerca de la casa, dobla la calle y momentáneamente desaparece de su vista, la entrada en la casa para cumplir hasta el final su pequeña misión.

—¿Entienden ahora lo que quiero decir? —dice—. La historia que quería contar se termina, siempre se terminó, en ese primer capítulo. Porque la mujer esperada nunca va a hacer, nunca quiso hacer la misma revolución que espera la que espera. Era eso lo que me pasaba, Garita tenía razón, siempre sospechó que algo no andaba y había dado en el clavo, yo no podía avanzar, no podía ver más allá de un cierto punto en ese primer capítulo, simplemente porque si llegaba a ver más allá, entonces, ahí mismo, se me terminaba la historia —se ríe—. Por eso ahora uso anteojos —deja de reír—. ¿Dónde está Garita? —pregunta de golpe, como si algo brusco la hubiese despertado.

—Desaparecido —dice la Bechofen—. No, hija, no era un héroe. No salió a la calle a gritar Viva la Revolución, Mueran los milicos hijos de puta. Aunque bien podría haberlo gritado, cómo no, y quiero decir en su homenaje que al fin lo debe haber dicho, mirando bien fijo a la cara a sus torturadores y mostrándoles su desprecio hasta el último aliento. Ya está muerto, eso lo sé, no era de los que les caen simpáticos a estos desmadrados. Una paradoja, realmente, aunque no

tanto, tal vez él hubiera cabido en esa historia que querías. Que aún quieres, espero. Yo, al menos, aspiro a un mundo en el que Garita tenga cabida. Molesto, homosexual, corrosivo, enfureciendo a sabiendas a sus interlocutores, pero seguro que metiéndose él de cabeza en la boca del enemigo antes que dejarte a ti, sola, con tu miedo. Por algo así se lo llevaron, ni vale la pena contarlo, no era un héroe, pero ésta no es una historia de héroes, hija, es una historia de asesinos y de asesinados. Y también es una historia de sobrevivientes. Nada fácil lo que les ha tocado. Lo que nos ha tocado, bah, la vida es inagotable, hija, ¿has escuchado alguna vez que de un venerable anciano se diga que está de vuelta de todas las cosas? Mentiras, uno nunca está de vuelta de nada, no hay viaje de vuelta, hija, acá me tienes a mí, la Reina de Corazones, sentada en el banquito. Así que mejor olvídate de tu heroína y cuenta esto.

—No es lo que yo quería.

—La historia nunca es lo que uno quiere, hija. Pero no importa. Si a ti no te viene bien escribida la escribiré yo, hace tiempo que andaba en busca de un personaje interesante, ahora tengo dos.

—Inténtelo, Hertha, no va a poder. Ahora conozco bien la historia. Sé que se le va terminar en el primer capítulo. Ahí el personaje ya muestra la hilacha.

—Eso es literatura, hija, y la literatura sí, si una se empeña —la mira fijamente—, si una quiere tomarse el trabajo termina pareciéndose bastante a lo que una quiere. Además, no te jactes tanto de conocer bien tu historia. Te escandalizaste demasiado pronto. Tendríamos que saber más cosas sobre esta mujer para poder contada.

—Imposible. Ya le dije que se fue del país. Y tal vez es la única buena noticia de estos últimos tiempos. No quiero volver a veda. Hizo pedazos mi propia historia, se da cuenta, mi propia primavera sagrada. La destruyó para siempre.

—Hija, hija, ya te estás olvidando de nuevo que el árbol se te cayó sólo a ti. Pero volverá a visitarnos, no te preocupes. O iré a visitada yo, si tú no te animas.

—¿Y qué le va a decir?

*

La verdad. Le dije la verdad. Que me parecía un personaje muy interesante. Fue un buen argumento, porque ella —enseguida lo pude comprobar— también está convencida de que es un personaje muy interesante. Le gusta ser protagonista, de eso no hay duda, la noté muy curiosa por saber cómo la iba a describir. A su manera me contó todo, con voz vibrante y con acento extranjero, en fin, con la tonada y los giros de su país de adopción, escuchándola nadie diría que es argentina. Sabe manipular ciertos datos, pero es hábil: no se hace la mártir, al contrario. Le llevé una nota periodística donde se habla del Escualo; el periodista, tal vez con el propósito de agregar otro matiz escabroso a la descripción de un torturador, o con la intención de justificada a ella, escribió que el Escualo había seducido a una prisionera. Cuando lo leyó se puso furiosa: «A mí nunca me sedujo nadie», me dijo con orgullo; «siempre seduje yo». Debe ser cierto. A mí también intentó seducirme. Y reconozco que a veces lo consiguió. Tiene mucha fuerza. Iba a decir pasión pero no es más que el simulacro de la pasión: en el fondo es fría y calculadora. Una mujer peligrosa. Supongo que le va a gustar que alguien lo haya escrito. También dijo: «Conozco a varias que se acostaron con los del Grupo de Tareas pero yo —y se tocó el pecho—, yo al Escualo lo amé». Usa mucho el verbo amar. Amó al Escualo, amó al padre de su hija, amó al bellísimo jefe guerrillero con quien engañó al padre de su hija —a propósito me contó una larga historia donde un amor desenfrenado se mezcla con operativos en los que está en juego la propia vida y en los que se mata, y donde el padre de su hija, dejando de lado su moral militante, apoya un revólver sobre su sien y amenaza con suicidarse, pero todo esto es otra historia—, amó a ese jefe revolucionario, amó al novio adolescente que quería ingresar en la Escuela de Oficiales, amó, ama a su marido actual, un hombre alto, de noble belleza aindiada, que cada tanto nos servía café y que atendía a la beba. La beba no nació de sus entrañas, es adoptada, aunque después de escuchada hablar durante tres días seguidos estoy dispuesta a afirmar que, si no ha parido a las puertas de los cincuenta años, es porque no se lo ha propuesto con firmeza. Me mostró con orgullo las fotos del casamiento. Naturalmente se casó por iglesia, y naturalmente se casó de blanco: la sonrisa era tan amplia, y tan dichosa, como la que aparece en sus fotos de egresada de un viaje a Mendoza, y en la foto que me regaló, donde se la ve radiante junto a la reina Genoveva, en el Luxemburgo. La vida es inagotable, me dijo, sin un dejo de ironía. Le interesa mucho la situación política de su país de adopción, «la patria de mi hija menor y de mi marido», dijo. «Aunque a él la política no le interesa», agregó con un tierno tono de desdén; «sólo nos quiere

a nosotras». Ahora, me explicó, ella está trabajando a alto nivel en un proyecto político. Me habló de ese proyecto con el mismo arrebato con que —imagino— hablaba en las reuniones del Partido Comunista o en las asambleas universitarias o en los adoctrinamientos guerrilleros. Con la efusión con que arengaba a sus blancas condiscípulas de la Escuela Normal y le habrá enunciado sus propuestas al Almirante. Me fui cuando la beba empezó a llorar. Es cierto, me dije, la vida es inagotable. No era un pensamiento feliz. Era, digamos, un pensamiento sin signo. Y lo malo es que fuimos formados para un mundo con signos, el pirata traidor enterrado hasta el cuello esperando la marea, los más puros de entre nosotros a la cabeza de una revolución a la medida de los hombres. No era tan fácil la cosa. Y, sin embargo, ahí estaba todavía, a pocos metros de La Meca: arrastrando a un hermanito con mocos, la Fosforerita, mirándome con cierto rencor.

Mientras me alejaba muy rápido de esa casa se me ocurrió que un espectador desprevenido, espiando desde el techo de La Meca hacia la ventana de enfrente, podría pensar que la mujer cetrina y un poco opulenta que ahora mismo alimentaría con fervor a su niña, estaba hecha para beberse la vida hasta el fondo de la copa. No tiene demasiada importancia, me dije. Eso no siempre es una virtud.